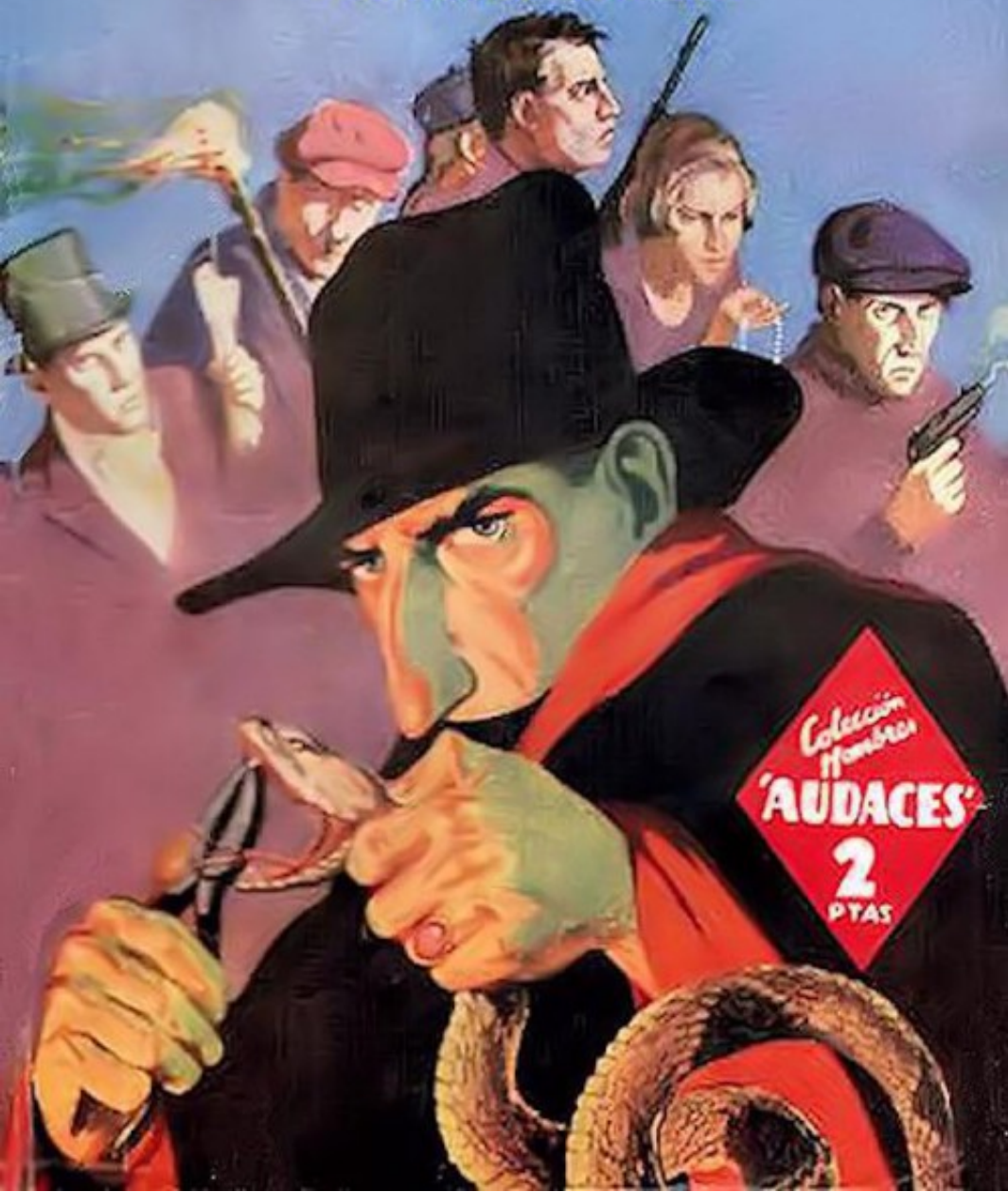


EL ASESINO

por **MAXWELL GRANT**



*Colección
Hombres*
'AUDACES'

2
PTAS

El asesino

Maxwell Grant
La Sombra/29

CAPÍTULO I

MUERTE INEXPLICADA

¡NÚMERO extraordinario! ¡"La Noche"! ¡Otro crimen en un tren!

Los vendedores de periódicos de Nueva York exhibían un diario con grandes titulares delante de un hombre rechoncho y de rostro moreno, que caminaba presuroso por la calle.

El individuo apartó de un manotazo el periódico y gruñó en tono alto al dirigir sus pasos hacia una de las calles de Manhattan.

—¡Número extraordinario!

Durante todo el camino, el hombre de rostro moreno había sido perseguido por el mismo grito. La historia del crimen, un producto del periodismo sensacional que sabía despertar el interés público, llenaba la primera página e inspiraba a los vendedores de periódicos.

—¡Un segundo crimen en un tren!

El caminante se contuvo con verdadera dificultad. Arrojó una mirada fulminante al muchacho de pulmones de acero que voceaba la noticia.

Para el hombre de rostro moreno, eran palabras de burla, dirigidas a él, personalmente; palabras que predecían que le esperaba una entrevista tempestuosa.

Existía un motivo fundado.

El hombre de rostro moreno era nada menos que José Cardona, el famoso detective de Nueva York. Y esta tarde, Cardona se dirigía a entrevistarse con su jefe, el comisario Rodolfo Weston, respecto a este caso.

Dos crímenes sucesivos e inexplicables en un tren. Ambos cometidos en el mismo lugar y a la misma hora. Uno había ocurrido el día anterior, por la mañana; el segundo habíase perpetrado esa

mañana.

José Cardona, de regreso de una investigación infructuosa, había penetrado en esta zona donde los vendedores de periódicos voceaban las últimas noticias sensacionales de las grandes rotativas de los diarios de la noche.

Los gritos menguaron cuando el famoso detective se iba aproximando a su destino. El silencio del ascensor en que subía al despacho, del comisario, no tranquilizó su espíritu.

Para Cardona significaba la quietud precedente a un huracán.

El famoso detective temía entrevistarse con el comisario de policía.

En seguida de anunciarse su llegada, fue introducido a presencia de su jefe.

Entrando en su despacho, encontrose frente a un hombre de mirada penetrante y severa, de rostro firme y bigotito, con aspecto de hombre de negocios.

Era Rodolfo Weston, cuya influencia y prestigio habían ido en aumento desde que asumiera el cargo de comisario de policía.

EL comisario estaba hablando por teléfono. Miró de soslayo a Cardona y con un ademán indicóle que tomase asiento.

Cardona se sentó enfrente del jefe y adoptó su actitud usual: una expresión enigmática que reservaba como defensa. No hizo el menor movimiento ni su rostro registró ningún cambio, ni siquiera cuando su jefe terminó de hablar por teléfono y se volvió para mirar con fijeza al detective.

—¿Bien? —interrogó el señor Weston—. ¿Qué me dice del asunto?

Cardona respondió con aspereza:

—No se encuentra ninguna pista. Tendremos que esperar hasta mañana.

—¿Hasta mañana? ¿Por qué?

—Para reconstruir la escena del crimen.

—¡Hum! —En los labios del comisario se dibujó una sonrisa despectiva—. Tendremos que esperar a mañana, ¿eh? ¿Por qué no lo ha hecho hoy? Podría haber evitado el segundo crimen.

—Me he percatado de eso ahora—repuso Cardona, ceñudo—. Mas la primera muerte parecía ser un accidente. Ahora parece lo mismo, señor comisario, pero no suelen suceder dos accidentes

como ése. Estamos vigilando el lugar hoy, y mañana iré yo allí.

El comisario se arrellanó en su butaca. A pesar de su severidad, tenía mucha confianza en José Cardona. No obstante, tenía la costumbre de espolpear al detective para que no descansase hasta que resolviera un caso.

Cuando el señor Weston llamaba a Cardona, significaba que el detective debía rendir cuentas. El resultado era usualmente que el subordinado veíase obligado a realizar un esfuerzo intensivo.

Aunque Cardona era un sabueso eficiente en la persecución del crimen y había realizado verdaderas proezas, vivía bajo un constante temor ante su jefe, el brusco comisario de policía.

Indicó al señor Weston:

—Deme todos los detalles referentes a estos dos casos.

—No difieren mucho de lo que ya le he comunicado-declaró el detective —. Un tren llega a la estación de Felswood a las ocho y media todas las mañanas. Ayer, cuando el tren salía de la estación, el revisor observó a un hombre en el suelo junto a una ventanilla. Tenía la cara llena de contusiones y algunas cicatrices. Parecía haber sido cortada por el cristal y quemada por algún ácido.

»El revisor creyó que el hombre había perdido el conocimiento. Resultó que estaba muerto. Era un individuo llamado Arturo Howley. Subió al tren en Barbrock, dos estaciones antes de Felswood.

»Presentaba todas las señales de un accidente. Al parecer algún objeto penetró por la ventanilla abierta y rebotó.

»Quizás esto ocurrió antes de llegar el tren a Felswood; pudo haber sucedido después que saliera de la estación. Mas no encontramos nada en el coche, ni en la vía.

»La estación es tan sólo un andén con una pequeña sala de espera. Hay cerca de la estación un solar, donde están estacionados los coches de los abonados. Ese Arturo Howley era un abonado. Investigué el lugar siguiendo la hipótesis de un accidente. Examiné igualmente el cadáver. El médico descubrió vestigios de veneno, pero no logramos precisar qué fue lo que golpeó a la víctima.

»Lo dimos por una muerte por accidente. Mas esta mañana volvió a suceder la misma cosa. En el mismo tren, el mismo coche y casi en el mismo asiento. Esta vez, el muerto fue descubierto por un pasajero que iba sentado a su lado.

El detective hizo una pausa y añadió:

—La nueva víctima se llamaba Julio Forkney. Subió en Clayton, tres estaciones antes.

»Presentaba las mismas señales: quemaduras y arañazos. EL resultado también ha sido el mismo, no se ha encontrado nada que indique qué fue lo que fulminó a la víctima. No hemos llegado aún al comienzo de una explicación, señor Weston. Por este motivo no es posible hacer otra cosa que vigilar cuidadosamente el lugar mañana.

—¿Qué datos ha averiguado, relativos a los asesinados? —interrogó el comisario.

—Howley era jefe de los camareros de un restaurante-respondió el detective —. Estaba casado, deja mujer y dos hijos. Forkney tenía una agencia de anuncios en el Edificio Stanford. Era soltero y vivía con unos parientes.

»Tengo aquí los informes relativos a los dos muertos-Cardona hizo una pausa para sacar unas hojas escritas a máquina de su bolsillo —, y no hay nada de particular. Las dos víctimas eran personas sin importancia, al parecer no tenían enemigos, y no se conocían mutuamente.

—Lo cual reafirma la hipótesis de un accidente.

—Exacto-asintió el detective —, exceptuando la forma de las muertes y el misterio de que están rodeadas...

—Lo que indica-interpuso el comisario —, que alguien tuvo el capricho de cometer un asesinato, pero no le importaba quién pudiese ser la víctima.

Cardona hizo un gesto de asentimiento. Se le había ocurrido la misma idea, mas no se había atrevido a exponerla.

José Cardona era conocido por ser un detective dotado de mucho sentido común, pero poco brillante en cuanto a sus facultades detectivescas.

Mas habiendo expuesto una hipótesis el jefe, manifestó su conformidad.

—¿Cree usted que tengo razón? —inquirió el comisario, bruscamente.

—Sí-repuso el detective, con énfasis.

—¿Por qué? —interrogó su jefe, astutamente.

El detective crispó los puños. Había caído en una trampa. Su jefe

había expuesto la hipótesis simplemente para probarle. Cardona no pudo responder.

—¿Es un presentimiento, otra vez? —preguntó el comisario.

—Eso creo —gruñó Cardona.

—Cardona —dijo el señor Weston—, hemos hablado de estos presentimientos en otras ocasiones. Sabe usted perfectamente la opinión que tengo formada de usted. Es usted el hombre ideal para recoger unas pruebas y seguirlas, buscando los hechos. Más cuando se trata de una hipótesis, carece usted de base. Si una idea le parece buena, la atribuye a un presentimiento.

—Los presentimientos suelen resultar ciertos en ocasiones.

—Quizá, pero no siempre. Cuando tenga un presentimiento, vea si puede hallar una razón tangible.

—Aquí, en este caso, existe un motivo, señor comisario.. Dos hombres que no se conocen mutuamente han sido asesinados en el mismo lugar...

—Es un motivo para buscar alguna cosa inusitada —interrumpió el comisario—, mas no para atribuirlo a un asesino en lugar de a un accidente. Se encuentra usted en el mismo lugar que al comienzo, Cardona. No sabe usted nada. Averigüe alguna cosa y luego venga a hablarme.

—Concretaré alguna cosa, después de mañana-repuso el detective con brusquedad.

—Procure hacerlo-indicó su jefe, secamente —. Si averigua algunos hechos, sígalos. Si del resultado deduce usted alguna hipótesis, concrétele.

Sucedió una larga pausa. Luego el comisario tornó a hablar, con el mismo tono duro. Observó:

—Admito una hipótesis buena, Cardona. Despeja el camino para averiguar los hechos.

—Si la hipótesis es honesta —replicó el detective.

El comisario dio un respingo. Durante un momento pareció enfadarse, luego una leve sonrisa se dibujó bajo sus bigotes. Comprendió el significado de las palabras de su subordinado. En una ocasión, el comisario dio al detective como compañero a un profesor que pretendía ser muy hábil en las hipótesis de crímenes.

¡El profesor resultó ser un criminal!

Cardona se lamentó interiormente de haber hablado, pues el

recuerdo del pasado le remordía la conciencia. En el caso a que el detective se refería, había recibido los honores por la muerte del extraordinario criminal, en realidad, Cardona recibió la ayuda de un ser excepcional que luchaba incansable contra las hordas del crimen: un ser extraño conocido por el nombre de La Sombra.

En opinión del comisario, La Sombra era un mito. Cardona adivinó por la sonrisa de su jefe que éste iba a referirse a ese hecho.

Observó el comisario:

—¡Ah!, si le recuerdo perfectamente que en una ocasión incurrí en un grave error, respecto a la hipótesis de un crimen. Todos cometemos equivocaciones, Cardona. A propósito: ¿ha tenido alguna noticia más de cierto personaje llamado La Sombra?

—No he mencionado tal nombre en ninguno de mis informes— declaró el detective, cautelosamente.

—En ese caso, podemos eliminar todo pensamiento sobre un personaje tan absurdo— recalcó el comisario mirando con fijeza en los ojos del detective —. La Sombra, un hombre vestido de negro, un rostro invisible, un ser misterioso que puede servir magníficamente para llenar una laguna en los informes, que de otra forma resultarían incompletos.

El señor Weston hizo una leve pausa y prosiguió:

—La Sombra, según recuerdo las historias que de él se cuentan, tenía la costumbre de castigar a los criminales. Mas lo realizaba a su manera, por su propia cuenta, independiente de la autoridad. Tal persona, si existe, sería peligrosa, Cardona. Podría algún día convertirse en un malhechor.

»Quizá, en el Caso de las dos muertes misteriosas ocurridas en el tren, La Sombra esté practicando un ensayo de su capacidad, como asesino.

El comisario meneó la cabeza pensativamente.

Continuó:

—Debo desechar estos pensamientos. Estoy induciéndole a error, Cardona. Estoy hablando en hipótesis, sin pruebas. En consecuencia, olvidemos a La Sombra. Dejémosle en el olvido. Entretanto— se encogió de hombros —, continúe sus indagaciones. Vea lo que puede averiguar mañana. Reservaré mi opinión hasta entonces.

La entrevista había terminado, José Cardona salió del despacho

y abandonó el edificio.

Prosiguió su camino entre los rascacielos gigantes.

Unos cuantos vendedores de periódicos voceaban aún la noticia del crimen; pero Cardona no percibió los gritos ocasionales.

EL famoso detective caminaba ensimismado en sus pensamientos. La referencia a La Sombra había despertado en él viejos recuerdos.

Para el detective, La Sombra era una realidad, un súper sabueso que combatía el crimen con la misma eficacia con que lo descubría un personaje misterioso que jamás conoció el fracaso.

¡Una muerte inexplicable, envuelta en el misterio!

Era precisamente lo que llamaría la atención de La Sombra. Estos asesinatos misteriosos cometidos en trenes de los suburbios, constituían el tipo de crimen que La Sombra habla aclarado tan a menudo.

Quizá la investigación de mañana aportaría una pista del misterio. En caso afirmativo, Cardona acrecentaría su prestigio. En caso negativo, no veía la forma de aclarar el misterio de las muertes, a menos que La Sombra interviniese en su descubrimiento.

¡La Sombra!

¿Quién era este hombre misterioso?

¿Dónde estaba?

Cardona no había logrado descubrir nunca el paradero del misterioso personaje. No existía motivo, actualmente, para que el rey de la noche se encontrase en Nueva York.

Mas de una manera explicable, Cardona, caminando por la oscuridad de aquellas calles, tuvo un presentimiento súbito, parecióle ver la mano de La Sombra penetrando en un nuevo y desconcertante misterio, del cual estas muertes era el precursor. ¡Ah, si así resultara!

Cardona seguía aún pensativo camino de su oficina y preguntábase si acaso La Sombra había comenzado a trabajar en Manhattan. Continuaba pensando en tal posibilidad, cuándo entraba en su despacho.

Mientras el famoso detective hallábase sentado en su viejo pupitre, tamborileando pensativamente con la punta de sus dedos, otro hombre, en otra parte de Manhattan, consideraba también las muertes ocurridas en el tren suburbano, pensando igualmente en La

Sombra.

En el despacho interior de unas oficinas del rascacielos Badger, un agente de Bolsa, llamado Mann, recordaba muy cuidadosamente unas noticias aparecidas en los periódicos de la noche. Las columnas que seleccionaban a los extraños asesinatos cometidos en Felswood.

Las ventanas de los edificios colindantes brillaban en medio de la oscuridad cuando el agente de Bolsa, de rostro rollizo, introducía los recortes en un sobre de grandes dimensiones.

Guardándose en un bolsillo el paquete, abandonó su despacho.

Dirigióse en un taxi a la Calle Veintitrés, penetró en un edificio de ruinoso aspecto y subió al segundo piso. Se detuvo delante de una puerta que ostentaba un nombre en el polvoriento cristal:

B. Jonas

Rutledge Mann no había visto nunca el interior de aquella oficina. Sus visitas, ocasionales terminaban siempre en la puerta.

Al llegar el agente de Bolsa sacaba el sobre y lo introducía en la ranura de un buzón. Su trabajo de la tarde había terminado.

En calidad de agente de La Sombra, tenía la misión de llevar recortes de noticias de los crímenes misteriosos e inexplicables a este lugar determinado.

Tales datos, depositados allí, llegaban a manos de La Sombra.

Que su jefe estuviese o no en Nueva York, o que se interesase o no por estos informes, eran factores que no incumbían a Rutledge Mann.

El agente había ejecutado su misión. Los datos relativos al crimen habían sido acumulados para ser utilizadas. La resolución que debía tomarse, la acción, dependía de La Sombra.

CAPÍTULO II

LA TERCERA TRAGEDIA

EL detective José Cardona se hallaba en el andén de la estación de Felswood. Sus ojos sagaces escudriñaban la vía donde hacía curva cerca de la estación.

Eran las nueve menos veinticinco. Según todas las apariencias, el detective era uno de la docena o más de abonados que se encontraban en el andén. Mas en realidad, tenía otro propósito más importante que el dirigirse a Manhattan.

Era el jefe de un equipo de detectives que se encontraba allí con el objeto de estudiar todos los detalles que ocurriesen cuando el tren de las ocho y treinta y ocho minutos llegase, rumbo a su viaje hacia el Oeste.

Un individuo se paseaba por la vía, donde formaba curva. Apartado como si esperase la llegada del tren, el individuo formaba parte del plan de Cardona.

El paseante de la vía era un detective. Cardona volvióse con aire indiferente y miró en dirección opuesta. Otro supuesto paseante por la vía se acercaba lentamente al andén de la estación.

Cuando Cardona volvióse para mirar hacia el lugar donde se encontraban los coches, observó a un par de hombres que sostenían una conversación.

Uno se encontraba sentado detrás del volante de un auto; el otro, al lado.

Ambos eran detectives que estudiaban la situación.

Otro coche llegó mientras Cardona vigilaba.

Era un viejo sedán y su conductor lo detuvo en el lugar destinado a los coches, colocándolo junto a los tres vehículos que esperaban junto a la vía.

Un nervioso abonado se apeó presuroso del automóvil y se dirigió al andén.

Este hombre, pensó Cardona, sería el último que tomase el tren. Los trenes eléctricos llegaban siempre a la hora marcada y faltaba menos de un minuto.

El abonado era un individuo bien vestido, un hombre de edad mediana, con barba bien cuidada y un sombrero de alas anchas.

Su rostro se iluminó al ver a la gente que esperaba. El hombre pareció alegrarse de haber llegado a tiempo para coger el tren.

José Cardona soltó una risita. ¡Valiente preocupación, la de coger el tren de las ocho y treinta y ocho! Probablemente era todo cuanto interesaba a aquellos abonados, por la mañana.

Cardona volvió la vista hacia la curva. Lo hizo a tiempo. Un tren de coches rojos aparecía a la vista, acercándose con la sigilosa velocidad de la locomoción eléctrica.

Cardona contó ocho coches cuando doblaban la curva; los rieles chirriaban y el tren iba a pararse en seco. El falso paseante de la vía movía los brazos como señal de que no había ocurrido nada.

Cardona, mirando con rapidez el tren y observando a los abonados cuando se apeaban, pudo comprobar que no sucedía nada anormal.

El famoso detective dirigió la mirada hacia el lugar de estacionamiento de los vehículos. Los dos individuos del “roadster» indicaron que no había novedad en su campo de observación.

Cardona exhaló un gruñido. Abrigaba la esperanza de que ocurriría alguna cosa en la estación, algún incidente inusitado que serviría de pista de los extraños accidentes de los dos días anteriores.

Vigilaba el tren, impaciente por que se pusiera en marcha con el objeto de observar lo que sucedía después de la partida y recibir el informe del hombre que le esperaba al otro lado.

No obstante, el tren no arrancó.

Un uniformado revisor, de rostro perplejo, surgió de uno de los vestíbulos.

Acompañábale un hombre que Cardona reconoció al instante: el detective sargento Mayhew.

Este funcionario había estado apostado en el tercer coche del tren, el coche donde ocurrieron las dos muertes. El rostro de

Mayhew estaba excitado.

Y se puso más excitado aun cuando vió a su jefe, el inspector Cardona.

Mayhew señaló frenéticamente. El detective avanzó presuroso.

El sargento detuvo a Cardona y señaló en dirección de una ventanilla abierta del coche. Mirando pasmado de asombro, el famoso detective vió el cuerpo de un hombre desplomado en el asiento, junto a la ventanilla.

El rostro vuelto hacia arriba, tenía un aspecto horripilante. Estaba lleno de cicatrices y marcas rojas. Los ojos aparecían desorbitados.

El hombre estaba muerto.

Mayhew explicó:

—Yo miraba atrás y no esperaba que sucediese nada parecido. Vigilaba alerta por si ocurría alguna cosa inusitada. De pronto, vi a este hombre. Deben haberle matado antes de llegar el tren.

José Cardona se hizo cargo de la situación. Esta muerte misteriosa exigía tomar medidas excepcionales. Había otros detectives en el tren. Ninguno de ellos había observado ninguna anomalía durante el viaje.

Reunidos todos sus subordinados, Cardona puso en cuarentena el coche de la muerte. Los detectives tomaron los nombres y las señas de los viajeros interrogándoles al mismo tiempo.

Cardona solicitó la cooperación de los empleados del tren. La gravedad del crimen era impresionante.

Un hombre había sido asesinado; se habían cometido tres crímenes durante tres días consecutivos. Y durante este tiempo se había estado vigilando alerta.

Parecía increíble.

Se recibieron órdenes por teléfono. Un inspector ferroviario viajaba en ese tren y ordenó que se desenganchara el coche de la muerte. El coche fue llevado a un desvío; el resto del tren continuó el viaje. El retraso paralizó el tráfico por toda la línea.

Los pasajeros del coche donde el hombre había muerto fueron detenidos en la estación de Felswood. Después de haber sido interrogados, fueron dejados en libertad.

Mayhew permaneció en el coche donde ocurriera la muerte. Cardona encaminóse hacia el coche una vez que se aseguró de que

el interrogatorio de los pasajeros se practicaba debidamente por sus subordinados.

Mayhew había averiguado la identidad del muerto. AL registrarle los bolsillos se encontraron unos documentos que indicaban que era Danhy Grayson, un tenedor de libros de una casa comercial de Broadway.

Unas tarjetas de visita daban sus señas en el pueblo de Duxhury, varias estaciones al este de Felswood.

Grayson era un hombre de unos cincuenta años. Cardona contempló solemnemente el cadáver.

El aspecto del rostro, con su mejilla llena de cicatrices, era idéntico al de las otras caras que el detective observara en los dos días anteriores.

Mayhew murmuró:

—Parece ser otra muerte inútil. Este hombre, por su aspecto y ocupación, no parece ser la víctima que un asesino había de buscar.

Cardona gruñó:

—Eso lo averiguaremos más adelante, ¿Ha registrado usted el coche?

—Sí —le respondió el sargento—. No hay nada allí.

Cardona se puso a trabajar. Buscó pistas por todas partes. No encontró ninguna. Dejando al sargento de guardia, el detective se dirigió a la carretera a hablar con los subordinados que ya investigaban allí.

Comunicaron que no habían encontrado rastro de ningún proyectil.

Los trenes de los abonados retrasados por la paralización producida por el suceso iban llegando a la estación a cortos intervalos; y Cardona observó a los pasajeros del tren de la muerte continuar su viaje a Manhattan tan rápidamente como la policía los dejaba libres. No había pruebas suficientes para detener a nadie.

Después de ordenar a uno de sus subordinados que hiciesen un informe completo sobre Danby Grayson, José Cardona se dirigió al lugar donde estaban detenidos los coches, con el objeto de conferenciar con los detectives que habían estado vigilando desde aquel punto.

Habían practicado un registro del local, pero no encontraron a nadie escondido allí. Se habían inspeccionado todos los coches, sin

resultado positivo.

Los acontecimientos de las horas siguientes fueron penosos para José Cardona.

Un informe recibido referente a Danby Grayson apoyaba la hipótesis de Mayhew.

En el informe se manifestaba que el tenedor de libras era un individuo que vivía con sus dos hijos. La noticia de su muerte causó una dolorosa impresión al par que sorpresa a sus jefes y a su familia.

AL parecer no habla motivo para que Grayson hubiese sido víctima de un asesinato.

A continuación, encima de esto, el inspector Timoteo Klein llegó con un médico. Pisándoles los talones, llegó una serie de reporteros buscando detalles del nuevo crimen. Los fotógrafos enfocaron con sus cámaras el coche trágico; y una multitud de curiosos empezó a congregarse.

Cardona puso fin a estas actividades. Los periodistas recibieron algunos detalles breves. Los fotógrafos se alejaron prudentemente y los curiosos fueron dispersados. Los detectives se cuidaron de que no se acercase ni saliese de la estación nadie más que los viajeros.

¿Qué clase de peligro acechaba en aquel lugar fatídico?

¿Por qué razón la muerte había descargado solamente cuando se aproximaba determinado tren, matando siempre a una persona en el mismo coche?

Cardona, ceñudo y en voz baja, discutía este importante problema con el inspector Klein. Aunque de mala gana, vióse obligado a confesar que las muertes podrían ser el resultado de un accidente asombroso.

Hasta que se encontrasen algunas pistas, debía aceptarse la hipótesis de un accidente. No obstante, el misterio y a la amenaza seguían siendo tan grandes como anteriormente.

Mientras Cardona se hacía estas reflexiones, un potente automóvil se acercó al lugar de estacionamiento y un hombre de elevada estatura apeóse.

Con paso largo, el recién llegado dirigióse hacia el andén de la estación.

Detúvose allí, al parecer esperando un tren.

Cardona se percató de repente de la presencia del hombre y

volvióse para mirarle. Los ojos del individuo se clavaron en los del detective, quien se encontró mirando en un rostro firme y sereno, de expresión enigmática.

Los ojos del individuo fulguraban de una manera extraña.

EL aspecto del desconocido era impresionante. Cardona notó la fuerza hipnótica de aquellos ojos. Instintivamente, el detective comprendió que el hombre había oído las observaciones del inspector Klein.

Pero el inspector no quería hacer ningún movimiento. El individuo había llegado con el objeto de tomar un tren varias horas después de ocurrir la muerte a bordo del tren de las ocho y treinta y ocho.

Cardona no acertaba a ver la relación que podía existir entre este individuo y el caso de investigación.

El inspector Klein no vio al individuo a quien Cardona estaba mirando. El inspector vigilaba la vía; y en un momento en que el desconocido podía oírle bien, formuló unas observaciones sin volver la cabeza en dirección de Cardona.

Ordenó:

—Quédese aquí hasta a las tres. Si no ha encontrado nada para entonces, es inútil que pierda más tiempo. Puede usted dejar un par de agentes de guardia, toda la noche, para que vigilen el mismo tren por la mañana.

Un tren que llegaba, apareciendo por la curva, terminó la conversación.

Cardona, mirando hacia el desconocido de rostro aquilino, observó que el hombre vigilaba el convoy.

El desconocido subió a un coche y esto fue lo último que el detective vio de él. Sin embargo, durante el resto de su infructuosa investigación, Cardona no pudo evitar recordar el extraordinario aspecto del hombre del andén.

El detective no había observado la llegada del desconocido, Ignoraba que el potente automóvil pertenecía a dicho individuo. Cuando Cardona tenía algún presentimiento, no titubeaba en seguirlo; pero en este caso, no tuvo ninguna inspiración. Simplemente le impresionó una observación casual; y se dijo a sí mismo que debía olvidar este detalle que, al parecer, no guardaba relación con la muerte ocurrida en Felswood. En consecuencia, no

averiguó si alguien había observado la llegada del individuo.

Poco después de las tres, subió de mala gana a un tren que partió hacia Manhattan. Las medidas extremas no habían producido ningún resultado.

El cadáver de Danby Grayson mostraba señales de intoxicación.

Debía haber alguna cosa extraña e inexplicable en el misterioso proyectil que causar la muerte inmediata.

Cuando el tren penetraba en el túnel del río Este, el detective — pensó en el desconocido del andén de la estación. Decidió que el individuo debía ser un vecino de Felswood, algún abonado rezagado.

¿A qué hora volvería dicho hombre a la estación?

El detective se lamentó de no haber esperado en Felswood; mas conocía que sería un error desobedecer las instrucciones del inspector Klein.

Cuando el tren penetró en la estación de Nueva York, volvió a pensar en Felswood: Cosa extraña, un tren llegaba en ese momento a la estación de Long Island y de él se apeaba el mismo hombre en quien el detective pensaba.

El porte del hombre no presentaba nada sospechoso; en realidad, su aspecto indicaba: que era una persona importante. Cardona, había observado al hombre simplemente por que había estado a corta distancia del inspector y del detective, pudiendo oír la conversación.

El desconocido de rostro aquilino se dirigió hacia su automóvil y tomó asiento detrás del volante. Pero no puso aún el coche en marcha.

Dos agentes seguían montando la guardia; no prestaban atención a este abonado que regresaba. En su consecuencia, el individuo permaneció sentado sin ser observado, en el largo y pesado automóvil.

A veces, escudriñaba atentamente y sus ojos agudos observaban cuanto sucedía.

Junto al automóvil hallábase el sedán que Cardona viera llegar poco antes que el tren de las ocho y treinta y ocho a Felswood.

EL desconocido de rostro aquilino observaba la posición del automóvil, que no se hallaba a más de trece metros de la vía férrea, paralelo a la derecha del camino, en posición algo distinta de los

otros coches estacionados.

Transcurrió media hora. Llegó otro tren de Nueva York. Varios abonados bajaron, entre ellos el hombre nervioso de la barba puntiaguda, que viajara en el de las ocho y treinta y ocho por la mañana.

El individuo dirigióse al sedán. No observó los ojos que le vigilaban desde el otro coche que partía de la estación.

El motor del otro coche, del «roadster», ronroneó rítmica y suavemente.

El potente automóvil arrancó en la dirección que el sedán había tomado.

Cuando el «roadster» penetró en una calle transversal, a media milla de la estación, el sedán entraba en una calzada, junto a una casa nueva.

El conductor del «roadster», inclinándose hacia el volante, observó que el sedán entraba en un garaje. El «roadster» continuó su marcha.

A una manzana de distancia, emergió un sonido suave y extraño procedente del anterior del «roadster». Los tonos cuchicheados de una risa burlona brotaron de los labios del hombre de rostro aquilino.

Era una risa de comprensión, una risa fantástica y escalofriante.

Si José Cardona hubiese estado allí para oír la risa siniestra, habría reconocido al hombre que reía. Entonces habría sabido por qué motivo se impresionó al ver al desconocido en la estación.

Pues el sonido fantasmal era la risa de La Sombra, la risa espeluznante que infundía el terror por todos los rincones del mundo del hampa. Era la risa de un superhombre y denotaba el poder del misterioso personaje conocido por el nombre de La Sombra.

José Cardona había sufrido un fracaso. Una tercera tragedia había ocurrido en la estación de Felswood, ante la vista misma del famoso detective.

Un grupo de sabuesos no había logrado encontrar la menor pista.

Mas La Sombra no había fracasado. Llegó a la estación después de cometerse el crimen; no obstante, encontró sagazmente cierta relación entre las muertes y un determinado individuo.

Un hombre de barba puntiaguda que vivía a media milla de la estación de Felswood; un abonado que conducía un sedán de grandes dimensiones y lo dejó estacionado en el solar junto a la vía. Éste era el individuo que La Sombra tenía en observación.

La muerte no descargaría de nuevo en Felswood.

¡La Sombra, llegado de lejos, se encontraría allí para impedirlo!

CAPÍTULO III

UN MILLÓN DE DÓLARES

AL rayar el día siguiente, el detective José Cardona hallábase de nuevo en la estación de Felswood, dispuesto a vigilar la llegada del tren de las ocho y treinta y ocho.

El famoso detective se encontraba ya algo nervioso, cosa extraordinaria en un hombre tan estólido como él.

Mayhew, el sargento, había sido mandado de nuevo al extremo de la línea.

Esta parte del ferrocarril suburbano terminaba en la ciudad de Belgrado, diez millas más allá de Felswood. El sargento fue a Belgrado simplemente porque era el punto de partida del tren de los abonados, que salía de aquella estación a las ocho y diez.

En opinión de Cardona, la estancia de Mayhew en dicho lugar no obedecía a otro motivo.

No obstante, la ciudad de Belgrado iba a desempeñar un papel muy importante en las actividades de Cardona y de Mayhew.

Pues en aquel mismo momento en que el detective llegaba a Felswood, poco antes de las siete, nuevos acontecimientos iban desarrollándose en la ciudad adonde el sargento había ido.

Una de las casas más importantes de Belgrado era la residencia de Enrique Bellew, un multimillonario, fabricante de tejidos.

Enrique Bellew, un hombre delgado, de aspecto cadavérico de unos sesenta años, era un devoto practicante del adagio referente a levantarse temprano.

Esta mañana, como era su costumbre, Bellew estaba sentado a su mesa, esperando el plato de huevos con jamón.

En tono impaciente ordenó:

—Tráigame el periódico, Barcomb.

—Sí, señor.

La respuesta provino de un mayordomo de cara triste, Barcomb; aunque apenas tenía cuarenta años, era un individuo calvo, de conducta paciente, que siempre respondía prontamente a las llamadas de su amo.

Unos segundos después de haber formulado Bellew la orden, el periódico estaba encima de la mesa del comedor.

El multimillonario echó una ojeada a los titulares. Su rostro se nubló. Leía la historia de la tercera muerte en el tren de los abonados de Felswood.

La historia le impresionó, le molestaba. Había dado la casualidad de que él se encontraba en el tren los tres días sucesivos con que se cometieron los asesinatos.

Aunque no iba en el coche donde ocurriera la tragedia, había tenido que sufrir el retraso consiguiente de todos los pasajeros, y escuchar los comentarios de sus compañeros de viaje.

Murmuró:

—¡Hum! Si esto continúa, no viajará nadie en ese tren.

Las observaciones no fueron dirigidas a nadie en particular. Barcomb había salido del comedor para buscar el desayuno del multimillonario. El resto de la familia de Bellew no estaban habituados a levantarse a las siete de la mañana.

Cuando Barcomb llegaba con el plato de jamón y huevos, el timbre de la puerta principal repicó brevemente.

El multimillonario hizo un gesto con la mano y habló al criado:

—Recoja la correspondencia, Barcomb.

El mayordomo abandonó el comedor y regresó poco después con un puñado de cartas.

Bellew cogió la correspondencia y la examinó con rapidez.

El criado le observaba con atención y disimulo. Sabía que su amo buscaba una postal, no una carta.

Durante tres días sucesivos, Enrique Bellew había recibido tarjetas postales, conteniendo unas palabras enigmáticas. Intrigado, el multimillonario las había guardado en su mesa de escritorio.

Ahora su curiosidad se había despertado. En realidad, había llegado a un estado de alarma. La perplejidad se trocó en alivio al observar que las tarjetas postales estaban ausentes de la correspondencia matutina.

De repente Bellew se detuvo en el momento de apartar una carta. Las señas del sobre parecían familiares.

¡Sí, en efecto, la escritura era idéntica a la de las postales!

Olvidándose del desayuno, el millonario rasgó el sobre y extrajo el pliego que había dentro. Allí, en letras mayúsculas, semejantes a la escritura a máquina de un telegrama, aparecían las mismas palabras que en las postales recibidas anteriormente.

UNTO HOMBRE BREGAR MOTOR RICO

RA-RA HOJA YBO PUEDE DECIR SERTE

ALTA GUIENTE QUEJA YODO QUIERO

ROPA VIDA GIBA LECHE

Debajo, una simple indicación explicaba el método de interpretar el mensaje. Los ojos de Bellew se desorbitaron al leer las palabras escritas en letra mayúscula. Su mano asió el periódico que tenía al lado.

El multimillonario conocía ahora la amenaza que representaban las tarjetas postales que yacían encima de su mesa escritorio.

¡Las tres fueron proféticas!

De una manera aturdida, leyó el resto de la carta. En lenguaje simple y claro, explicaba por qué había recibido los mensajes misteriosos.

Decía:

«Espero recibir de usted la suma de un millón de dólares antes de transcurrir dos semanas, a contar desde hoy, A menos que yo reciba su cooperación, morirá usted. A menos que desee la muerte, no obre en contra de mis órdenes. Tenga la cantidad dispuesta dentro del plazo indicado. No le mencione a nadie esta carta. No intente informar a la policía, la desobediencia significará la muerte de...

Debajo de la frase indicada aparecía la firma, unas palabras que completaban la carta y produjeron un escalofrío al multimillonario:

EL ASESINO

La importancia de este mensaje extraño era evidente para Enrique Bellew.

El millonario conocía que habían sido muertos misteriosamente tres hombres en el tren que él solía tornar. Evidentemente, esta carta significaba que el reino del terror había terminado, en lo tocante a los asesinatos cometidos con regularidad.

Hasta la fecha, las muertes habían sido al azar. Si ocurría otra, sería premeditada. ¡Él, Enrique Bellew, sería la víctima de un loco que se denominaba a sí mismo EL ASESINO!

¿Qué debía hacer?

Una mezcla de emociones pasó por el cerebro del multimillonario. Giró la vista a su alrededor. Barcomb, en un rincón del aposento, estaba ocupado, al parecer, en sus faenas y no le observaba.

Bellew comprendió que afrontaba un problema tremendo. EL ASESINO quería dinero, la enorme cantidad de un millón de dólares.

Mas, ¿de qué modo podría el misterioso asesino llevar a cabo sus amenazas?

Bellew comprendió que si cogía aquel tren ese día y los sucesivos, entraría en la zona del peligro cada vez que el tren local pasara por la Estación de Felswood.

AL propio tiempo, el multimillonario era lo bastante astuto; para dudar de la capacidad de EL ASESINO para extender aquella región de influencia.

La muerte fue sembrada a boleo. ¿Podía el asesino matar a una persona determinada en aquel tren?

¿Podía alcanzar a una persona que no viajaba ya en ese tren?

Mientras un escalofrío recorría su espina dorsal, el millonario comenzó a analizar la situación fugazmente. Intentó descubrir el método empleado por el criminal.

Tres muertes habían ocurrido: el periódico que tenía encima de la mesa daba la noticia de la última. El asesino, que era un excelente psicólogo, consiguió atemorizar a Bellew. Bastaría tenerlo asustado un poco de tiempo.

El millonario comprendió que lo más natural sería esperar sin decir nada.

Tras de cada día sucesivo sus aprensiones aumentarían. Quizá, mediante alguna atrocidad, EL ASESINO aumentaría el terror.

De repente ocurriósele a Bellew que no había mejor momento que el presente. Esa misma mañana era la primera del período en que el criminal esperaba que actuase el hombre amenazado.

Este pensamiento le asaltó como una inspiración. Bellew hallábase solo en la casa, a excepción de los criados y la familia.

Tenía la sensación de encontrarse seguro actualmente.

La policía se hallaba desconcertada todavía por las muertes ocurridas en Felswood. Si había de encontrarse con el misterioso asesino, el momento de comenzar era entonces.

El millonario lanzó una ojeada a la misiva. Tornó a leer las palabras:

«No intente informar a la policía.»

Una denuncia sería peligrosa, mas tal vez sería inevitable. Cuanto más esperase, pensó Bellew, tanto menos eficaz sería su denuncia.

El millonario tuvo la sensación de que una red iba aprisionándole en sus mallas. Se liberaría antes de que fuese demasiado tarde.

Abandonando su desayuno, levantóse y salió del comedor. Encima de la mesa quedaba doblada la carta que acababa de leer, cubierta por un montón de sobres sin abrir.

Barcomb continuaba en un rincón, solo en la alegre habitación, donde un fuego chisporroteaba en la chimenea: Al cabo de un breve intervalo, siguió a su amo al oscuro vestíbulo situado contiguo al comedor.

Una puerta cerrada en el otro lado indicaba adónde había ido Enrique Bellew: a una pequeña habitación que el millonario solía usar como estudio.

Barcomb, pisando suavemente, llegó a la puerta y escuchó.

Oyó la voz de su amo, que decía:

—Aló, aló... Deseo hablar con la jefatura de Policía de Nueva York...

Barcomb se apartó de la puerta. Dirigióse con premura a la pared. Allí, en el suelo, había un conmutador telefónico especial que estaba en desuso.

Había sido instalado en el zócalo para cortar el teléfono del estudio del millonario, pero éste no había utilizado nunca dicho dispositivo.

En ocasiones, cortábase el teléfono en el piso superior, pero nunca en la planta baja.

Agachándose, el criado dio la vuelta rápidamente al conmutador.

Enderezándose, fue presuroso hacia el corredor. Percibió dos

sonidos: uno, un grito procedente del estudio; el otro, unas pisadas en lo alto de la escalera, en el segundo piso.

Coincidente con la acción de Barcomb en el conmutador, ocurrió una tragedia en el estudio.

Enrique Bellew, hablando en la bocina del teléfono, tambaleóse hacia atrás con un grito en los labios.

Su cuerpo recibió la sacudida de una corriente eléctrica potentísima.

Retorcióse, tropezó con una mesa y cayó de bruces sobre el teléfono, que se le desprendió de sus manos paralizadas. Desplomóse, muerto, sobre el suelo.

La persona que descendía los escalones oyó el grito agonizante y lanzó un chillido de alarma. Era la esposa de Bellew; y en su espanto, la mujer gritó llamando a Barcomb.

El criado hallábase de pie en el comedor, junto a la mesa. No podía ser visto desde el pasillo, Había llegado a tiempo a dicho lugar.

Respondió:

—¿Qué desea la señora?

Recogió la carta del asesino, al formular la respuesta a la señora. Acercándose a la chimenea, arrojó la carta y el sobre a las llamas.

La mujer respondió:

—¡Ha sucedido algo en el estudio del señor Bellew!

Barcomb observó que la carta y el sobre ya se habían consumido.

Dirigiéndose presuroso al recibidor, se acercó a la señora. Los dos se aproximaron a la puerta del estudio. Estaba cerrado por dentro.

Barcomb llamó. No recibiendo respuesta, empezó a derribar la puerta.

El ruido atrajo a otras personas sobre la escena. Los dos hijos de Bellew descendieron corriendo. Llegaron otros criados.

La puerta fue derribada al fin. Entraron y vieron que el millonario yacía muerto en el suelo.

Al ver el teléfono uno de los hijos del muerto gritó en son de aviso:

—¡No toquéis el teléfono! ¡Creo que papá ha sido electrocutado!

Un sirviente fue mandado a otra casa para telefonear, a pedir socorro. Uno de los hijos de Bellew y Barcomb quedaron solos en el aposento.

La cara solemne del criado aparecía triste. Ni por un instante reveló las verdaderas emociones del individuo.

Pites Barcomb, agente de El ASESINO, había puesto en ejecución la amenaza escrita. Empleado en la casa del millonario, había estado preparado para convertir en realidad los términos del mensaje que llegara aquella misma mañana.

Más aún, Barcomb había destruido la única prueba de importancia: la carta que explicaba las postales enigmáticas al mismo tiempo que comunicaba la amenaza de EL ASESINO.

¡Que investigase la policía!

¡Una vez más encontrarían a la víctima de lo que no parecía ser más que un accidente desgraciado!

CAPÍTULO IV

CARDONA NO VE NADA

EL detective José Cardona paseaba de un extremo a otro del andén de la estación de Felswood.

Eran las ocho y treinta y cinco y había alrededor de una docena de abonados presentes.

Cardona observó a un hombre que se apeaba de un taxi y reconoció al individuo nervioso de la barba puntiaguda.

El día anterior, recordó, el hombre llegó en su auto particular. Entonces, evidentemente, había decidido dejar en su casa el sedán.

Varios detectives vigilaban alerta, como en días anteriores. Tres minutos más tarde, Cardona vió los coches rojos del tren local surgiendo por la curva.

El convoy entró puntualmente en la estación. Los abonados subieron.

Cardona dirigióse presuroso hacia el revisor.

—Revisaremos el tren. Vamos a averiguar si ha sucedido algo.

La investigación realizóse con rapidez y precisión. Provocó una sonrisa de alivio en el tenso rostro del detective.

En ninguno de los coches, especialmente en el tercero, veíase señal alguna de un pasajero víctima de un crimen o accidente.

Cardona se encontró con Mayhew en el andén y dispuso que el sargento comunicara desde el siguiente teléfono.

EL tren se puso en marcha unos minutos después. Cardona esperó en la pequeña estación hasta que el teléfono repiqueteó. Escuchó la voz de Mayhew.

El argento comunicó:

—Sin novedad. Estoy en Gridley, la parada siguiente. Inspeccioné los coches durante el trayecto. El tren continúa su viaje.

Regreso.

Un cuarto de hora más tarde, el sargento llegó en otro tren. Reunióse con Cardona en el otro andén. El detective encogiose de hombros.

La investigación realizada esa mañana era satisfactoria, puesto que no había ocurrido ninguna nueva muerte; mas no había facilitado la menor pista sobre los crímenes anteriores.

El teléfono repiqueteó en la estación, Cardona acudió a responder a la llamada. Sorprendióle oír la voz del inspector Klein. El detective apresuróse a informarle que no había ocurrido nada en Felswood.

La voz ruda de Klein graznó:

—Perfectamente. Es una suerte, Cardona; una suerte porque se han interrumpido esas muertes misteriosas. Tengo otro trabajo para usted. En esa misma línea ferroviaria, en la población de Belgrado. Un fabricante llamado Enrique Bellew ha sido muerto por una corriente eléctrica mientras telefoneaba. Corra allá y vea de qué se trata, mande a Mayhew aquí..

Cerca de una hora más tarde, José Cardona llegaba a la casa de Enrique Bellew. Encontró a la gente de la casa esperando con ansiedad su llegada.

El detective estudió con eficacia la situación y ordenó a los electricistas que empezasen a trabajar.

Mientras Cardona hablaba con la familia Bellew, un hombre entró en la casa y el detective reconoció a Clyde Burke, un reportero del «Noticiero» de Nueva York.

Cardona y Burke eran buenos amigos a pesar del creciente antagonismo que el detective sentía hacia los periodistas. Cardona saludó con una sonrisa acre a Burke.

Le interrogó:

—Buscando una historia sensacional, ¿eh? Es una lástima que Felswood no le proporcionase una. Bueno, puede quedarse, Burke. Recibirá usted los datos de la información, cuando averigüemos los detalles.

Los datos llegaron una hora más tarde. Los electricistas, después de levantar el zócalo fuera del estudio, descubrieron la causa de la muerte de Enrique Bellew.

El conmutador usado para desconectar el timbre del teléfono

estaba flojo, junto a un alambre que introducía una corriente eléctrica hasta la mesa.

Dándole la vuelta al conmutador, se había producido por la conexión que transmitió un voltaje terrible por el alambre telefónico. El teléfono mismo era un instrumento deficiente.

La muerte de Bellew era uno de esos accidentes raros que provienen de equivocaciones cometidas en la instalación de alambres.

El inspector de teléfonos declaró:

—En mi opinión, alguien giró el conmutador. El resultado fue que cuando el señor Bellew fue al teléfono recibió la corriente al levantar el instrumento.

José Cardona empezó inmediatamente a interrogar a los miembros de la casa. La mayoría de ellos habían olvidado la existencia del conmutador del zócalo.

Este conmutador y el del primer piso fueron instalados durante la ausencia de la familia. Solamente Barcomb recordaba que en alguna ocasión Bellew había girado el conmutador.

En tono metódico explicó:

—El señor estuvo en el estudio anoche. Manifestó que no quería que le molestasen. Supongo que pudo haber girado el conmutador antes de entrar en el estudio.

La explicación parecía lógica.

Cardona averiguó también que Enrique Bellew solía ir a menudo al estudio por la mañana y que el criado tenía órdenes de llamarle a determinada hora. En contraste con las extrañas muertes, ocurridas en Felswood, esta tragedia era, en cierta forma, un alivio para el detective.

De ordinario solía sospechar de un crimen en cualquier accidente vulgar, mas ahora no se encontraba de humor para hacer de la muerte de Bellew un misterio, especialmente cuando el elemento accidental parecía tan evidente.

Si alguna persona deseaba matar al millonario, era improbable que usase un método tan extraño e indirecto, especialmente cuando el conmutador del teléfono había sido instalado unos meses antes.

No obstante, Cardona era muy minucioso. Obtuvo declaraciones detalladas de todos los miembros de la casa. Y estas declaraciones fueron el factor final que convencióle de que la muerte era

accidental.

Barcomb, en su historia, declaró que Enrique Bellew había salido del comedor; que unos minutos más tarde, la señora Bellew llamó desde la escalera.

El criado estuvo convincente y la declaración de la señora Bellew confirmó sus palabras. Por una ironía extraña, el peligro que Barcomb encontrara cuando regresaba al comedor-podía utilizarlo ahora para apoyar su declaración.

El criado logró eludir la observación de la señora Bellew, y la historia de la mujer indicaba; que estaba en la antesala en el momento de ocurrir la muerte.

El hecho de que no había nadie en el pasillo cerca del conmutador era todo cuanto Cardona necesitaba para su decisión final.

El detective eliminó a los miembros de la casa y decidió investigar los negocios de Enrique Bellew. Llamó al criado al estudio y comenzó un examen de la mesa de escritorio.

En un cajón encontró la correspondencia. Examinó varias cartas y halló que carecían de importancia.

Además de las cartas, descubrió tres tarjetas postales. Observó que en ellas había escritas unas cuantas palabras extrañas carentes de sentido.

La curiosidad del gran detective despertóse. Luego menguó momentáneamente. Titubeó, indeciso, si dejar las postales en el cajón o estudiarlas a fondo.

En ese momento fue cuando Barcomb habló.

—El señor Bellew guardaba la correspondencia importante en el cajón del medio, señor.

La sugerencia fue suficiente.

Cardona dejó las postales y abrió el cajón del centro. Encontró unas cartas comerciales y un examen minucioso indicó que los negocios de la víctima marchaban bien. José Cardona tenía varias razones para examinar todo posible vestigio de prueba acerca de la muerte de Enrique Bellew.

Aunque no veía la menor relación entre la desgraciada tragedia y los asesinatos perpetrados en el tren local de Felswood, era, sin embargo, un caso nuevo y sobresaliente de muerte.

Enrique Bellew era una persona de importancia. Su fin trágico

representaba una noticia sensacional que ocuparía las primeras páginas de los periódicos.

Justificaba una investigación a fondo.

Además, el detective conocía que su situación era delicada. Estaba seguro de que el comisario señor Weston le llamaría para discutir la muerte del multimillonario, y no quería dejar ningún boquete por donde pudiese criticarle.

En consecuencia, tomando el estudio por su cuartel general, inició una serie de largas conferencias con la familia de la víctima y con los socios de Bellew, que fueron llamados a la casa.

Anocheecía cuando se convenció de que no existían enemigos invisibles de negociaciones peligrosas en la vida de la víctima.

Subiendo a Manhattan en un tren suburbano, leyó un relato de la muerte de un periódico de la tarde. La historia le satisfizo por dos razones.

La muerte de Bellew no sólo había sido descrita como un accidente; sino que también había sido suprimida toda referencia al misterio de las muertes ocurridas en Felswood.

En opinión de Cardona, se trataba de una muerte accidental. No había observado nada para cambiarla; así como tampoco vio nada que señalase una pista de las muertes en Felswood.

Sin embargo, en un solo día, José Cardona había visto mucho relativo a muertes que era de su incumbencia investigar.

En Felswood vio al hombre que había fulminado la muerte sobre tres personas en uno de los trenes suburbanos. En Belgrado había hablado con el hombre que asesinó a Enrique Bellew.

En el estudio del millonario había tenido en sus manos las pruebas de un crimen: tres tarjetas postales remitidas por el invisible instigador de los cuatro crímenes.

El famoso detective tuvo ocasión de descubrir el misterio que rodeaba a las cuatro muertes. Sin embargo, ni siquiera había descubierto la existencia de un monstruo que se llamaba a sí mismo «El Asesino».

¡El detective Cardona no había visto nada! ¡Había perdido la gran ocasión!

CAPÍTULO V

THADE FULMINA

EL sombrío vestíbulo de la mansión de Enrique Bellew estaba desierto.

Había cerrado la noche y los últimos débiles rayos de la luz exterior que penetraban en aquel oscuro lugar arrojaban largas sombras movientes por el suelo. El lugar semejaba una verdadera morada de la muerte.

Barcomb, el criado, descendió la escalera el segundo piso. Había permanecido allí desde que el detective Cardona abandonara la casa.

Cruzó el vestíbulo, dirigiéndose solemnemente hacia el comedor. Si la lóbreguez del lugar le impresionaba, no lo demostró. Estaba habituado a esta atmósfera sombría.

En el momento en que Barcomb se hubo marchado, un movimiento lento ocurrió en el vestíbulo. Una masa negra movióse a lo largo del suelo.

Elevóse hacia la pared transformándose en una sombra alta y espectral de proporciones humanas. Una figura vestida de negro deslizábase hacia la puerta cerrada del estudio de Enrique Bellew.

La puerta abrióse cuando la tocó la figura fantasmal. Esta movióse hacia el interior. La puerta cerróse suavemente. Una silueta negra se dibujó contra la ventana. Una mano bajó la cortina.

Chirrió un sonido y una luz apareció encima de la mesa de escritorio. Los rayos de la luz hicieron visible la figura de un personaje vestido de negro que había penetrado en el aposento.

La Sombra se hallaba en el estudio de Enrique Bellew.

Sin ser visto ni oído, este invisible personaje se introdujo en el lugar donde la muerte había descargado un golpe. El personaje

vestido de negro era una figura fantasmal, envuelto en los pliegues de una larga y flotante capa.

Las facciones de La Sombra quedaban oscurecidas por el cuello de la capa y el ala ancha de un sombrero negro. Los únicos pozos de luz que aparecían en medio de esta masa de negrura eran sus órbitas ardientes que fulguraban mientras examinaban las características del estudio.

El teléfono, un instrumento nuevo que había substituido al que funcionaba de una manera deficiente, descansaba inocentemente encima de la mesa de escritorio.

Todo lo demás se encontraba tal como Enrique Bellew lo dejara. La investigación de Cardona no había tocado en nada los efectos del estudio.

Una risa sorda brotó de los labios invisibles de La Sombra. Sentándose a la mesa de escritorio, el fantasma vestido de negro inició un minucioso examen de los cajones.

Transcurrieron varios minutos, mientras unas manos largas y blancas trabajaban. Esas manos habían sido embutidas en unos guantes finísimos, ahora estaban sin ellos y semejaban seres vivientes al moverse de un lado a otro enfrente de la misteriosa figura de negro.

En el dedo del corazón de la mano izquierdo aparecía una gema fulgurante de colores tornadizos.

Era el girasol de La Sombra, el ópalo de fuego que siempre adornaba su mano. El símbolo de La Sombra con sus colores cambiables era tan misterioso como el mismo personaje.

Azul vivo y brillante, luego constantes destellos que semejaban las chispas de un fuego.

Las manos quedaron inmóviles al salir de un cajón de la mesa. Los ojos de La Sombra se enfocaron sobre las tres postales. Las manos depositaron las postales, una tras otra, encima de la mesa.

Los ojos escudriñadores observaron los matasellos. Las tarjetas habían sido recibidas en tres días sucesivos; la última llegó el día anterior por la mañana.

Todas iban dirigidas a Enrique Bellew.

Las manos volvieron las tarjetas postales. Los ojos agudos estudiaron los enigmáticos mensajes. En cada tarjeta leíase una serie de palabras idénticas:

*UNTO HOMBRE BREGAR MOTOR RICO RA-RA ENTE SUYO
TRENZA HOJA YBO PUEDE DECIR SERTE ALTA GUIENTE QUEJA
YODO QUIERO ROPA
VIDA GIBA LECHE*

El dedo de La Sombra deslizóse por encima de las palabras, una tras otra.

Detúvose momentáneamente encima de las palabras «suyo», «quiero». El dedo indicó las palabras «pueden, «hombre», «bregar».

Una risa suave emergió de los labios invisibles. En una hoja de papel, la mano del hombre de misterio redactó con rapidez el mensaje que aparecía en las tarjetas postales.

Luego, con un movimiento veloz, la misma mano empezó a borrar una porción de cada palabra. En el mensaje no aparecían más que palabras de dos sílabas; y en ambos casos, la mano eliminaba la segunda sílaba.

El resultado fue lo siguiente:

*UN HOMBRE MORIRÁ EN SU TREN HOY PUEDE SER ALGUIEN
QUE YO QUIERO VIGILE*

«Un hombre morirá en su tren. Puede ser alguien que yo quiero. Vigile.»

Fue el último aviso que Enrique Bellew recibió. Palabras proféticas que intriguaron al millonario.

¿Por qué? Porque no conoció su significado hasta que recibió un mensaje ulterior. ¿Cuándo? ¡Esa mañana!

Estos hechos eran evidentes para La Sombra.

Los ecos escalofrantes de una risa cuchicheada resonaron a través del aposento, despertando los mismos temores que asaltaron a Enrique Bellew aquella mañana fatal.

Alguien mandó aquellos mensajes proféticos, y los siguió con una amenaza: de la que el millonario no hizo caso.

Por eso le mataron. Para La Sombra, el objetivo del asesino era evidente.

Las muertes de Felswood estaban relacionadas con el asesinato de Enrique Bellew.

Más ¿quién fue el autor de la muerte? La nueva risa de La Sombra indicaba que poseía una pista. Los detalles de la supuesta muerte accidental habían sido publicados en los periódicos.

Las declaraciones de la familia y de la servidumbre eran ya del

dominio público.

La Sombra conocía que el asesino rondaba aún en torno de la casa, e igualmente sabía, por los datos que averiguara en Felswood y en la casa, que un as del crimen era el instigador o autor de los asesinatos.

Las tarjetas postales desaparecieron bajo la capa de La Sombra.

Unos guantes finos y negros cubrieron unas manos largas y blancas. La luz se extinguió. Se oyó un leve rumor cuando La Sombra acercóse a la ventana y levantó la persiana. De pronto, sucedió un silencio sepulcral.

¡Alguien se hallaba en la parte exterior del estudio!

La Sombra, invisible, escuchó los sonidos levísimos de una persona abriendo la puerta. Unos instantes después, un hombre se hallaba dentro del cuarto habiendo cerrado la puerta.

Igual que La Sombra el recién llegado dirigióse a la ventana, bajó la persiana y luego aproximóse a la mesa de escritorio.

Sonó un chasquido, la luz se encendió y el rostro frío de Barcomb, el criado, apareció por encima de la mesa.

El hombre mostró cierta nerviosidad al abrir el cajón de la mesa y rebuscar entre los papeles. Buscaba algo en el mismo lugar, donde viera al detective José Cardona dejar las postales.

Pero Barcomb no las encontró. Respiraba pesadamente y de pronto contuvo el aliento al percatarse de que las tarjetas postales no se encontraban allí.

—¡No están! ¡No están! ¡Han desaparecido!

Las palabras cuchicheadas fueron emitidas en un tono de miedo y decepción.

El criado retrocedió, apartándose de la mesa de escritorio, y giró la vista espantada a su alrededor. Vió un rincón oscuro del aposento, mas no sospechó que allí había un ser viviente hasta que divisó dos ojos fulgurantes que parecieron materializarse en la oscuridad.

Poseído de espanto, retrocedió hacia la mesa de escritorio, observando a una elevada figura surgir de aquel rincón. Los ojos desorbitado del sirviente se clavaron hipnotizados sobre el cañón de una pistola automática que empuñaba una mano enguantada e negro.

—¡La Sombra!

Las palabras de Barcomb apenas fueron perceptibles.

Eran palabras en tono de interrogación que recibieron respuesta en forma de una risa que brotó de los labios de la figura fantasmal.

Un cobarde asesino estaba acorralado. Barcomb se había delatado a sí mismo. Barcomb, agente del as del crimen que se llamaba a sí mismo «El Asesino», había caído en las garras del audaz vengador que no temía las amenazas ni las maquinaciones.

Además, el criado había demostrado que era un criminal o bien un sujeto conocedor de los misterios del hampa. Todos los delincuentes temían a La Sombra. Al reconocer al rey de la noche, Barcomb se había clasificado como un miembro de las hordas del crimen.

—¡Habla!

La orden fue pronunciada en un cuchicheo siniestro.

Barcomb se estremeció. Intentó mover la cabeza. Miró hacia arriba y vio a La Sombra avanzar. Los ojos del criado quedaron fascinados por las ardientes órbitas que fulguraban delante de él. No obstante, el temor impidiéndole de sucumbir a la mirada hipnótica.

La voz de La Sombra dijo:

—Temes a alguien. A alguien a quien has obedecido. Alguien a quien no osas traicionar.

La voz se trocó en una risa espeluznante.

La risa sardónica despertó nuevos temores en el espíritu de Barcomb. Vio a La Sombra como una amenaza actual, no como una amenaza invisible.

El rey de la noche cuchicheó:

—Temes a la muerte. Háblame, pues. ¡De lo contrario, recibirás la muerte ahora!

El sirviente continuó rehusando hablar. La Sombra lanzó una carcajada como si adivinase el temor de que estaba poseído el criado.

—Temes ser víctima de una muerte terrible a manos de tu amo— fueron las palabras sepulcrales de La Sombra —. Temes la tortura antes de la muerte. ¡Te prometo lo mismo si no hablas!

El tono fue irresistible. Barcomb comenzó a sucumbir. La Sombra había adivinado sus pensamientos. El criado conocía que no podía esperar compasión. Su cabeza se movía en señal afirmativa al

desplomarse sobre una silla.

¿Hablarás?

Barcomb asintió con la cabeza al oír las palabras del fantasma de la noche.

—¿Quién es tu jefe? —interrogó La Sombra.

—Thade-respondió con voz débil el criado —. Thade.

—¿Quién es Thade?

—«El Asesino».

—¿Dónde está?

—Lo ignoro.

—“Canta” todo cuanto sabes.

Barcomb se estremeció visiblemente al oír la orden de La Sombra.

No podía escapar de los ojos fulgurantes que le dominaban. En frases tartamudeadas, espaciadas por sutiles intentos de ganar tiempo, habló a La Sombra:

—Thade... Se llama a sí mismo «El Asesino»... Conoce mi vida... mis secretos... Fui a verle... me obligó a ir a verle... Me hizo prometer que le obedecería... La muerte... La muerte...

Los ojos de Barcomb resplandecieron de terror. Ni siquiera la actual amenaza de La Sombra consiguió hacerle olvidar algún horror del pasado.

El rastro del individuo mostró que se había convertido en el débil esclavo de un jefe que le dominaba por completo.

—¡La muerte! —los labios de Barcomb escupieron las palabras en un tono ronco—. ¡Thade administra la muerte! ¡Cuando otros matan, matan por Thade! Matan como yo lo he hecho... Bellew... Vine aquí con el propósito de matarle... Lo dispuse todo... hace unas meses...! ¡Sí, maté a Bellew porque tenía miedo de que Thade me matase!

Haciendo un esfuerzo, Barcomb se llevó las manos al rostro. Se cubrió los ojos para escapar a la implacable mirada de La Sombra, y al taparse la vista debió ver una terrible visión, pues movió los labios de una manera incoherente. EL recuerdo de una escena horrible había asaltado su espíritu.

—Vi... a Thade... matar...

Sus labios temblaron, y añadió:

—Thade... me matará... a menos que...

Las manos de Barcomb descendieron. Sus ojos desorbitados miraban casi sin ver a La Sombra.

En breves instantes, el criado había recordado otro peligro terrible, otro hombre cuyo poder tenía grabado en la memoria de una manera imborrable.

Jadeó, en otro tono:

—¡Le diré lo que sé de Thade. Me dijo que yo debía obedecer sus órdenes. Me dio esto...

El criado buscaba algo en el bolsillo de su chaleco.

La Sombra no se lo impidió. Las extrañas acciones de Barcomb indicaban que su mente divagaba. Su mano emergió con un reloj pesado que puso delante de los ojos de La Sombra.

—Thade me advirtió que yo nunca debía hablar —tartamudeó—. Me dijo que no contestase a ningún interrogatorio. Dijo que en caso de peligro grave, este reloj me salvaría, cuando yo apretase...

El pulgar del criado estaba sobre la rosca de dar cuerda. Empezó a apretar la rosca.

La acción del sirviente reveló su pensamiento. ¡En su mano creía poseer un arma que aniquilaría a su adversario!

El brazo de La Sombra había avanzado, mas cuando Barcomb apretó la rosca y sonrió con odio siniestro, La Sombra se echó instintivamente a un lado para esquivar el reloj que el criado iba a arrojarle.

El reloj no salió de la mano de Barcomb. La elevada figura de La Sombra se agachó junto a la mesa y una presa de acero asió el antebrazo del criado.

Si el reloj hubiese sido lo que Barcomb suponía—un arma mortífera que fulminaría al que tocase—, el esfuerzo habría sido en balde.

Pero ocurrió algo que ni Barcomb ni La Sombra esperaban. Cuando el sirviente apretó la rosca, la tapa del reloj se abrió y una aguja larga descendió hincándose en su muñeca.

Lanzando un grito de terror, Barcomb soltó el reloj, que cayendo sobre la mesa rodó con estrépito al suelo. El cuerpo del criado osciló y se desplomó.

Los dedos de Barcomb se extendieron fútilmente sobre el pupitre cuando su cabeza chocó con la madera.

La Sombra se inclinó sobre el criado. Unas manos enguantadas

de negro alzáronle la cabeza. Los ojos de Barcomb estaban vidriosos, unas manchas rojizas iban cubriendo sus facciones.

Sus labios se movieron lentamente y sus palabras salieron en un gemido moribundo.

—¡Thade, «El Asesino»! Me ha castigado. He hablado... He hablado de Thade... Thade... me ha matado...

Cuando las manos enguantadas soltaron la cabeza, ésta cayó encima del escritorio. E sirviente estaba muerto.

La Sombra se agachó y cuidadosamente levantó el reloj del suelo con el objeto de examinar el extraño mecanismo.

La reluciente aguja explicaba el misterio. Cargada, de un tóxico virulento, provocó la muerte, rápida del criado al penetrarle en la carne.

¡Thade! ¡El as del crimen que se llamaba sí mismo «El Asesino»! La Sombra averiguó la existencia de semejante monstruo de los labios del sicario del mismo.

¡Thade! Un asesino fantástico, cuyos secuaces obedecían ciegamente sus órdenes.

Barcomb había sido muerto por Thade; el hombre había creído que en su bolsillo llevaba un arma segura con la cual burlar a su más formidable enemigo.

Eso era verdad. Barcomb burló a La Sombra. Pero no fue tal como esperaba; fue tal como Thade había previsto.

¡Pues este monstruo que se llamaba «El Asesino» había facilitado un modo seguro para deshacerse de cualquier sicario que fracasase en alguna empresa!

Barcomb murió por su propia mano. El verdadero autor de su muerte fue Thade. «El Asesino» proporcionó a su secuaz la extraña arma para un caso de urgencia.

¡La Sombra, aterrando con su presencia al criado, le arrancó una confesión, que resultó incompleta en virtud del método genial que Thade había ideado para desembarazarse de sus secuaces y al mismo tiempo protegerse!

La mano de La Sombra se cerró sobre el mortífero reloj. El objeto desapareció debajo de la capa negra. Unas manos enguantadas alzaron el teléfono y una voz cuchicheada llamó un número.

Una voz calmosa respondió desde el otro extremo del hilo:

—Burbank al aparato.

La Sombra se puso en contacto con su agente de enlace invisible.

Burbank era el enlace que estaba en contacto con los agentes activos de La Sombra cuando practicaban alguna investigación.

—Informe sobre Vincent —cuchicheó La Sombra.

—Vigila, la casa de Vernon Quinley-fue la respuesta de Burbank —. Comunicó desde un establecimiento situado cerca de la casa. Dio el último informe hace un cuarto ahora. Quinley se encuentra en su casa. Vincent espera instrucciones.

—Ordene que continúe.

El teléfono emitió un chasquido. La Sombra, alta y espectral, permaneció un instante contemplando el cadáver de Barcomb.

Allí, la mano de Thade había arrebatado a un agente delator de las garras de La Sombra. Una muerte premeditada intervino para sellar los labios que relataban su historia.

¿Qué muertes más contenía el futuro? Para frustrarlas, La Sombra debía buscar al hombre instigador de estos asesinatos. Debía encontrar al Thade en persona.

Barcomb, que asesinara a Enrique Bellew, había muerto, pero quedaba otro.

Vernon Quinley, residente en Felswood, había sido objeto de vigilancia durante veinticuatro horas. Autor de las muertes ocurridas en el tren suburbano, Quinley también era un agente de «El Asesino».

La Sombra estuvo esperando que el individuo se delatase a sí mismo. Ahora, conociendo la existencia del monstruo que ordenaba los asesinatos, La Sombra podía obligar a Quinley a traicionar a su jefe.

La puerta del estudio se abrió suavemente. La figura vestida de negro la cruzó. La puerta se cerró.

La Sombra se dirigía a una nueva misión. Sólo junto a la mesa de escritorio, esperando el inevitable descubrimiento, yacía el cadáver de Barcomb.

El instrumento causante de la muerte del criado había desaparecido. El cadáver quedó envuelto en el misterio para la policía cuando tuvo conocimiento de su existencia.

Tan sólo La Sombra conocía la verdad.

¡Thade, «El Asesino», había fulminado a otra víctima!

CAPÍTULO VI

LA VÍCTIMA SIGUIENTE

HARRY Vincent se hallaba dentro de una cabina telefónica en la farmacia de Felswood. Había encontrado que este lugar era ideal para ponerse en contacto con Burbank.

Las cabinas estaban situadas cerca de una puerta lateral y nadie se fijaba nunca en quienes entraban o salían.

Además, el establecimiento se hallaba junto a una calle de mucho tráfico y en consecuencia tenía muchos parroquianos.

La voz de Burbank sonó a través del alambre. Harry dio un breve informe.

La situación no había cambiado en la casa de Quinley. Burbank transmitió las órdenes de continuar vigilando. Harry colgó el receptor y abandonó la cabina.

Una vez en la calle, subió a un automóvil, un cupé, y se dirigió hacia la casa de Quinley. Apostó el vehículo al otro lado de la calle y extinguió las luces.

Su coche no era muy visible en aquel lugar.

Mientras vigilaba la casa de enfrente, pensó en la misión que había emprendido al servicio de La Sombra. Era temprano. Unas cuantas horas antes había sido llamado a la oficina de Rutledge Mann, donde recibió órdenes.

En respuesta, había esperado en la entrada de un edificio situado en la Calle Cuarenta y Ocho. Allí tomó la pista de un individuo de barba puntiaguda.

Este hombre, según informaron a Harry, era Vernon Quinley, el representante de una fábrica que tenía el despacho en Nueva York.

Quinley residía en Felswood, Long Island.

Era evidente para Harry, desde el momento en que empezó a

seguir la pista de Vernon Quinley, que este hombre debía tener alguna relación con los crímenes perpetrados en la estación de Felswood.

Durante años, Harry había sido un agente de confianza de La Sombra.

En multitud de ocasiones había ayudado a su misterioso jefe en la lucha implacable contra el mundo del crimen.

Harry Vincent debía la vida a La Sombra, y era tenaz y valeroso en el cumplimiento de su deber, pues tenía plena fe en el poder de su jefe.

El joven había leído las reseñas de la Prensa sobre las misteriosas muertes ocurridas en Felswood. Había esperado que su jefe interviniese.

Habiendo recibido instrucciones de seguir a Quinley, el joven agente estaba seguro de que su jefe debía haber descubierto alguna pista invisible relacionada con los inexplicables asesinatos.

Las órdenes recibidas por el joven agente eran específicas. Debía vigilar la casa de Quinley e informar inmediatamente de cualquier movimiento sospechoso de dicho individuo.

En el tren, Harry había observado solamente que Quinley se encontraba nervioso. En Felswood encontró su coche en el lugar de estacionamiento.

Alguien lo condujo allí, probablemente su jefe. Quinley se marchó en un taxi y Harry le siguió.

Otro punto se refería al garaje de Quinley. Rutledge Mann había dicho a Harry que vigilase todo cuanto sucediese allí; y que si Quinley salía en su coche, debía seguirle. Esta misión implicaba dar con frecuencia informes a Burbank y debía continuarla hasta que le relevasen.

Considerando la situación, el joven agente decidió que alguna misión de importancia debió alejar de ese lugar a su jefe.

En el pasado había vigilado en substitución de su jefe. Este parecía ser otro caso idéntico. Por esa razón, Harry se enfrentaba con un dilema.

Podía elegir dos caminos: continuar vigilando en el coche, como si fuese un espectador pasivo; o bien desempeñar un papel más activo aproximándose a la casa de Quinley para practicar una observación más detallada.

La Sombra permitía siempre que sus agentes utilizasen su propio criterio en un caso semejante. Harry, al cabo de unos minutos de espera, decidió actuar con mayor audacia.

Descendió de su coche y dirigiese sigilosamente hacia la casa de Quinley.

Una ventana iluminada lo atrajo.

Escudriñó el interior a través de la persiana. Observó a Quinley sentado delante de una mesa, hablando por teléfono.

La ventana estaba abierta, mas a pesar de esto, el joven apenas podía percibir las palabras del hombre que las pronunciaba en tono tenso y cauteloso. Intentó descifrar la conversación.

Quinley decía:

—Todo está terminado, entonces... Bien... Bien... Me desembarazaré de ello esta noche... Sí, lo meteré en el coche... El otro... ¿para caso de apuro? No... Desde luego, yo no lo he tocado... Que lo guarde en caso de que intervenga algún detective... Sí, tendré que guardarlo... Usted lo hizo instalar. Ignoro cómo funciona... Comprendo... Usted lo desmontará después... Sí, lo recordaré.

Quinley estaba de espaldas al otro lado de la habitación. El hombre volvió la cara y Harry observó su intensa palidez. Evidentemente Vernon Quinley escuchaba algunas palabras desconcertantes.

La voz del hombre tornóse de pronto plañidera:

—¿Que lo olvide? ¿Cómo es posible que lo olvide?... Sí, aquello no era humano... ¡No, no! ¡No me lo recuerde!

El hombre temblaba cuando colgó el teléfono. Harry le vió volverse hacia la ventana. Era hora de desaparecer de la vista.

Tendido junto a la pared, oyó que Quinley abandonaba el aposento. Vernon había girado un interruptor en la casa.

¡El garaje!

El joven conocía que Quinley debía ir allí. El hombre había dicho algo acerca del coche. Esto era de vital importancia.

Cruzando rápidamente la calzada, Harry se escondió tras un arbusto en el momento en que Quinley salía de la casa. El hombre de la barba fue al garaje, abrió la puerta corrediza y penetró en el interior. Una luz apareció a través de la abertura; luego la puerta fue cerrada.

En aquel breve instante, Harry vio que la parte delantera del coche estaba en dirección de la puerta del garaje. El local era lo bastante grande para alojar dos automóviles y existía un espacio amplio delante del garaje, donde Quinley evidentemente viraba su coche.

Mas las puertas no tenían ventanillas y Harry observó que las persianas estaban echadas en las ventanas de los costados del garaje. Evidentemente Quinley había obstruido toda visión desde el exterior.

¿Qué sucedía dentro de aquel lugar? Harry estaba decidido a averiguarlo.

Acercóse con sigilo a la puerta y poco a poco la movió. Bien engrasada y libre de movimiento, la puerta se corrió imperceptiblemente al tocarla el joven. Éste pudo entonces escudriñar el interior.

Harry no vio señal del hombre a quien vigilaba.

Esto fue debido a que el coche se encontraba junto a la pared en el lugar donde estaba el joven y evidentemente Quinley le hallaba en el espacio libre destinado para un segundo auto. Había dos puertas corredizas, y la que Harry había abierto estaba más al exterior.

Audazmente el joven abrió más hasta que pudo introducir el cuerpo.

Comenzó a cerrar la puerta; luego se detuvo y agachóse junto al coche. Oyó que Quinley trabajaba.

El hombre hacía algo en la parte trasera del coche. El joven agente de La Sombra se adelantó un poco y miró. Quedó asombrado de lo que vio.

Vernon Quinley levantaba la parte trasera del techo del vehículo. Formaba con ello un compartimiento especial encima del asiento trasero.

Desde este espacio, Quinley extrajo un aparato extraño. Consistía en un cañón largo, con un mecanismo en el extremo, un tipo de cañón extraño.

Quinley tenía también en la mano una caja peculiar dotada de esferas como las de un aparato de radio. El hombre sacó estos objetos y los llevó a una mesa que había en el otro lado del garaje.

Sacando lo que parecía ser una extensión de la mesa, Quinley

introdujo una mano en un cajón y extrajo una caja larga y plana. Abrióla cuidadosamente y Harry observó que estaba dividida en una docena de compartimientos, como una caja de huevos.

En nueve de dichos compartimientos veíanse unas esferas relucientes que semejaban diminutas bombillas de un árbol de Navidad.

Quinley cerró la caja y la depositó encima de la mesa. Volvióse hacia el automóvil y se detuvo en seco. Por pura casualidad había observado que la puerta del garaje estaba abierta.

Sus ojos nerviosos divisaron de repente la cabeza de Harry junto a la parte delantera del coche. Quinley detuvo el aliento. Fue la señal para que el joven agente de La Sombra actuase.

Poniéndose en pie de un brinco, Harry sacó una pistola automática del bolsillo y encañonó a Quinley.

Las manos del amenazado se alzaron y su rostro palideció. Quinley mostró señales de pánico. El joven le tenía acorralado.

Preguntó Harry:

—¿Qué asunto se trae entre manos?

Vernon Quinley miró tembloroso al agente de La Sombra. En su espanto, confundió al intruso tomándolo por un detective.

Harry Vincent, hombre de constitución atlética, parecía dispuesto a actuar.

Quinley retrocedió asustado.

El joven repitió:

—¿Qué asunto se trae entre manos?

—Nada —respondió el otro, tartamudeando—. Nada, no hago nada.

Harry gruñó, incrédulo. Avanzó y llegó a la mesa situada en el rincón del garaje, mientras Quinley le observaba con los ojos de una rata acorralada.

Sin descuidar su vigilancia, el joven agente examinó los objetos de la mesa.

En un instante comprendió el objetivo del aparato y de las relucientes esferas que había dentro de la caja. Una mirada dirigida hacia la parte trasera del automóvil se lo dijo:

¡El aparato dotado de un largo cañón era una pistola especial para disparar los proyectiles relucientes! Era una trampa ingeniosa-evidente ahora en virtud de que el techo doble del coche estaba

abierto-que dispararía las extrañas balas.

¡Este era el aparato; éstos eran los proyectiles que mataron a tres personas en los trenes suburbanos!

En el instante en que Harry pensó en esto, formó un plan. Había estado forzado a actuar con rapidez. No le quedaba más remedio que tener a Quinley reducido a la impotencia hasta la llegada de La Sombra.

Harry se encontraba allí con el objeto de vigilarle, no para capturarlo. Por consiguiente, lo mejor era engañar al detenido y someterlo a un interrogatorio preliminar.

—¡De manera que es usted el autor de todos esos crímenes! —observó—. Ha matado a tres personas, ¿eh? Y tiene bastantes municiones para eliminar a unos cuantos más. ¡«Cante» antes de que lo saque amarrado de aquí! ¿Cuál es la finalidad?

Ante la sorpresa del joven agente, Quinley pareció alegrarse del interrogatorio. En voz nerviosa, comenzó una respuesta vaga. Harry le detuvo con ligero movimiento de la pistola automática.

Los ojos de rata del acorralado Quinley se movieron nerviosamente.

—Quiero que me cuente usted su historia —exigió el joven.

—Yo... yo lo hice —confesó Quinley en voz baja—. Los maté de esa manera.

—Continúe.

—Dejaba mi coche en el mismo lugar de siempre —balbuceó—. La caja con las esferas... Es un aparato especial que responde a una fuerte vibración... Cuando me paraba cerca de la estación para tomar el tren, el resto era automático. Cuando el tren llegaba la vibración de las vías hacía funcionar el aparato.

—Tuvo usted suerte de que no se disparase mientras usted estaba en el coche.

—Era imposible. Está preparado. Lo tenía enganchado al interruptor del encendido. No podía funcionar a menos que el motor estuviese parado. Giraba la llave y esto lo ponía en disposición de funcionar.

—¿Qué hay en esas pelotitas de vidrio? —preguntó Harry, señalando en dirección a la caja.

—Lo ignoro-gimió Quinley —. No son de vidrio. Son de una composición especial que se atomiza cuando hieren. Están cargadas

de veneno. No soy... no soy responsable de esto. Yo no podía evitarlo... no hacía más que obedecer órdenes.

—¿Órdenes de quién?

La voz de Harry era severa. Vernon Quinley era un individuo que inspiraba lástima. Parecía incapaz de resistir el interrogatorio. Las pruebas estaban en contra suya. Confesó:

—Cometí un error. Un error que podría haberme dado un serio disgusto. Un hombre me descubrió. Me amenazó, primero con denunciarme; luego con la muerte... a menos que...

—¿A menos que cometiese usted estos crímenes?

—Sí.

—Continúe —ordenó Harry, en tono calmoso.

La orden ejerció un efecto psicológico sobre Vernon Quinley. Indicaba que Harry Vincent podría ser benévolo. El hombre de la barba empezó a revelar un hecho vital. Declaró en un cuchicheo, asustado:

—Fue Thade. Thade se llama a sí mismo «El Asesino». Me hizo conducir a su guarida. Me asustó con sus amenazas. Me enseñó...

El hombre retrocedió hasta el costado del automóvil. Cerró los ojos y hendió con las manos frenéticamente el aire. Cuando habló de nuevo, su voz semejava un chillido ronco.

Exclamó:

—¡No puedo hablar! Thade... Thade me matará ¡Thade es «El Asesino»! Él ve por todas partes. ¡Ya he hablado demasiado!

El hombre había perdido la serenidad.

Harry presintió un peligro. Si Quinley levantaba más la voz, le oirían fuera del garaje. Entraría gente, y la situación del joven agente sería crítica, tan embarazosa como la de Vernon Quinley.

Sin dejar de encañonar al hombre, Harry se alejó de la mesa y se aproximó a la puerta del garaje.

Para cerrar la puerta necesitaba desplazar la pistola a la mano izquierda, o volver con cautela el cuerpo apuntando con la pistola por encima del hombro izquierdo. Harry optó por lo último.

Apuntando la pistola a lo largo del coche, alargó la mano izquierda para cerrar la puerta del garaje. Antes de que sus dedos tocasen la puerta, oyó un grito triunfal de Quinley.

La mirada frenética del hombre se había convertido en astuta y diabólica.

Al detenerse Harry, adivinando un peligro, Quinley pronunció unas palabras alarmantes. Exclamó:

—Está usted luchando contra Thade. ÉL es «El Asesino» y le tiene a usted preparada la muerte. ¿Cree usted que Thade me dejaría indefenso? ¡No me ha facilitado un medio de protección, un medio para desembarazarme de enemigos como usted. Tan sólo la muerte le protegió antes. Ahora puedo actuar ¡y usted morirá!

AL hablar, Quinley se apartaba del coche. De repente, se enderezó y echó a correr en dirección del rincón junto a la mesa. Al echar a correr el hombre sacó del bolsillo un instrumento largo, parecido a una llave.

La inesperada acción de Quinley puso a Harry en una posición difícil.

Solamente un tiro podía detener a Quinley, y si Harry disparaba era de suma importancia que la puerta del garaje estuviese cerrada. Estando de espaldas al hombre que corría, le sería difícil disparar.

Pensando primero en la puerta del garaje, el joven volvióse para cerrarla; más antes de hacerlo, decidió que Quinley constituía un peligro mayor.

Comprendió que debía detenerle a toda costa. Apartándose de la puerta, apuntó en el instante en que Quinley llegaba al rincón.

—¡Alto, deténgase! —gritó.

Una amenaza era mejor que, un tiro, si daba resultado.

Pero, era imposible ya detener a Quinley con una amenaza. Había llegado a su objetivo: una caja metálica empotrada en la pared.

Quinley introdujo la llave en una ranura en el centro de la caja. Luego empezó a girar la llave.

Al instante el joven agente adivinó que aquella caja debía ser un aparato mortífero instalado para un caso de urgencia. Quinley había gritado que tenía fe en Thade. Aquello era un instrumento reservado para los intrusos.

Un disparo era necesario ahora.

El joven oprimió el gatillo espontáneamente. Quería advertir a Quinley; no quería hacerle daño. Las órdenes de La Sombra decían que debía vigilar, no atacar.

La bala de Harry se aplastó contra la pared, a unos centímetros de la cabeza de Quinley.

El estruendo de la pistola y el impacto de la bala hicieron temblar a Quinley.

Su mano vaciló sobre la llave, pero con un grito terrorífico el hombre intentó continuar.

Otro disparo partió de la pistola automática del joven agente. La bala hirió el hombro izquierdo de Quinley, que perdió el equilibrio; luego, presa de desesperación, agarró la llave con mayor fuerza con la mano derecha y la giró.

Harry Vincent apretaba el gatillo por tercera vez, pero demasiado tarde para detener a Quinley. Aunque la bala se hubiese alojado en su cuerpo no podía haber impedido que girase la palanca. No obstante, el fútil disparo no dio en el blanco.

En el momento en que Harry iba a disparar, la puerta del garaje se abrió rápidamente detrás de él. Alguien se precipitó por la abertura en aquel instante. Harry Vincent notó que un brazo poderoso le rodeaba el cuerpo.

Cuando el joven agente disparaba, fue levantando en vilo como si fuera una criatura. Su pistola disparó hacia el techo.

Un hombre de fuerza prodigiosa le había alzado en peso y durante un instante, Harry vio unos ojos fulgurantes debajo de las alas de un sombrero negro.

Luego Harry fue lanzado rápidamente fuera del garaje, cayendo de cabeza sobre la hierba. Su pistola automática se le cayó de las manos y él rodó por el suelo yendo a parar a unos arbustos.

En el espacio de un segundo, fue llevado a unos diez metros de la puerta del garaje; y cuando su vuelo involuntario y espectacular terminó bruscamente, ocurrió otra cosa más impresionante.

Un poderoso estruendo partió del garaje. Una explosión terrorífica hizo temblar el suelo.

Los ojos de Harry Vincent, mirando atrás hacía el sitio por donde saliera la explosión, vió que el edificio se derrumbaba de los efectos de la misma.

El edificio entero se desplomó; restos de las ruinas salieron despedidos por todas partes; y Harry se acurrucó para escapar a los pétreos proyectiles.

El ruido de la explosión se esparció en medio del sonido de los cristales rotos de las ventanas de la vecindad.

Harry quedó momentáneamente aturdido. Luego abrió los ojos y

vió elevarse una columna de polvo y humo donde el garaje estuviera antes.

No quedó nada sano dentro del local donde la dinamita estallara.

Harry recobró plenamente el conocimiento al sentir una fuerte presión en el brazo. Alguien le ayudaba a incorporarse. Reconoció la figura vestida de negro de La Sombra. Su misterioso jefe le alejaba del lugar de peligro.

Ayudado por La Sombra, el joven agente llegó a su coche.

Desplomóse en el asiento mientras el vehículo arrancaba conducido por La Sombra. Harry iba recobrándose de los efectos de una caída de cabeza antes de la explosión, mas ahora comprendió la importancia de aquel hecho.

La Sombra, llegando demasiado tarde para impedir la acción de Quinley, sacó a su ayudante de la zona peligrosa, llevándolo lo bastante lejos para escapar a la destrucción efectuada por la explosión.

El coche se detuvo a varias millas de Felswood.

Harry se estiró y miró hacia el asiento del conductor. Imagínose ver la portezuela que se cerraba. Alargó la mano. No había nadie detrás del volante.

¡La Sombra había desaparecido!

Recobradas las fuerzas, el joven agente se sentó al volante y puso el auto en marcha. Conocía el motivo de la desaparición de su jefe.

El rey de la oscuridad le había alejado del garaje antes de que llegase la policía. Harry estaba a salvo y su jefe se había esfumado.

Durante el trayecto, de regreso a Nueva York, el joven ayudante recordaba borrosamente los acontecimientos ocurridos. Los recordó uno tras otro y los anotó mentalmente para redactar el informe que debía remitir a su jefe tan pronto como regresase a Nueva York.

Harry conocía que Vernon había recibido instrucciones para hacer funcionar los aparatos mortíferos que había en el automóvil, y que el individuo en su desesperación giró una palanca que demolió el garaje y le enterró en sus ruinas.

Quinley, la pistola extraña, los proyectiles tóxicos, y hasta el automóvil con su techo peculiar, habían desaparecido. No quedaba el menor vestigio de todo ello en el destruido garaje.

Pero el joven ayudante ignoraba la existencia del as del crimen que actuaba a espaldas de Vernon Quinley y le obligaba a cometer los monstruosos crímenes.

No se percató de que Quinley, el cobarde, no se habría suicidado al mismo tiempo que destruía las pruebas comprometedoras.

La explosión fue ideada por el cerebro prodigioso de Thade «El Asesino».

Había hecho creer a Vernon Quinley que el aparato instalado en el rincón del garaje aniquilaría a cualquier intruso, pero no al individuo que lo utilizase.

Sólo La Sombra lo sabía; porque el hombre de misterio averiguó los procedimientos de Thade al investigar la muerte de Barcomb.

Llegando en el momento en que Quinley, giraba la palanca de la muerte, La Sombra ejecutó la sobrehumana operación de salvar a su joven ayudante.

De nuevo la mano de Thade se había burlado del rey de la noche. Vernon Quinley, de cuyos labios podía haber recogido una preciosa información, encontró allí la muerte prematuramente.

Otra víctima había caído presa del monstruoso asesino. El criminal seguía escondido ¡y La Sombra conocía que su cerebro siniestro continuaba tramando otras muertes!

Seis muertes: tres inútiles, una con intenciones péfidas; las otras dos dirigidas contra unos hombres que habían llegado al límite de su utilidad.

El hombre que había planeado semejantes horrores era el que La Sombra buscaba. ¡Qué planes más monstruosos estaría trazando aquel cerebro maligno! ¡Qué tragedias estaría estudiando!

Antes de que La Sombra descubriese la guarida del monstruo, quizá estaban ejecutando otros asesinatos. El reinado del monstruo no había terminado.

Mas si La Sombra no podía impedir sus próximas fechorías, tal vez podría intervenir en el curso del futuro.

Thade, El Asesino. ¿Quién era? ¿Dónde estaba?

¡Sólo La Sombra podía averiguarlo!

¡Sólo La Sombra podía desenmascararle y aniquilarle!

CAPÍTULO VII

THADE CONVOCA Y ORDENA

MUERTES extrañas en Long Island.

Era el tema principal de los periódicos del día siguiente. La muerte misteriosa de Barcomb, el criado de Enrique Bellew, indicaba un motivo oculto en la muerte del multimillonario.

La Prensa insinuaba que la electrocución de Bellew podía ser intencionada.

La destrucción del garaje de Vernon Quinley por una explosión de dinamita dio lugar a nuevos titulares. La tragedia había ocurrido en Felswood, el mismo pueblo donde tres personas murieran en los trenes de los suburbios.

La policía investigaba. El inspector Timoteo Klein y el famoso detective José Cardona actuaban. El comisario de policía, el señor Rodolfo Weston, había facilitado una nota a la Prensa.

No se escatimaría ningún esfuerzo para esclarecer estos crímenes.

¡Sin embargo, no se había descubierto ninguna pista!

De la alarma, el público había pasado a censurar a la policía. La opinión pública exigía de las autoridades que evitasen nuevos crímenes. Esto parecía ser tan esencial como la captura de los criminales.

Reinaba cierta aprensión respecto del futuro. La amenaza de un monstruoso genio del crimen se cernía como una columna maligna.

¿Dónde descargaría la próxima vez?

Muertes en Long Island. Era el tópico en todas partes. Millones de neoyorquinos repasaban los trágicos titulares. Era probable que alguno que los leyese conociera la verdad.

Más ¿cómo podría despertar la sospecha un lector que estuviese

complicado en estos asesinatos? Esta idea se le ocurrió a un hombre que se hallaba sentado en un salón de aristocrático club Merrimac.

Habían transcurrido veinticuatro horas desde que ocurriera la explosión en el garaje de Vernon Quinley. Los titulares indicaban que la policía no había encontrado ninguna pista.

El hombre del club Merrimac leyó la crítica. Una leve sonrisa apareció en sus facciones cetrinas.

Este hombre era Pablo Roderick, deportista y miembro de gran posición social y financiera. Vestía un «smoking», tenía unas maneras suaves y un aspecto impresionante.

Roderick parecía un caballero refinado. Su rostro era atractivo, sus ojos agudos y escudriñadores sonreían a veces y chispeaban de astucia, mientras leía.

Pablo Roderick dejó el periódico y salió al recibidor. Entró en una cabina telefónica y sostuvo una conversación en la que abundaban un número de palabras pronunciadas de una manera extraña.

Terminada la conferencia telefónica, Roderick salió del club Merrimac y subió a un automóvil que esperaba en la calle.

Dirigióse a la parte alta de la ciudad. Llegó a una calle tranquila, cerca de la Noventa, se apeó y tocó el timbre de una casa sombría.

Le hizo pasar un hombre calvo, de mediana edad, que dio un respingo al reconocerle.

—Usted... Usted... —balbuceó el hombre.

—Sí —respondió el recién llegado.

—Tengo una citación para usted—declaró Roderick, calmosamente—. La citación para Harlan Treffin. La citación que usted esperaba.

El hombre calvo se encogió de espanto. Observó el brillo maligno de los ojos de Roderick. Harlan Treffin tenía el aspecto de un hombre valeroso, pero este visitante le llenaba de alarma.

Hizo un esfuerzo para serenarse. Finalmente, movió la cabeza en señal afirmativa e introdujo a Roderick a una habitación donde los dos hombres tomaron asiento.

Dijo Treffin en voz temblorosa:

—Escuche, Roderick. Ignoro lo que pretende, pero si viene en busca de dinero, procuraré pagar...

El visitante sonrió y alzó la mano.

Repuso:

—¿Dinero? Tiene usted muy poco, Treffin. Aunque todavía tuviese los cincuenta mil dólares que recibió de la fortuna de su tío...

Cuando el otro hizo una pausa, Treffin palideció.

—Cincuenta mil dólares—repitió Roderick, con una sonrisa sutil—. Una bonita suma, amigo, obtenida gracias a un testamento falsificado. Si poseyera usted esa cantidad todavía, podría reintegrarla a los legítimos herederos y suplicarles que no le procesasen. Quizá podría también marcharse de Nueva York.

»Pero esa posibilidad ya no existe. Malgastó usted el dinero; y por mi parte puede usted disfrutar lo que le queda, siempre que haga lo que le pida.

Respondió fríamente Treffin, en tono sumiso:

—Conoce usted mi secreto, ignoro cómo averiguó que falsifiqué un testamento, pero...

—Mi especialidad consiste en averiguar hechos —interrumpió Roderick sonriente—. Sé sacar provecho de los datos que averiguo. Tiene usted dos alternativas, Treffin: obedecer a mi llamada o pasar una temporada en presidio. ¿Cuál será?

—¿Adónde quiere usted que vaya? —preguntó Treffin.

—A visitar a alguien que puede utilizar sus servicios.

—¿Qué desea de mí?

—Ya lo averiguará; pero recuérdelo bien, una vez que usted actúe, no habrá medio de echarse atrás.

Un aire de resignación cubrió el rostro de Treffin. El hombre se incorporó, cogió un gabán y un sombrero.

La sonrisa de Roderick se amplió.

Dijo:

—Un momento, Treffin, Existen motivos para que usted no conozca su destino. Mi amigo... será suyo pronto..., prefiere que no se conozca su domicilio. Por tanto —Roderick sacó una cajita de un bolsillo—, sería conveniente que tomase un par de estas píldoras.

Treffin contempló receloso la caja abierta, que contenía una docena de píldoras oscuras.

—¿Para qué? —preguntó.

—Para que duerma —explicó—. No le perjudicarán.

Treffin sacó dos píldoras.

Roderick observó cómo las ingería.

Los dos hombres salieron de la casa y subieron al automóvil.

Roderick condujo el vehículo en dirección Este. Vigilaba el tráfico de la avenida próxima; también miraba de soslayo a Harlan Treffin.

Penetró en la avenida. Observó que el pasajero comenzaba a cabecear y luego quedó dormido.

Roderick sonrió. Continuó la marcha a través de una maraña de calles transversales hasta llegar a una estrecha callejuela.

Paró el auto, se apeó y abrió la portezuela junto a Treffin, quien murmuró unas palabras cuando Roderick le ayudó a bajar.

La droga había producido el efecto deseado. Harlan Treffin estaba sumido en un trance. Pudo andar guiado por su compañero; pero ignoraba dónde se hallaba.

Pablo Roderick le condujo por una entrada estrecha; luego por una puerta a una habitación de paredes pétreas. Allí, en el almacén de un edificio, Roderick se detuvo delante de un enrejado que parecía formar parte de un tubo de ventilación.

El hombre manipuló unos barrotes; el enrejado ascendió dejando al descubierto una puerta de acero con un timbre al lado. Entonces oprimió el timbre.

Unos minutos más tarde, una ráfaga de aire salió de las rendijas. La puerta deslizóse y al abrirse apareció un pequeño ascensor.

Treffin, aturdido, penetró tambaleándose en el ascensor, donde su acompañante le empujó.

Éste hizo descender el enrejado y cerró la puerta del ascensor. Encontró otro timbre en la oscuridad y lo apretó.

El aparato empezó a descender. Semejante a una larga tubería ascendiendo a través de la completa oscuridad, su movimiento parecía incesante.

El aparato funcionaba silenciosamente mientras los dos hombres uno alerta, otro casi inconsciente-continuaban su viaje vertical. El ascensor se paró finalmente con brusquedad. Pablo Roderick abrió la puerta.

Una luz verde y borrosa iluminaba la habitación donde condujo a su dócil compañero. A ambos lados de la pieza colgaban gruesas cortinas del mismo color.

Delante veíase una puerta negra como el azabache sobre la cual

resplandecía en un fondo blanco y luminoso una calavera y unos huesos cruzados.

Pablo Roderick sacó un frasquito del bolsillo. Enderezó a Harlan Treffin y le ordenó que bebiese. Treffin ingirió el contenido.

Un líquido amargo le volvió en sí. Miró a su alrededor como si despertase de una pesadilla. Reconoció las facciones sonrientes de Roderick.

Éste anunció:

—Ya hemos llegado. ¿Ve usted aquella puerta? Señala la morada de Thade, «El Asesino».

El extraño nombre era desconocido de Treffin, pero el hombre pareció alarmarse al oírlo. Enderezándose avanzó con Roderick, quien se detuvo a llamar a la puerta negra.

Habiéndose anunciado de este modo, Roderick colocó las puntas de los dedos en la puerta y empujó hacia arriba. La puerta elevóse en la pared.

La habitación donde los dos hombres habían entrado era una copia de la primera, excepto que era algo mayor. Estaba iluminada por la misma luz verde. Las cortinas eran de un tono más oscuro. Hasta en el techo veíanse unos pliegues de paño colgantes. Delante aparecía otra puerta ostentando la misma insignia luminosa: La calavera y los huesos cruzados.

Dos hombres había en la habitación, Semejaban centinelas, a ambos lados de la puerta. Vestían traje de moro.

Las prendas eran blancas pero los hombres tenían la piel negra y reluciente.

Tenían aspecto de gigantescos esclavos nubianos, salidos de un cuento de las Mil y Una Noches.

Harlan Treffin, completamente despierto ahora, miró pasmado de asombro a los guardianes. Observó mas colgaduras verdes, la alfombra del mismo color que cubría el suelo y finalmente sus ojos se posaron sobre el fantástico dibujo que aparecía en la puerta.

Hallábase en Nueva York, pero jamás sospechó que pudiera existir un lugar semejante dentro de los límites de Manhattan. Era una aventura inesperada.

¿Cuál sería el resultado?

La respuesta residía en un movimiento de la puerta negra. Lentamente, la barrera elevóse. Reveló una plataforma que apareció

en toda su anchura cuando las cortinas se corrieron a ambos lados.

Una pared verde se alzaba detrás de la plataforma, mas en primer término de la plataforma, Treffin vio una persona fantástica sentada en un sillón.

Era la figura de un hombre caduco, un individuo vestido con una túnica verde. Unas manos huesudas y amarillas aparecían de debajo de unas mangas anchas. En el pecho de la túnica veíase un círculo negro, con el dibujo de la calavera y los huesos cruzados, de un blanco luminoso.

Fue el rostro del individuo lo que sobresaltó a Harlan Treffin. Presentaba un contraste sorprendente con las manos que descansaban en los brazos del sillón, pues el rostro no era amarillo, sino verde. Poseía una luminosidad que indicaba había sido untado con algún producto químico.

La escena era tan fantástica que parecía increíble. En cierto sentirlo era grotesco; pero la tranquilidad de espíritu que Treffin pudo haber recuperado fue disipada inmediatamente cuando el hombre del sillón comenzó a hablar.

Las palabras fueron pronunciadas en tono áspero:

—Bien venido, Harlan Treffin. Bien venido a la morada de Thade. ¡Yo soy Thade! ¡Yo soy El Asesino! Ha venido usted a obedecer mis mandatos.

El tono de la voz del monstruo parecía provocar una especie de sortilegio.

En medio de esta extraña guarida, Harlan Treffin, sintió una sensación que no pudo dominar.

—¡Yo soy Thade! ¡Yo soy «El Asesino»!

Estas palabras envolvían una amenaza desconocida.

Harlan Treffin gimió.

Comprendió lo que Pablo Roderick le había dicho, que sería imposible volverse atrás. Ya sentía el poder de Thade. En silencio aterrado, Harlan Treffin esperaba las órdenes de Thade, “El asesino”.

CAPÍTULO VIII

LAS ÓRDENES DE THADE

—**H**ARLAN Treffin.

Thade pronunció el nombre en tono espeluznante.

Treffin se estremeció.

—Recuerde: los que sirven una vez a Thade, le sirven siempre. Ha venido usted aquí porque desea evitar que lo denuncien. No tiene usted nada que temer siempre que obedezca los mandatos de Thade.

Tras una pausa, la voz prosiguió:

—Recibirá usted instrucciones aquí. Las obedecerá. Si no, se denunciará su pasado. No sólo eso, recibirá también la única recompensa que Thade da. ¡Esa recompensa es la muerte!

¡Palabras cariñosas! Treffin contempló el horrible rostro verde que aparecía delante de él. Sabía que aquellos labios lívidos expresaban una amenaza seria.

Thade, El Asesino, había hablado.

El monstruo continuó:

—La muerte es algo que los hombres temen. Para algunos es una dicha; para otros, una desgracia. La muerte es la suerte inevitable del hombre. No puede ser evitada, pero puede llegar antes de lo que se piensa.

»Administrando la muerte, he mostrado compasión a los que han encontrado que la vida es una carga. Administrando la muerte, he desembarazado al mundo de los hombres cuyas vidas son inútiles. Sembrando la muerte, he conquistado riquezas; sembrando la muerte, acumularé mayores riquezas.

La voz de Thade sonaba con un tono de seguridad.

Hizo una pausa; luego continuó en tono más bajo, que produjo

una nueva alarma al hombre que le escuchaba. El horrible rostro luminoso exhibía una hilera de dientes relucientes cuando Thade escupió una potente amenaza.

—¡Administrando la muerte, he aplicado un castigo! —explicó en tono sibilante—. Una muerte rápida a los cobardes que no cumplieron mis órdenes. Una muerte lenta a los que conspiraron para frustrar mis planes. ¡Mire!

Una mano semejante a una garra se extendió y oprimió un resorte.

Harlan Treffin retrocedió lleno de horror, al ver abrirse lentamente el suelo.

Debajo de la superficie que se extendía apareció una gruesa plancha de cristal.

—¡Debajo, metido en un ataúd, como una momia en un museo, yacía el cuerpo de un hombre vivo!

Un ser desgraciado e impotente, cuyo cuerpo, envuelto en una mortaja, aparecía consumido por largos sufrimientos, fue el horrible espectáculo que sus ojos contemplaron.

Allí, debajo del suelo de la guardia, estaba la prueba del poder del asesino.

Un rostro de mejillas descarnadas y hundidas, de ojos incoloros que miraban sin mirar, hacia arriba; un cuerpo torturado por el dolor en que se había consumido, adquiriendo las proporciones de un esqueleto: esto era lo que Thade exhibía.

—Hace un mes —continuó la voz cruel—, ese hombre era lo que usted... un individuo sano y fuerte... un servidor de Thade. Formuló el plan de perjudicarme. Fracasó.

»Cuando fue traído aquí, abrigaba el propósito de traicionarme. En lugar de ello, encontró esta tumba. Está agonizando, como, lo ha estado desde la noche que llegó aquí, hace un mes. Continuará moribundo, mientras yo quiera atormentarle.

»Que sea esto un aviso para usted, Harlan Treffin. Thade, El Asesino, no concede más que la muerte a las personas como usted. Yo, Thade, reservaré la muerte siempre que obedezca mis mandatos. Si desobedece o falla, su muerte será fulminante. Si muestra la menor señal de traición morirá lenta... y dolorosamente.

»En calidad de servidor mío, tendrá la misión de sembrar la muerte cuando Thade lo ordene. Le daré mis instrucciones. Le

facilitaré un medio con el cual pueda protegerse de enemigos formidables. Recuerde las palabras de Thade, El Asesino. Yo soy su dueño, Harlan Treffin. ¡Es imposible retroceder!

La voz se apagó y el monstruo mostró sus dientes sonriendo cuando Harlan Treffin, faltándole el valor, empezó a tambalearse.

Thade oprimió el resorte de su sillón. La alfombra verde tapó el suelo, en el mismo instante en que Treffin se desplomaba sobre el lugar donde apareciera la abertura.

EL asesino pronunció unas palabras en un lenguaje extraño. Los gigantescos negros avanzaron silenciosamente y alzaron el cuerpo del hombre que se había desmayado. Lo llevaron a la antesala.

Pablo Roderick avanzó hacia el lugar donde Treffin se desplomara.

Preguntó calmosamente:

—¿Servirá para su objeto?

—Sí—respondió Thade—. Como los otros, se ha desmayado. No olvidará jamás lo que ha visto. Cuando recobre el conocimiento tendrá muy en cuenta los mandatos de Thade.

Pablo Roderick asintió con la cabeza al acercarse a la plataforma donde Thade estaba sentado. Roderick era un hombre a quien Thade no dominaba por el terror. Sin embargo, hablaba con cuidado al fantástico, un individuo vestido de verde.

—La muerte—observó Thade en tono sibilante—. Esa es la recompensa para todos, excepto para usted, Roderick. Solamente usted participará de las enormes riquezas que pienso acumular. El motivo es que usted la mejor ayuda para mis planes.

—Hemos fracasado por ahora—declaró Roderick, en tono solemne.

—¿Que hemos fracasado? —preguntó Thade con sarcasmo—. Thade domina por medio de la muerte, y la muerte ha sido administrada.

—Sí —reconoció su cómplice—; las muertes de Felswood fueron perfectas. La policía estuvo allí, practicando una investigación respecto a la tercera, y no halló nada. Sin embargo, Enrique Bellew no hizo caso de la amenaza. Hemos perdido el millón que pudimos haberle sacado.

—¡Bah! —exclamó Thade desdeñoso—. Era uno de muchos que tenemos en cartera. Yo le prepararé el terreno. Mi siguiente sujeto

hará caso de la advertencia. Siguiendo la muerte de Bellew como una amenaza más, tendrá miedo de hablar. Le tengo tan seguro como tenía a Bellew. La muerte puede actuar en cualquier momento.

Roderick hizo un gesto de asentimiento.

Luego su rostro se nubló momentáneamente de duda.

El jefe observó la expresión, y frunció el ceño.

Roderick se apresuró a explicar su pensamiento.

Observó:

—Barcomb y Quinley. Creíamos que eran seguros. Lo sucedido demuestra lo contrario. Ambos fueron muertos anoche. Seguramente debieron encontrarse acorralados o cayeron en una trampa...

—¿Por la policía?

—No. He leído la Prensa cuidadosamente. La policía no sabe nada. Pero alguien está informado. Barcomb fue encontrarlo muerto en el estudio de Bellew. Envenenado por una inyección.

—El reloj que le proporcioné...

—Sí. Debe haber sido eso. Se figuró que era un arma que podía usar en caso de peligro. Por tanto, debe haber afrontado una crisis. Alguien le exigió que confesara la verdad.

—Ignora mi residencia.

—En efecto. Pero pudo pronunciar el nombre de Thade antes de morir. Pudo mencionar mi nombre. Le traje aquí, como he traído a Treffin esta noche...

—Quizá le faltó el valor...

—¡No! —repuso Roderick con énfasis—. Barcomb estuvo en peligro. La muerte de Quinley es prueba de ello. Quinley era un cobarde. Se sometió desde el momento en que le dije que conocía sus estafas. Ya estaba sometido cuando vino aquí.

»Anoche seguí sus instrucciones al pie de la letra. Telefoneé a Quinley y le dije que se deshiciera del aparato. Debió de ir al garaje inmediatamente después de mi aviso. Giró la llave y el edificio voló. Debía hacerlo solamente si le hubiese descubierto algún intruso peligroso. Se imaginó, como Barcomb, que el aparato estaba destinado para su protección.

—Era para la protección de Thade-se mofó el Dador de la Muerte.

Pablo Roderick movió de nuevo la cabeza en señal afirmativa. No obstante, su rostro conservó un aire de perplejidad.

Declaró:

—Alguien se nos enfrenta. Alguien que sabe demasiado. Alguien que está mejor informado que la policía. Alguien que guarda para sí lo que puede haber averiguado. Tal vez sea...

—¿Quién? —inquirió Thade, cuando su lugarteniente hizo una pausa.

—La Sombra —respondió Roderick—. Usted ha oído hablar de él.

—¡La Sombra! —exclamó Thade, con desprecio—. ¡No temo a La Sombra! Es un sujeto que lucha con delincuentes vulgares. ¿Y qué, si descubrió a Barcomb y a Quinley? ¡ÉL no puede enfrentarse con Thade! ¡ÉL no puede derrotarme!

El criminal hizo una pausa momentánea y prosiguió.

—Hace un año existía un pobre inventor. Un iluso, que había descubierto cosas maravillosas respecto de tóxicos y gases mortíferos. Era un hombre experto en explosivos. Abrigaba esperanzas de realizar grandes cosas para el Gobierno. Le dijeron, en Washington, que sus experimentos no eran de interés.

»Aquel hombre murió, Roderick. Murió espiritualmente, aunque no físicamente. La labor a que dedicara toda su vida había sido ridiculizada. Su espíritu murió. Sin embargo, siguió viviendo, transformado en un nuevo ser. Se convirtió en Thade, un hombre que no conocía ninguna patria. ¡Thade, El Asesino!

»Yo, Thade, utilizaré mis grandes conocimientos para adquirir riquezas. Ya lo he hecho de un modo trivial. Este refugio secreto ha sido construido gracias a la muerte. ¡Ahora reuniré millones! Usted, Pablo Roderick, es mi ayudante y colaborador. Usted ha encontrado hombres ricos a quienes puede amenazar. Ha traído usted víctimas cuyos secretos ha averiguado, hombres a quien puedo obligar por el terror a obedecer mi voluntad.

»¡Yo, Thade, no temo a nadie! Aplico la muerte a los que pretenden eludirme y desbaratar mis planes. Mandé la muerte a tres desconocidos con el objeto de aterrorizar a Enrique Bellew. Éste no atendió los avisos que le mandé por medio de usted. Murió. El trabajo de Barcomb había terminado; no importa que haya muerto. Quinley había servido mi propósito. He cancelado la deuda

matándole.

»La campaña contra Bellew fue apenas algo más que un experimento. El siguiente será Irwin Langhorne. Es más rico que Bellew. El aviso será mayor.

El monstruo hizo una nueva pausa y continuó:

—Me ha traído usted a Treffin, para que trabaje como lo hizo Quinley. Jarvis está dispuesto a obedecer, como lo hizo Barcomb. Los mensajes saldrán esta noche. ¡Thade, El Asesino, ha hablado! ¡Thade no tiene miedo de nadie! ¡La Sombra! ¡Bah!

El Asesino palmoteó. Pablo Roderick hizo una inclinación de cabeza y se retiró.

Una de los gigantescos negros entró, procedente de la antesala.

Thade habló en una lengua extranjera. El negro salió; un instante después, él y su compañero entraron sosteniendo entre los dos a Harlan Treffin.

El nuevo esclavo de Thade estaba tan pálido como antes. La conversación sostenida entre Thade y Pablo Roderick apenas le habla dado tiempo para recobrase.

Thade levantó la mano e hizo un gesto. Un negro se apartó y Treffin, avanzando con paso vacilante, se detuvo delante de la plataforma del Dador de la Muerte.

Sus ojos miraron desorbitados hacia el rostro verde del amo. Aquella faz fantástica era horripilante y Treffin retrocedió cuando las manos descarnadas se extendieron, con una caja cuadrada.

La tapa se abrió apareciendo a la vista tres tubos transparentes que contenían una sustancia semejante al vidrio. Una línea gomosa cubría la superficie superior de cada tubo.

La voz de Thade sonó monótona pronunciando unas palabras. Harlan Treffin recibía instrucciones.

El desgraciado movía lentamente la cabeza en señal de comprensión. La tapa de la caja se cerró y Thade la depositó en las manos de Treffin.

Pronunciando las órdenes, Thade continuó:

—Roderick le conducirá a su casa. Una vez allí, él le trazará su programa de trabajo. Sea puntual en todos sus actos. El tiempo marcado para esta operación es mañana... Después...

Uno de los negros se acercó llevando un recipiente cilíndrico.

Thade alzó la tapa y extrajo una lámpara de mesa, que semejaba

un obús con la punta hacia arriba.

—Esto-declaró Thade —, es su protección. Mientras descanse en su gabinete, estará a salvo de cualquier intrusión. La lámpara no puede encenderse; no tiene ninguna conexión. El interruptor que ve arriba no sirve para nada. Mas, en la base...

El dedo de Thade tocó un lugar de adorno, situado en el pie redondeado de la lámpara. El dedo no se posó encima ni apretó. Simplemente indicó y luego se apartó.

—Si se encontrara en presencia de un enemigo-observó Thade —, puede usted inutilizarle oprimiendo este botón oculto. Use el aparato únicamente en caso de grave peligro. Demostrará el poder de Thade. Su enemigo conocerá una muerte súbita. ¿Comprende?

Treffin meneó la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Vuélvase.

Treffin obedeció la orden. Mirando hacia abajo, vió abrirse el suelo apareciendo a la vista la horripilante figura de la víctima moribunda.

Un chillido salió de los labios de Treffin, y su cuerpo se bamboleó al contemplar por segunda vez la visión que viera anteriormente.

El suelo se cerraba. La voz de Thade hablaba y Treffin, aunque aturdido, consiguió mover la cabeza para indicar que había comprendido las palabras de El Asesino.

—Obedecerá mi mando-ordenó Thade —. No me traicionaré. Obrará del modo que le he indicado, si se le presentase algún peligro. ¡De lo contrario sufrirá la misma suerte que el hombre que acaba de ver!

Los criados negros sostenían a Treffin.

Pablo Roderick se encontraba presente, con la caja de píldoras en la mano.

Ofreció dos a Treffin, quien, haciendo un esfuerzo, las cogió entre sus dedos, se las introdujo en la boca y las ingirió.

El letargo que experimentara anteriormente sería un alivio del terror de la morada donde Thade era dueño absoluto. Las paredes verdes aparecieron remolinantes ante los ojos de Treffin.

Se calmó cuando la droga empezó a surgir sus efectos. Se percató vagamente de que le conducían a través de la habitación de paredes verdes.

Se dio cuenta de que descendía por la oscuridad; luego perdió la memoria aunque todavía podía caminar guiado por Roderick.

Una hora más tarde, Harlan Treffin se despertó en su propia casa, en el gabinete de la parte posterior del primer piso. Hallábase echado en una butaca junto a la mesa. Delante de él había una caja cuadrada, que reconoció al instante. Encima de la mesa veíase la lámpara de forma extraña que recibiera de Thade. Cerca de él hallábase de pie Pablo Roderick.

Recordó vivamente todo cuanto había sucedido. Las entrevistas celebradas con Thade eran un recuerdo que no podía olvidar.

Los más pequeños detalles latían en su cerebro. Mas del viaje a la casa de Thade y de su regreso, no recordaba nada.

Roderick avanzó. Depositó un pliego de papel en la mano débil de Treffin.

En el papel aparecían los nombres de tres lugares de Manhattan. Cada nombre llevaba marcado una hora de la mañana, ciertos minutos entre ocho y nueve.

—¿Recuerda? —inquirió Roderick.

Treffin movió la cabeza en signo afirmativo y se humedeció los labios.

—Todo —declaró.

—¿La lámpara?

—Sí.

Una sonrisa apareció en los labios de Roderick. Su boca formó una frase breve:

—No olvide.

El brillo furtivo que apareció en los ojos de Harlan Treffin indicaba que le sería imposible olvidar.

El terrible poder de Thade se le había grabado indeleblemente en el cerebro.

El recuerdo del moribundo incrustado en el ataúd, debajo del suelo, le aterraba.

—Puede usted ponerse en contacto conmigo-declaró Roderick —, una vez terminado su trabajo. Hágalo todas las noches, después de las ocho. Es posible que se le encargue alguna otra misión. Si no contesto, espere una hora. A medida que reciba noticias más durante este período, no habrá ningún mensaje.

Pronunciadas estas palabras, Roderick volvióse y salió del

gabinete, dejando a Harlan Treffin meditando sobre los extraños acontecimientos que habían trazado el curso de su vida futura.

Una vez en la calle, subió a su automóvil y dirigióse a una gran casa de departamentos en la Calle Cuarenta y Cinco. Entregó el vehículo a un empleado del garaje y se encaminó hacia la esquina.

Depositó un sobre de grandes dimensiones en un buzón.

Terminada la operación, regresó a la casa y subió en el ascensor. Sonreía cuando salía del aparato en el sexto piso.

Había servido bien a Thade, esta noche. El lugarteniente del monstruo había adquirido un nuevo y útil sicario; y también había despachado un mensaje misterioso al siguiente millonario anotado en la lista de Thade.

¡Dentro de unas semanas, estaba seguro de ello, recibiría una bonita parte de la nueva fortuna que estaría guardada en las arcas secretas de Thade!

¡Cómo resultado de la operación que se iniciaría al día siguiente, se apoderaría de otra fortuna!

¡Y en futuras operaciones, los millones irían cayendo pronto y fácilmente!

CAPÍTULO IX

MUERTE EN MANHATTAN

A las ocho y cuarto de la mañana siguiente, una continuada riada de gente pasaba por un arco que conducía a la entrada de un <Metro>.

Entre ellos hallábase Harlan Treffin.

Se había recobrado del susto de la noche anterior. Actualmente, se encontraba un poco nervioso; pero reaccionó al detenerse junto a un teléfono que sobresalía de la pared.

Con la mano derecha alzó y bajó el receptor varias veces. Luego su mano izquierda, que llevaba embutida en el gabán surgió de repente y apretó con fuerza debajo de la caja del teléfono. Ejecutó un lento movimiento de torsión y se apartó.

Treffin se alejó del teléfono. Casi topó con un hombre rechoncho que se apartó para no chocar con él. Vió una cara de anchos carrillos, un bigote gris y un sombrero hongo.

Los dos hombres continuaron andando, el gentío seguía circulando.

Transcurrieron cinco minutos. Entonces sucedió una cosa extraña. Un joven que pasaba bajo el arco se detuvo a corta distancia del teléfono de la pared.

Se llevó las manos al pecho. Jadeó larga y pesadamente y se tambaleó. Cayó al suelo antes de que alguno de los transeúntes pudiese llegar en su ayuda.

Una multitud se congregó a los pocos minutos. Sonaron voces pidiendo un médico, una ambulancia, policía. El último mencionado fue el primero que llegó. El agente se abrió paso por entre la gente y se inclinó sobre el hombre del suelo. El ojo experto del policía observó, al instante que el joven estaba muerto.

Mientras reinaba gran excitación en la arcada y pequeños grupos hablaban de la tragedia ocurrida, Harlan Treffin entraba en un edificio de oficinas en la parte baja de Broadway.

A unos veinte pasos delante de él se hallaba el hombre de anchos carrillos y sombrero hongo. Treffin no se fijó.

Su reloj le interesaba más. Eran ya las nueve menos veinte.

Dirigióse a un teléfono que había, junto a la puerta, a la izquierda de la entrada. EL brazo de Treffin estaba protegido y tapado por la pared.

Rápidamente realizó la misma operación que ejecutara en la arcada. Se apartó del teléfono y abandonó el edificio.

Cinco minutos más tarde, un hombre pasó por la puerta giratoria del edificio, se bamboleó y cayó de bruces sobre el suelo de mosaicos.

Dos empleados acudieron corriendo y lo pusieron, en pie. Se desplomó en sus brazos.

Lo llevaron a una farmacia contigua al edificio. EL farmacéutico se alarmó.

Creía que el hombre estaba muerto. Telefonó pidiendo urgentemente una ambulancia.

Entretanto, en el piso veinte del rascacielos, el individuo del bigote gris había entrado en un despacho lujoso. Los empleados, cuando él pasaba, saludaron inclinando la cabeza. El hombre abrió una puerta que ostentaba el nombre:

IRWING LANGHORNE

Una taquígrafa saludó al caballero con un alegre «buenos días».

Irwin Langhorne sonrió.

—Buenos días, señorita Price —le dijo—. Llego a la hora como de costumbre. Puede usted notificar que volveré después de tomar mi habitual taza de café.

Poniéndose de nuevo el hongo en la cabeza, el hombre del bigote salió de su despacho particular y cruzó las oficinas generales.

Se cambiaron sonrisas entre los empleados cuando él pasaba.

Todas las mañanas, Irving Langhorne, un millonario, importador, llegaba a las nueve menos cuarto. Siempre usaba el «metro». Inmediatamente después de su llegada, salía siempre para tomar una taza de café.

Esto se aceptaba como cosa de rutina en la oficina; pero los

empleados madrugadores nunca dejaban de observar la reaparición de Langhorne poco después de haber entrado en su despacho particular.

Descendiendo a la planta baja, Langhorne salió del edificio por una puerta excusada y dirigióse a un pequeño restaurante metido como una cuña en el costado de otro rascacielos. Sentóse a una mesa y tranquilamente pidió un café express.

No observó a un hombre que se encontraba junto a la puerta; ni éste vio a Langhorne. El hombre era Harlan Treffin, que había entrado un minuto antes que el millonario. Esperaba usar el teléfono instalado junto la puerta.

Una mujer dejó el aparato y Treffin manoseó el receptor. Fingió introducir una ficha en la ranura. Apretó con la mano izquierda la parte inferior de la caja. Colgando el receptor, salió del restaurante sin que nadie se fijase en él.

La gente salía y entraba. Un hombre de edad mediana, con traje de cuadritos, se detuvo frente al teléfono y tintineó una moneda en el mostrador.

El cajero, ocupado en entregar un cambio, no respondió inmediatamente.

Al volverse se quedó mirando con fijeza al observar la expresión peculiar que aparecía en el rostro del hombre que estaba junto al mostrador.

La moneda ya no tintineaba en el mostrador. Su propietario se desplomó en el suelo.

EL cajero saltó en su auxilio, pero ya era demasiado tarde. El hombre del traje de cuadritos cayó de lado y su cabeza emitió un ruido sordo al chocar con el suelo.

Reinó una enorme excitación durante varios minutos: luego el cuerpo fue llevado al despacho del director del establecimiento.

Irwin Langhorne, testigo de lo ocurrido, se detuvo a pagar su cuenta en la caja. Inquirió acerca del hombre que había caído al suelo.

—Está muerto —informó el cajero, en voz baja—. ¡Debe de haber sido un ataque cardíaco!

Irwin Langhorne se hallaba intranquilo, cuando regresó a su despacho.

Había llegado a un período de su vida en la que sus amigos

morían a frecuentes intervalos. Dos de ellos sucumbieron víctimas de una apoplejía.

La idea de una muerte súbita le desasosegaba. Haber sido testigo de un caso era una experiencia seria y desagradable.

Pero el millonario tenía otra preocupación grave, que le tenía nervioso.

Aquella mañana había recibido una carta extraña y enigmática. La acompañaban unos recortes relativos a las tres muertes ocurridas en los trenes de los suburbios, la de Enrique Bellew y dos muertes más.

¿La muerte? Parecía que se respiraba en el aire. Parecía estar al acecho. Se le había recordado de un modo misterioso y ahora la había visto producirse.

¿Era una coincidencia o el destino?

En su despacho particular, el millonario consiguió alejar las preocupaciones que le asediaban. Olvidó el desgraciado episodio del restaurante.

Tres muertes habían ocurrido aquella mañana; en diferentes lugares.

Todo Nueva York comentaría antes del anochecer aquellas muertes.

Un nuevo misterio tenía perpleja a la policía antes de mediodía.

Los periodistas recogieron la historia.

Tres muertes en lugares públicos eran suficiente para iniciar una investigación policíaca.

Y cuando, en todos los casos, el médico forense declaró que unos gases tóxicos eran responsables de las muertes, el resultado fue una tremenda excitación en la jefatura. Al anochecer, el famoso detective José Cardona visitó el despacho del comisario de policía, señor Weston.

Un montón de periódicos aparecía en la mesa del comisario cuando Cardona entró. En esta visita hubo pocas ceremonias, Weston miró con frialdad al detective, señaló con un gesto de la mano el montón de periódicos y le dirigió una sola pregunta:

—¿Bien?

Cardona se sentó cómodamente en una butaca. Su rostro aparecía solemne.

Indicaba que estaba derrotado. Lleno de desesperación explicó

los hechos tal cual había investigado.

Confesó:

—No sé nada. Parece que se repite lo de los trenes. Allí hubo tres asesinatos, señor comisario. Y tres aquí en Nueva York. Un tóxico en los trenes, y unos gases esta vez. Pero no hemos descubierto ni una sola pista.

El comisario miró a través de la ventana y pensativamente tamborileó en la mesa de escritorio. Cuando se volvió hacia Cardona, había una nueva expresión en su rostro.

Declaró:

—Cardona, se enfrenta usted con algo muy grande. Cuando no pudo encontrar ninguna pista relativa a los asesinatos cometidos en los trenes sufrí una decepción. Mas al revisar sus informes, me convencí de que había tomado todas las medidas humanamente posibles.

»Ocurrieron otras muertes por aquellos contornos. La de Enrique Bellew presentaba todas las características de un accidente. Al morir su criado, todo quedó envuelto en un misterio. Vernon Quinley pereció víctima de una explosión de dinamita en su garaje; y esta muerte tenía otro cariz. Usted no relacionó estas tres muertes con las ocurridas en los trenes; yo tampoco.

»Pero ahora tengo la convicción de que existía alguna relación. Un hombre es responsable de esta matanza. Estas tres muertes ocurridas en Manhattan demuestran que sigue operando. Es un verdadero as. Un genio del crimen. Es evidente.

—Estoy de acuerdo con usted-murmuró Cardona.

El comisario se incorporó y empezó a pasear de un lado a otro del despacho.

Al cabo de un rato, observó:

—Los periódicos no comentan más que esto. Y comienzan a criticar. Significa que usted se encuentra en una situación difícil, Cardona. Pero yo estoy a su lado en esta ocasión y le explicaré por qué. La manera como usted practicó las diligencias en los trenes investigando el misterio de las tres muertes es prueba de que trabajó incansablemente. Francamente, Cardona, es demasiado trabajo para usted. Mas no dispongo de ningún otro hombre en jefatura que sea capaz de hacer la mitad que usted.

»Yo me imagino estar en su caso ahora. Trabajando sobre

presentimientos, guiados por un momento de inspiración. Al parecer, no podemos hacer otra cosa. Tan sólo abrigo la esperanza de que tendrá alguna inspiración acertada.

El comisario hizo una pausa y añadió enfáticamente:

—Pero le advierto por anticipado que será preferible que esa inspiración sea rápida. La historia de un monstruo invisible y oculto, cuyos métodos no pueden descubrirse, provocará una tempestad en la Dirección General de Seguridad. Usted será el primero en sentirla, si hay sanciones. ¡Se encuentra usted en una situación crítica, Cardona!

—Lo sé —repuso el detective, rechinando los dientes.

El comisario tornó a sentarse. Por vez primera, se había producido una verdadera comprensión entre el señor Weston y el famoso detective. Cuando el comisario volvió a hablar, hízolo en tono calmoso y pensativo.

Preguntó:

—¿Qué ha averiguado usted?

—Nada —contestó el detective—. Hemos practicado toda clase de pesquisas. Hemos buscado a toda clase de individuos sospechosos y también bombas. No hemos encontrado nada. Mis subordinados han realizado todas las investigaciones posibles, lo han registrado todo minuciosamente: no han descansado desde hace unos días.

—¿Ha descubierto algún móvil posible para que las muertes hayan ocurrido en esos lugares determinadas?

—Ninguno —respondió Cardona—. He estudiado a fondo los casos de Felswood. Quinley era un abonarlo de esos trenes, así como también Bellew. Quizá el objetivo era suprimirlos. Pero ahora tenemos tres hombres... sin importancia, como anteriormente... y no acierto a imaginarme por qué motivos asesinaron a los tres en un mismo día.

El señor Weston asintió con la cabeza.

Cogiendo un periódico de la mesa, observó:

—He leído las reseñas. Guy Bradley, dependiente de un estanco. Un corredor de seguros. Pedro Blosson, un mayorista en volatería. No acierto a comprender por qué razón habrían de ser víctimas de una amplia conspiración.

—Seguramente sucederá alguna otra cosa —murmuró Cardona

—. Es el único presentimiento que hasta ahora tengo. Varios agentes míos vigilan los lugares donde las víctimas cayeron muertas; pero será inútil.

—¿Por qué?

—Porque el método ha cambiado. En Felswood ocurrieron las muertes, una cada día, todas en el mismo lugar y en las mismas condiciones. Ahora se trata de tres crímenes en un día, en distintos lugares. Busco al hombre responsable de todo ello, pero es más astuto que nunca. Es un problema, señor comisario. Es una papeleta difícil de resolver.

—Continúe trabajando, Cardona —ordenó Weston.

El detective salió de la oficina cansadamente, echó a andar por la calle, mirando los titulares de los periódicos cuando pasaba delante de algún quiosco.

¡Muertes, muertes, solamente muertes!

Fue lo único que vio Cardona.

¿Qué podría hacer para detener la oleada de crímenes?

¡La Sombra!

Cardona se encogió de hombros. Los crímenes actuales seguramente atraerían al misterioso fantasma que luchaba tenaz e incansablemente contra las hordas delincuentes.

Sin embargo, hasta la fecha, en opinión del detective, la mano de La Sombra no había hecho su presencia todavía.

Cardona se sintió cansado cuando recorría los lugares donde tenía destacados a varios agentes. Fue de un lugar a otro, con el objeto de hablar con ellos.

Partiendo de la pequeña arcada, tomó el «Metro» para ir al rascacielos de oficinas; Luego encaminóse al pequeño restaurante. Ninguno de los lugares ofreció la menor pista.

Mas, mientras buscando indicios, practicaba esas diligencias, otro hombre seguía la misma pista.

Un individuo de elevada estatura y rostro aquilino se detuvo en la arcaba del «metro» a encender su pipa. Sus ojos agudos escudriñaron minuciosamente el lugar. El único objeto que le pareció visible fue la caja del teléfono adosada en la pared.

El hombre alto inició una llamada telefónica. Su larga mano izquierda, sobre la cual brillaba una fantástica gema de colores tornadizos, movióse a lo largo de un lado de la caja y luego debajo.

Emergió cuando el hombre de la pipa terminó su llamada.

Atravesando la arcada, el hombre alto descendió al <metro>. Se miró la mano izquierda. Una larga raya de una sustancia pegajosa había dejado una ligera impresión en la palma de la mano. Tranquilamente el hombre sacó un pañuelo de su bolsillo y se limpió la mano.

Efectuó otra llamada telefónica en la entrada del edificio, donde ocurriera la segunda muerte. AL dirigirse pausadamente hacia la entrada excusada, volvió a quitarse una línea de una sustancia gomosa de la mano izquierda.

El hombre se detuvo finalmente en el restaurante donde Langhorne presenció la muerte fulminante.

Otra llamada telefónica. El investigador de ojos agudos y escudriñadores fue a la parte trasera del establecimiento y pidió una taza de café.

Mientras esperaba, cogió una servilleta de papel y cuidadosamente se limpió una tercera mancha de la mano.

Una hora más tarde, una luz emitió un chasquido en una habitación envuelta en una completa oscuridad. Un resplandor azulado reflejábase sobre la tapa de una mesa.

Aquellas mismas manos aparecieron bajo el resplandor. La extraña gema, el famoso girasol de La Sombra, arrojaba sus múltiples destellos de colores tornadizos.

La Sombra se hallaba en su santuario. Sus manos trabajaban. Ahora, el misterioso personaje había resuelto un factor del misterio.

Había descubierto una nueva arma en el arsenal de «El Asesino».

La mano derecha escribió debajo de la luz:

«Tres muertes para coaccionar y asustar a Enrique Bellew. Todas ejecutadas en el tren que Bellew solía tomar.»

Una pausa. La mano añadió:

«Tres muertes para coaccionar y asustar a otro hombre. En el camino que ese hombre debía seguir con regularidad.»

Las anotaciones finales fueron:

«Tóxico contenido en unas bombillas que se rompían. Gases contenidos en sobres que se destruían a sí mismos. Muerte por un líquido. Muerte por vapores»

La escritura fue hecha en tinta. Letra por letra, las anotaciones empezaron a desaparecer. Era el modo sutil en que el fantasma de

la noche solía inscribir sus pensamientos. La tinta que usaba era un líquido químico que se evaporaba al aire.

Una nota final apareció en la página en blanco:

«Buscad al hombre a quien «El Asesino» amenaza mañana.»

La escritura brilló, azulada, luego se desvaneció. Sonó un chasquido. La luz se extinguió. Un puntito luminoso apareció cuando un equipo telefónico fue arrastrado por la mesa.

La voz calmosa de Burbank surgió del alambre.

La Sombra pronunció unas instrucciones. Las respuestas de Burbank siguieron. La conversación terminó. Se oyó un leve rumor a través de la oscuridad, cuando el rey de la noche cruzó el santuario.

Luego resonó la risa. Una carcajada siniestra y escalofriante despertó sus ecos a través del silencioso aposento. La risa, elevándose, convirtiéndose en un grito burlón y estridente. Unas paredes invisibles devolvieron los fantásticos ecos. Cuando la risa espeluznante se hubo terminado con sus millares de ecos, La Sombra había desaparecido.

Mañana...

EL fantasma de la noche había trazado sus planes. AL día siguiente su cerebro prodigioso recogería el reto de <El Asesino>.

Donde el famoso detective José Cardona había apostado a unos vigilantes expertos buscando una aguja en un pajar, La Sombra usaría una técnica científica.

AL otro día, el misterioso personaje encontraría el rastro del hombre sobre quien se cernía una amenaza.

Por medio de ese hombre, La Sombra seguiría la pista para localizar a Thade, el monstruoso criminal.

CAPÍTULO X

OJOS DE LA SOMBRA

POCO antes de las ocho de la mañana siguiente, un automóvil ligero, dotado de una extensión parecida a una caja en la parte trasera, paró en una calle transversal de Manhattan.

A la vuelta de la esquina hallábase la entrada de la pequeña arcada donde ocurriera la tragedia el día anterior.

Un individuo flaquísimo, cuyas prendas de vestir más visibles eran una gorra de cuadritos y unas defensas de cuero, acercóse al bordillo de la acera.

Giró la vista a su alrededor, vió a un hombre que se le aproximaba y formuló una pregunta:

—¿Es usted el señor Vincent?

—Sí-respondió el hombre que esperaba —. Le he estado aguardando, ¿Está preparado para sacar las fotografías?

—Desde luego.

Harry Vincent observó que el hombre de las bandas de cuero abría la parte trasera del auto para sacar una cámara fotográfica.

—Veamos la hora de su reloj.

El fotógrafo exhibió su reloj de pulsera. Correspondía con la hora marcada por el reloj de Harry. Las siete y cincuenta y dos.

—Escuche bien —ordenó el joven ayudante de La Sombra—. Quiero obtener una serie continua de fotografías, empezando a las ocho y diez y continuando hasta las ocho y veintiocho. No se haga usted visible. Deseo tomar la fotografía de la arcada tal como está todas las mañanas.

—¿Y el aparato de sonidos?

—No hace falta. Estoy preparando unos epígrafes para un anunciador que explica a los cuadros.

—Comprendo. Para mostrarles las escenas donde han ocurrido esas muertes misteriosas...

—Exacto. Quiero una serie de fotografías continuas con el objeto de elegir un trozo de película adecuada.

—¿Y la arcada?

—Vendrá más tarde-declaró Harry —. Tengo otro fotógrafo para eso. Quiero una fotografía muy cercana del lugar donde la víctima Bradley cayó muerto. La sacaremos cuando pase menos gente.

Unos minutos más tarde, Harry Vincent marchó en un taxi poco antes de que el fotógrafo y su ayudante hubieran escogido un lugar adecuado desde el cual sacar las fotografías de la arcada.

—Ese muchacho ha tenido una idea estupenda-observó el fotógrafo, en tono de aprobación —. Es un francotirador en el negocio de películas; uno de esos productores que salen de vez en cuando con una buena idea. Me telefoneó anoche. Tiene un plan magnífico.

—¿Está preparando alguna otra película? —inquirió el ayudante.

—Sí —respondió el fotógrafo—. Va a hacer una película mostrando los lugares donde ocurrieron las muertes misteriosas. Se la venderá a los periódicos... Quizá haga una película corta.

Encontró a otro fotógrafo aguardándole. Le ordenó que sacara una serie de fotografías, empezando a las ocho y treinta y cinco.

Dobló la esquina y se encontró con un tercer fotógrafo, establecido ya en la entrada de una casa frente al restaurante de la tragedia.

—¿Es usted el señor Vincent? —inquirió el artista.

El joven ayudante de La Sombra movió la cabeza en señal afirmativa.

El fotógrafo anunció:

—Ya está todo a punto. Tomaré la película desde esa torrecilla. Enfoco perfectamente el establecimiento. ¿Cuándo quiere que empiece?

—A las nueve menos cuarto-señaló Harry.

La primera carta de la misión del joven agente estaba terminada. Seguía al pie de la letra las instrucciones de su misterioso jefe.

Audazmente, contrató a los fotógrafos para tomar una película de los lugares trágicos, con el objeto de filmar las escenas matutinas.

Era labor propia de los profesionales que se dedicaban a recoger material para los noticiarios. Después trabajaría con rapidez: desarrollarían y entregarían las películas.

Los fotógrafos contratados conocían su oficio. Las películas terminadas serían entregadas a primeras horas de la tarde en determinada oficina.

El joven ayudante abandonó las cercanías del edificio Estelar, seguidamente después de dar las instrucciones pertinentes a los fotógrafos.

Dirigióse hacia el rascacielos donde habían convenido que se efectuara la entrega de las películas.

Sonrió satisfecho al llegar al pasillo del cuarto piso. Un pintor estaba a punto de terminar un título en la puerta:

H. VINCENT

Empresas Cinematográficas:

Harry entró en la oficina amueblada. Consistía en tres habitaciones; una oficina exterior, un despacho particular y una pieza interior que servía de sala de proyecciones.

Había alquilado estas habitaciones por un mes. AL hacerlo, siguió las instrucciones de Burbank.

Harry había telefoneado a un agente especializado en locales para empresas cinematográficas independientes y halló que ese lugar estaba vacante. Insistió en ocuparlo inmediatamente.

Cuando los fotógrafos llegasen con sus películas terminadas, la pintura estaría seca y el local tendría el aspecto de una empresa establecida.

Los agentes al servicio de La Sombra actuaban con rapidez cuando recibían órdenes.

Examinaba Vincent la oficina cuando la puerta se abrió y entró una joven.

El joven ayudante la reconoció; era la taquimecanógrafa que trabajaba para Rutledge Mann. La muchacha anunció que su jefe la mandaba para ayudar al señor Vincent.

—Desde luego —observó Harry—. Mi secretaria está de vacaciones. Agradezco mucho al señor Mann que haya tenido la bondad de mandarla para ayudarme hoy. Espero a varios visitantes. Puede usted anunciarlos cuando lleguen.

No llegó nadie durante la mañana. Harry pasó la mayor parte

del tiempo en el despacho particular. Mandó a la muchacha a almorzar a las doce. Cuando ella regresó, él salió. Al volver a la oficina poco antes de las dos, encontró al primero de los fotógrafos esperándole.

—Aquí están las películas —anunció el artista, entregando a Harry dos cajas metálicas circulares.

—Magnífico —respondió Vincent—. Deme la factura. Le remitiré por correo el cheque.

Después que Harry hubo entrado en el despacho particular, la secretaria anunció al segundo fotógrafo. Entregó las películas. EL tercer lote llegó a las tres, de acuerdo con la hora estipulada.

A las tres y cuarto, la taquígrafa entró y entregó una tarjeta a Harry. Llevaba un nombre:

L. BURBANK Ingeniero de proyección de películas.

Harry no salió a saludar al visitante. Devolvió la tarjeta a la taquígrafa, con estas instrucciones:

—Diga al señor Burbank que puede entrar en la sala de proyección. Las películas ya están allí. Yo las veré más tarde.

A las tres y media, la joven secretaria pasó a anunciar que el señor Lamont Cranston se encontraba en la oficina exterior.

—Páselo a la sala de proyección —fue la orden de Harry.

El joven divisó momentáneamente al segundo visitante cuando la secretaria cruzó la puerta. Vió a un hombre de elevada estatura, de rostro bien modelado, y se imaginó observar el resplandor de sus ojos.

¡Lamont Cranston! Harry había oído anteriormente el nombre. Conocía que en ocasiones La Sombra utilizaba esa personalidad.

Lamont Cranston era un hombre inmensamente rico, un individuo misterioso que viajaba con frecuencia. No existían pruebas de que Lamont Cranston fuese La Sombra.

Pero en ocasiones el fantasma de la noche aparecía bajo el disfraz de Lamont Cranston.

El joven ayudante pensaba en esto varios minutos más tarde cuando entraba en la sala de proyección. La Sombra era un maestro del disfraz.

En sus múltiples aventuras, Harry había encontrado a La Sombra a veces vestido de negro; pero en otras ocasiones, el misterioso fantasma había aparecido bajo distintos disfraces.

La sala de proyección estaba sumida en total oscuridad. Mirando a través de las tinieblas, Harry observó dos ojos fulgurantes enfocados en aquella dirección. Aquellos ojos parecían proyectar una orden.

El joven ayudante encontró una silla y tomó asiento; luego volvióse hacia la pantalla situada en el extremo de la sala.

—Empiece.

La palabra surgió en un cuchicheo desde algún lugar desconocido.

A la orden de La Sombra, una luz se enfocó sobre la pantalla. El mecanismo del proyector comenzó a zumbiar. A los pocos minutos, se reprodujo la escena de delante del restaurante.

Al principio, Harry extrañaba que este episodio fuese el último en aparecer.

Luego comprendió el motivo. La película presentaba a muchas personas que pasaban delante del establecimiento, pero a muy pocas entrando.

A medida que se proyectaban las películas, contó no más de veinte personas que entraban o salían. La película terminó.

—Repita—indicó la voz de La Sombra.

El joven observó atentamente la segunda proyección.

Cuando la película hubo terminado, estaba seguro de que reconocería a la mayor parte de las personas que entraron en el restaurante.

Hubo una breve espera; luego apareció otra escena. Era la entrada del edificio Estelar. Allí entraban y salían muchas personas. Un hombre rechoncho se separó de la orilla de la gente.

La voz monótona de La Sombra pronunció una sola palabra:

—Espacio.

La película disminuyó su velocidad.

Harry vio al hombre rechoncho dirigiendo penosamente hacia la puerta del edificio. Observó el sombrero hongo, el rostro mofletudo y el bigotito gris.

—Comente —indicó La Sombra.

—Ese hombre entró en el restaurante—irrumpió Harry —. Le reconozco de la otra película...

—Cambie —ordenó La Sombra.

Una vista de la arcada apareció, tomada de un ángulo.

Transcurrieron tres minutos; luego Vincent emitió otra observación de reconocimiento. Entrando directamente en la película aparecía el hombre del bigote gris y el sombrero hongo.

—Despacio —fue la orden de La Sombra.

El movimiento se tornó lentísimo. De nuevo Harry distinguió perfectamente el rostro. En tres lugares distintos, las películas registraron el rostro de un hombre.

Otra orden de La Sombra. La proyección terminó.

Harry permaneció varios minutos sentado sin moverse en la sala de pruebas; con los ojos entornados, parecióle ver la cara proyectada en las películas.

Cuando finalmente salió de la sala de proyección, encontró a la taquígrafa sola en la oficina. La joven dirigió una mirada interrogante a su jefe provisional.

Comunicó:

—El señor Burbank y el señor Cranston se han marchado. El señor Cranston entró en su despacho particular por un momento...

Harry movió la cabeza en señal afirmativa. Entró en su despacho y encontró un sobre encima de la mesa de escritorio.

Abriólo y leyó una nota en clave, escrita en tinta.

Un mensaje de La Sombra, en una clave especial que el joven ayudante ya entendía. Apenas había leído las nuevas instrucciones cuando la escritura comenzó a desaparecer.

Consultó su reloj al volver a la oficina exterior. Eran las cuatro. Comunicó a la taquígrafa que su trabajo había terminado por ese día y le ordenó que regresase a la oficina del señor Mann.

—Dígale al señor Mann que es probable que vaya a verle más tarde —añadió.

El joven ayudante de La Sombra dirigióse hacia la parte sur de la ciudad.

Llegó a la puerta del edificio Estelar, entró y esperó cerca de los ascensores.

Los empleados de las oficinas empezaban a salir. Transcurrió media hora.

Eran cerca de las cinco. Un destello de reconocimiento apareció en los ojos de Harry Vincent.

Cruzaba la entrada del edificio el hombre proyectado en las películas.

Rechoncho, con bigote gris y sombrero hongo. El mismo individuo cuyos movimientos señalarán las películas. Harry le siguió.

El hombre entró en la estación del «metro». Desde ese momento el joven ayudante continuó la pista.

Eran cerca de las seis cuando Rutledge Mann recibió una llamada telefónica en su oficina. Mann, el agente de enlace de rostro mofletudo, que se especializaba en inversiones y negocios de Bolsa, enarcó las cejas al reconocer la voz de Harry Vincent.

—Irwin Langhorne —comunicó Harry.

Mann anotó el nombre: siguieron las señas. Anotada ya la información, terminó la conferencia. Escribió un informe breve, lo introdujo en un sobre y se puso el gabán y el sombrero.

Poco después, visitaba la oficina de B. Jonas, en un edificio de la Calle Veintitrés. El agente de Bolsa introdujo la carta en el buzón instalado debajo de la ventanilla mugrienta y cubierta de telarañas.

La Sombra y sus agentes habían trabajado con rapidez ese día. Se había descubierto un objetivo, la finalidad de los extraños asesinatos cometidos en Manhattan. Irwin Langhorne parecía ser el hombre que ahora estaba amenazado de muerte.

¡Ojos de La Sombra!

¡Hoy las lentes de unos aparatos fotográficos habían servido de ojos para adquirir pruebas certeras que condujeron al descubrimiento de un hombre entre una multitud!

Se había encontrado al hombre sobre el cual cerníase la muerte.

CAPÍTULO XI

LA SOMBRA AVISA

IRWIN Langhorne estaba sentado en un despacho del segundo piso de su casa de Manhattan. Su mesa de escritorio, con su plancha de cristal, reflejaba la brillante luz de un pesado candelabro que pendía del techo, encima de su cabeza.

Está habitación había, en un tiempo, formado parte de una sala de recepción.

Se había construido un tabique, pero aparte de esto, Langhorne había dejado el cuarto casi lo mismo que estaba antes. El millonario se ocupaba aquí de algunos trabajos que se salían de la rutina de la oficina.

Un montón de correspondencia yacía encima de la mesa de escritorio.

Langhorne examinó los sobres y se detuvo en uno. Oprimió un timbre, a su lado. Breves instantes después, la puerta se abrió, entrando un hombre delgado que dirigió una mirada interrogante al millonario.

Langhorne preguntó con brusquedad:

—Jarvis, ¿cuándo llegó esa correspondencia?

—A las cinco, señor.

—Muy bien. Puede esperar fuera. Le llamaré más tarde.

El millonario dejó el sobre a un lado. Abrió un cajón de la mesa y metódicamente extrajo dos sobres similares, abiertos con anterioridad.

De uno de ellos sacó una cantidad de recortes. Los examinó uno por uno.

Eran unos recortes siniestros: referíanse a las muertes misteriosas ocurridas en Long Island.

Entre ellos había un pliego de papel conteniendo un mensaje enigmático:

*LATA MUERDO TECA SECO RA-RA
SUYA SUERTE TEMA*

Irwin Langhorne frunció el ceño y depositó los recortes en un montón, el sobre en el otro lado de la mesa y el mensaje delante de él. Ese material había llegado el día anterior por la mañana.

Langhorne sacudió el segundo sobre.

Salieron más recortes. El millonario los examinó. Referíanse todos a las muertes en Manhattan.

En la frente de Langhorne apareció una expresión de perplejidad. Había recibido estos recortes esa mañana. Había estado meditando sobre su significado toda la mañana en la oficina.

¡Pues todas estas muertes misteriosas habían ocurrido en la ruta que el millonario seguía por las mañanas, con puntual regularidad!

La nota que acompañaba a los recortes estaba escrita en las mismas mayúsculas enigmáticas:

*LATA MUERTE TECA LECHE SITIO GUERRA LOSCA PAGO
SOSTEN*

Nuevamente Langhorne hizo una clasificación metódica.

Puso los recortes y el mensaje en sus lugares separados y recogió la nueva carta que había llegado esta tarde.

El millonario estaba seguro de que este nuevo sobre debía tener una explicación.

No se equivocaba.

El sobre contenía una carta, escrita en palabras claras y sencillas. Sus primeras frases decían:

«Mis notas anteriores fueron mandadas como pruebas de mi poder. La primera sílaba de cada palabra dice su significado.»

Langhorne se remitió rápidamente a los mensajes que había en la mesa.

Con lápiz tachó la última sílaba de cada palabra. Las palabras enigmáticas aparecieron con sentido ahora:

*LA MUERTE SERÁ SU SUERTE LA MUERTE LE SIGUE LOS
PASOS*

Irwin Langhorne estudió los hechos. Comprendió al instante que se encontraba frente a gran peligro.

La primera nota llegó antes de los asesinatos de Manhattan. El

asesino se jactaba de su obra.

Seguidamente, tras un espacio de veinticuatro horas, llegó otra misiva vanagloriándose de otra fechoría: tres muertes que interesaban a Irwin Langhorne.

El millonario sabía que él pudo haber sido una víctima fácil.

¿Qué finalidad perseguían estos actos terroríficos?

¿Dinero, acaso? Presintió que esa sería la respuesta.

Continuó leyendo el nuevo mensaje:

«La muerte ha descargado un golpe. La muerte actuará de nuevo. La muerte amenaza a usted. Puede usted eludirla de un modo sencillo. Tiene usted diez días de plazo, a partir de esta fecha, para efectuar la entrega de un millón de dólares. Entregará usted dicha suma. De lo contrario, morirá. Si menciona este asunto a alguien o intenta denunciarlo a la policía, morirá.»

Debajo del mensaje aparecía una firma fatídica. Langhorne se quedó mirando consternado al leer las palabras: EL ASESINO.

Irwin Langhorne se sintió poseído del mismo terror que atenazara a Enrique Bellew no muchos días antes.

Mas en este caso, las pruebas del poder de «El Asesino, eran más dinámicas que en el pasado.

El millonario recordaba bien claramente la muerte de Bellew. Conocía que el fabricante fue asesinado, evidentemente, porque no escuchó las palabras de aviso de «El Asesino».

En consecuencia, Langhorne meditó largamente sobre las amenazas siniestras que yacían encima de la mesa, ante sus ojos.

Finalmente, volvió a colocar los recortes y mensajes en sus sobres y los guardó en un cajón Continuó estudiando la situación hasta que el repiqueteo del teléfono terminó sus meditaciones.

Una voz desconocida hablaba desde el otro extremo del hilo.

Langhorne oyó que el comunicante se presentaba bajo el nombre de Lamont Cranston. Siguieran unas cuantas palabras de explicación.

El señor Cranston, un gran viajero, tenía algunos intereses en el negocio de importación. Deseaba visitar al señor Irwin Langhorne.

—Tendré mucho placer en verle, señor Cranston —manifestó el importador, con voz calmosa, a pesar de su nerviosidad—. Pero siento no poder hacerlo esta noche. Ceno fuera y voy a salir dentro de media hora. ¿Podría usted llamarme a mi oficina esta noche?

—Ciertamente, señor Langhorne —fue la respuesta.

Cuando Langhorne colgó el receptor, observó que Jarvis se hallaba parado junto a la puerta. El secretario sonrió tímidamente.

—Debí oír el teléfono, señor —dijo—. Creía que me llamaba.

—Está bien, Jarvis —respondió el millonario—. Ceno fuera. Voy a salir en seguida. Regresaré a eso de las ocho y media.

—Sí, señor.

Irwin Langhorne examinó el resto de la correspondencia. Se tranquilizó durante el examen y cuando finalmente se levantó para salir del despacho, no mostraba la menor señal de nerviosidad.

Jarvis, el secretario, telefoneó pidiendo un taxi. El vehículo esperaba a Langhorne en la calle. El millonario subió al coche y se hundió en los cojines al ordenar al chofer que le condujera al Hotel Albion, un establecimiento famoso por su excelente cocina.

La noche era fría y las ventanas del taxi estaban cerradas. Mientras el vehículo se ponía en marcha, Langhorne notó un aroma peculiar dentro del coche. Multitud de puntitos negros flotaban ante los ojos del millonario.

Luego percibió una voz calmosa hablando al chofer.

—Lléveme al Hotel Bastion en lugar de al Albion.

—Sí, señor.

La respuesta del chofer sonaba remota. Irwin extrañó encontrarse sin fuerzas para protestar. El aroma era picante ahora y aquietó al millonario.

Cansadamente, éste volvió la cabeza y vio un par de ojos ardientes que figuraban debajo de las alas de un sombrero negro.

—Irwin Langhorne —unos labios invisibles pronunciaron el nombre en torno cuchicheado—, no tema nada. Obedezca mis órdenes y no le sucederá nada. Estoy aquí para hacer frente al peligro que le amenaza.

Vagamente el millonario, presintió que su invisible compañero debía ser un amigo. Alguien que debía conocer los propósitos de «El Asesino».

Era inútil resistir; era fácil obedecer. El exótico perfume de que la atmósfera estaba cargada era calmante. Langhorne movió la cabeza en señal afirmativa, indicando, comprender las palabras del desconocido.

El taxi paró delante del Hotel Bastion. A instancias de su

compañero, el millonario saltó a tierra. El chofer contempló extrañado a la persona envuelta en una capa negra que le depositó en la mano el importe del viaje.

A la luz borrosa, apenas distinguía la silueta del compañero de Langhorne.

EL Bastion era un hotel aristocrático, con un encargado soñoliento en la oficina. Langhorne acompañó a la persona de la capa, que le condujo al vestíbulo. Ascendieron unos escalones y entraron en una habitación del segundo piso.

Una sola luz brillaba en un rincón. Irwin Langhorne se desplomó en un sillón; luego, desapareciendo su ligero letargo, miró con extrañeza a la elevada figura que aparecía de pie delante de él.

Preguntó:

—¿Por qué me ha traído aquí? ¿Quién es usted?

Una risa suave y cuchicheada fue la respuesta, luego siguieron unas palabras de explicación.

La respuesta fue:

—Mi identidad varía a elección mía. Le he traído aquí para protegerle. Le he traído para examinarle. ¡En cuanto a mi personalidad actual, busque usted mismo la respuesta!

Irwin Langhorne miró estupefacto a La Sombra. No acertaba a comprender el significado de las palabras finales, aunque presenciaba una transformación singular.

La figura vestida de negro parecía encogerse; y los ojos ardientes iban perdiendo su asombroso fulgor. Entonces se produjo la famosa revelación.

¡Ante sus propios ojos, Irwin Langhorne vio a un hombre que era la imagen exacta de él mismo!

Los carrillos mofletudos estaban allí y el bigotito gris era perfecto en todos sus detalles. El traje que el hombre vestía era similar al del millonario.

El hombre hablaba y su pronunciación era semejante a la de Langhorne.

Manifestó La Sombra:

—Está usted en peligro. Ha recibido usted unos mensajes de un hombre que a sí mismo se llama «El Asesino».

Alarmado, Langhorne inquirió:

—¿Cómo lo sabe usted?

—No tema-repuso La Sombra, adoptando, aún el tono de Langhorne —. No estoy en combinación con «El Asesino». Mi propósito es frustrar su plan.

—¿Cómo?

—Actuando en el puesto de usted. Ocupando su puesto puedo hacer frente al peligro presente. Actuaré esta noche. ¿Dónde están los mensajes?

—En mi mesa de escritorio. En la habitación que utilizo a modo de despacho.

—Deme los detalles esenciales de su casa —ordenó La Sombra: — el plano de sus habitaciones; los nombres de sus criados. Iré allí esta misma noche. Fui yo quien le telefoneó, Langhorne. Cuando supe que iba a salir a cenar fuera, tomé las medidas para entrevistarme con usted.

Metódicamente. Irwin Langhorne comenzó a explicar los detalles que su extraño compañero requería.

El millonario estaba impresionado —y su impresión iba en aumento— de la exactitud del disfraz de La Sombra. Cuando hubo terminado de hablar, se reclinó en su sillón para contemplar al ser fantástico que tenía delante de los ojos.

—«El Asesino» —declaró La Sombra, imitando a la perfección el tono de la voz de Langhorne—, es un monstruo que planea y ejecuta asesinatos. Enrique Bellew fue muerto de una manera fulminante porque desafió a «El Asesino». Un peligro terrible acecha en su casa en estos momentos. ¡«El asesino» no espera!

»Yo soy el único que puede hacer frente a ese peligro mortal. Yo no temo a el Asesino». No tengo más aprensiones que las de su seguridad. Nadie puede saber que usted se encuentra aquí. Por consiguiente, espero que no se lo dirá a nadie. Tenga paciencia. Espere. Regresaré. ¿Comprende?

—Sí, comprendo—respondió Langhorne.

La Sombra se puso el gabán y el sombrero del millonario. El as del disfraz quedó transformado en la imagen perfecta de Langhorne cuando salió de su casa. Detuvo en la puerta y mirando al millonario le dirigió un último aviso.

—Recuerde-le advirtió —, que tengo el propósito de terminar con el peligro que le amenaza. Permanezca aquí, oculto. Regresaré más tarde, para indicarle lo que debe hacer.

La puerta se cerró. Irwin Langhorne se reclinó en su sillón. El millonario se frotó los ojos, perplejo. Parecía que esa noche acababa de suceder un milagro. La amenaza de «El Asesino» había sido en verdad extraña; mas comparada con las acciones de La Sombra, no era nada.

¡El rey de la oscuridad había partido a desafiar al rey de la muerte!

¡El as de la justicia y de la venganza se enfrentaba con el as del crimen!

CAPÍTULO XII

LA MUERTE DESCARGA UN GOLPE

UN taxi paró delante de la residencia de Irwin Langhorne.

Unos ojos agudos vigilaban desde la ventana del piso superior.

Eran los ojos de Jarvis, el secretario, que vigilaba y reconoció la figura rechoncha de su jefe.

Una pisada fuerte sonó en la escalera. Breves instantes después, una luz brilló en el despacho particular del millonario.

Jarvis, espiando en el pasillo junto a la puerta, escuchaba atento los sonidos procedentes del interior.

Un timbre repiqueteó. Enderezándose, Jarvis esperó un momento, y luego, abriendo la puerta, penetró en la oficina.

Vió a su jefe sentado a la mesa de escritorio. Observó el gabán y el sombrero echados encima de su sillón. Esto no tenía nada de extraordinario.

—Jarvis —dijo Langhorne, en tono de preocupación—, deseo hablarle sobre un asunto muy importante. He recibido estos días unas cartas de un origen desconocido. Desearía que usted las leyera, Jarvis.

—Muy bien, señor —respondió el secretario.

Irwin Langhorne introdujo la mano en el cajón de la mesa y sacó tres sobres.

Depositó el contenido en la mesa e indicó con un gesto a Jarvis que tomara asiento al lado. Los ojos del millonario fulguraban de una manera extraña mientras observaban al secretario estudiar el material.

La luz brillante del pesado candelabro que pendía encima de la cabeza de Irwin Langhorne reveló la expresión del rostro del secretario.

Quizá el mismo Langhorne no había notado nada extraordinario en el rostro del secretario; pero los ojos de La Sombra descubrían detalles que no eran visibles para otros.

Jarvis examinaba con fingida sorpresa las notas. Tardó varios minutos en levantar la cara para mirar a su jefe. Entonces los ojos de Irwin Langhorne se tornaron opacos.

—Esto es alarmante, señor-declaró el secretario.

—Esa es mi opinión-repuso el millonario con sequedad —. La cuestión es: ¿qué debo hacer?

—Es una amenaza peligrosa-continuó Jarvis —. Pone en peligro su vida. Ha cometido usted un error al mencionármelo. En verdad señor Langhorne, ya ha violado usted las condiciones del mensaje.

—En efecto —asintió Langhorne, seriamente—. Sí, Jarvis, tiene usted razón; no debería haberlo hecho. ¿Qué me aconseja que haga?

—Entregue el millón de dólares, señor. Considere la situación. Fíjese en los hechos. ¡Ese hombre llamado «El Asesino» tiene a usted en su poder!

—Así es —asintió el millonario—. No obstante, quizá encuentre algún medio de burlarle.

—No puede haberlo-protestó el secretario —. Siga mi consejo, señor. Destruya estas cartas. Piense que su vida vale más que el dinero. Puede pagar fácilmente un millón, seguramente no querrá sufrir la misma suerte que Enrique Bellew. Puede usted confiar en mí, señor Langhorne. Guardaré silencio.

—Es usted muy considerado, Jarvis-observó el millonario con frialdad —. No obstante, no abrigo la intención de seguir su consejo. Destruir estas cartas significaría destruir las pruebas del chantaje. No. Las conservaré.

Con una mano Langhorne fue a coger las cartas. Con la otra alzó el teléfono.

Contempló el instrumento.

Comentó con tono sarcástico:

—El teléfono de Bellew estaba empalmado a un alambre. Éste no lo está. Es extraño, ¿no es verdad, Jarvis?, que Bellew muriese en el intento en que desobedecería las instrucciones de «El Asesino». Sin embargo, yo ya le he desafiado al hablarle a usted y sigo con vida. Me pregunto, Jarvis: ¿qué sucedería si yo telefonease a la jefatura de Policía?

Tras estas palabras, el falso Langhorne alzó el receptor y oprimió el gancho.

Cuando la telefonista le respondió, el millonario llamó tranquilamente a la jefatura de Policía. Sus ojos, mirando con fijeza al teléfono, no parecían observar al secretario.

Éste se levantaba, como si estuviese alarmado, y retrocediendo lentamente hacia la pared, a un par de metros de la mesa, no apartaba la vista de su jefe.

La voz de Langhorne hablaba a través del alambre. Con un movimiento rápido, Jarvis puso una mano encima del conmutador de la luz que había en el rincón.

Lo oprimió con rapidez hacia abajo y hacia arriba, dos veces. Actuó con presteza, pero no había visto la mirada de soslayo del hombre de la mesa.

En el instante en que Jarvis iniciara un movimiento hacia el interruptor, el cuerpo de Langhorne se había incorporado del sillón. Enderezándose y estirándose arrojó una sombra grotesca sobre el suelo, a la luz deslumbrante.

Unas manos de acero hicieron presa en los hombros del secretario cuando oprimía por última vez el conmutador. El personaje de elevada estatura —ya no era Irwin Langhorne— apartó con violencia de la pared al secretario.

Jarvis, ligero de peso, cayó lanzado de cabeza hacia el mismo sillón donde estuvo sentado Langhorne, el súbito desplazamiento ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Jarvis fue lanzado con la velocidad de un meteoro hacia la mesa de escritorio. AL sonar el chasquido final del conmutador, respondió un chisporroteo desde el techo.

La habitación quedó sumida en una oscuridad total cuando el resplandeciente candelabro se desprendió del techo.

La masa de bronce y cristal cayó, verticalmente. El mango del enorme objeto fue al sillón de Irwin Langhorne. Su ocupante ya no se encontraba allí.

Mas cuando el macizo candelabro chocó estrepitosamente con la mesa, un horripilante grito de agonía hendió la oscuridad.

EL chillido partió de los labios de Jarvis. Arrojado violentamente a un lado por los brazos hercúleos de La Sombra, el secretario cayó de bruces sobre el sillón y la mesa.

¡Su cuerpo quedó aplastado bajo la masa que él desplomara para la destrucción de Irwin Langhorne!

Debajo del candelabro, el millonario había estado en poder de Jarvis, el ayudante de «El Asesino».

¡Mas La Sombra, en el lugar de Langhorne, se apartó a tiempo de la trampa mortal; Y actuando con la rapidez de un rayo arrojó a Jarvis a su muerte merecida!

Una luz brillaba en la habitación. La linterna sorda de La Sombra proyectó sus rayos sobre los esparcidos fragmentos de los cristales rotos.

El resplandor reveló el rostro de Jarvis, cortado y manchado de sangre en las ruinas del candelabro.

—¡Habla! —ordenó la voz siniestra de La Sombra—. ¡Habla! ¡Háblame de Thade! ¡«El Asesino»!

Los labios del secretario temblaron. Jarvis agonizante, no podía formar las palabras que acudían a su paralizado cerebro. El moribundo jadeó y su cabeza cayó inerte a un lado.

Sonaron gritos en otras partes de la casa. Varios criados subían precipitadamente la escalera para averiguar la causa del estruendo.

La luz de La Sombra extinguióse. Sus manos recogieron del sillón el gabán y el sombrero. Con paso rápido, el rey de la oscuridad salió precipitadamente de la habitación.

Al llegar los criados, encontraron el cuerpo de Jarvis aplastado bajo el candelabro. Vieron que el teléfono estaba desenganchado. Se imaginaron que el secretario estuvo usando el aparato.

La policía no tardaría en hacer acto de presencia, aunque los sirvientes lo ignoraban. La llamada telefónica llegó a la jefatura.

Los detectives respondían ya. Cuando llegasen ellos, como los criados, creerían que la muerte era accidental o imposible de esclarecer.

Pues las pruebas habían desaparecido.

La mano de La Sombra se había llevado los datos y los mensajes que Thade mandara a Irwin Langhorne. Esa noche La Sombra había desbaratado los planes de «El Asesino»; había frustrado la muerte que Thade proyectara para el millonario, si éste desobedecía las instrucciones.

Un criminal fue mandado a una muerte merecida. Sin embargo, a pesar de su victoria, La Sombra fue burlada una vez más en sus

incesantes esfuerzos para localizar a «El Asesino».

Los labios moribundos de Jarvis no confesaron lo que sabía del as de los asesinos.

De nuevo un sicario de Thade pereció en las manos de La Sombra. Descargó la muerte fulminante no sobre el vacío, sino sobre el cuerpo viviente de un hombre cuya confesión deseaba La Sombra.

La suerte ayudó a Thade esa noche, Jarvis, al ser lanzado y caer bajo el candelabro, murió. Sin embargo, hasta la suerte parecía ayudar a Thade.

El candelabro del despacho de Irwin Langhorne fue puesto allí con el propósito de matar. La operación especial del conmutador realizó su misión.

Ni Irwin Langhorne ni La Sombra, ninguno de los dos, cayó víctima del poder de Thade. No obstante, la masa asesina encontró una víctima: Jarvis.

Al fracasar, no serviría ni era de utilidad a Thade. Murió y no podía comprometer hablando.

La muerte descargó un golpe fulminante.

Realizó su labor tan seguramente como si la misma mano invisible de «El Asesino» la controlase.

CAPÍTULO XIII

LA SUERTE INTERVIENE

CUANDO La Sombra desempeñando el papel de Irwin Langhorne, conferenció con Jarvis, actuó de un modo que no había sido extraño en el millonario.

Pues éste era hombre que solía depositar su confianza en los que le rodeaban o en sus amistades.

Desde el instante en que su misterioso doble partió del Hotel Bastion, Langhorne empezó a meditar sobre la situación en que se encontraba; y, reflexionando, decidió buscar el consejo de alguno de sus amigos.

Pasando lista mentalmente a las personas que conocía, se le ocurrió un nombre que le impresionó. Este era Pablo Roderick.

Las dos eran amigos y durante los últimos meses discutieron con frecuencia asuntos de negocios cuando se encontraban en el Club Merrimac.

No se le ocurrió a Langhorne que Roderick podía ser el hombre culpable del peligro que le amenazaba. Ni por un momento asoció el nombre de Roderick con el de «El Asesino».

Un motivo era la confianza que el millonario depositaba en sus amigos; otra razón era la diabólica habilidad que Roderick exhibía en sus charlas y encuentros con Langhorne.

Al compilar la lista de las víctimas en perspectiva para las redes de Thade, <El Asesino>, Pablo Roderick obró con discreción. Conocía que existían muchos millonarios cuya fortuna consistía principalmente en valores que no podían convertirse rápidamente en dinero contante y sonante.

Por tanto, al elegir los nombres de Enrique Bellew e Irwin Langhorne, los dos que encabezaban la lista, Roderick se aseguró de

que ambos podrían reunir prontamente un millón de dólares.

Roderick señaló a Bellew porque tenía informes de él; escogió a Langhorne porque le había oído hablar de sus negocios.

Los negocios de importación de Langhorne eran muy importantes y Roderick astutamente se hizo amigo del hombre cuya vida Thade amenazaba.

En realidad, Langhorne tenía muchos amigos más íntimos que Roderick; pero mientras se encontraba solo, sentado en la habitación del Hotel Bastion, el millonario recordó que Roderick era un joven de sano criterio.

Este recuerdo hizo que olvidase la promesa hecha a La Sombra.

Quería alguien con quien hablar. ¿Por qué razón debía desconfiar de todo el mundo, simplemente, porque se lo dijera un desconocido? Ciertamente haría bien en consultar con Roderick.

Pensando de este modo, fue al teléfono y al responder el soñoliento encargado, dio el número del Club Merrimac.

El millonario averiguó que Roderick se hallaba en el club. Unos minutos después, conversaba con su amigo.

Las primeras palabras de Langhorne fueron para exigir la promesa de que Roderick no mencionaría a nadie lo que le iba a decir. El lugarteniente de Thade asintió.

El millonario añadió que estaba escondido en el Hotel Bastion y dio el número de su cuarto. Roderick le prometió ir a verle inmediatamente.

Un cuarto de hora más tarde, sonó un golpecito en la puerta de la habitación de Langhorne.

El millonario abrió la puerta y sonrió de alivio al observar el rostro de Pablo Roderick. Le invitó a pasar al cuarto.

—¿Qué sucede? —fue la primera pregunta del lugarteniente de Thade.

Brevemente y advirtiéndole de nuevo que guardase el secreto de la confidencia que le iba a hacer, Irwin Langhorne relató todo lo sucedido.

Describió las cartas recibidas de <El Asesino> y refirió su extraño encuentro en el fantástico personaje vestido de negro, que, transformándose, se había convertido en la imagen misma de Irwin Langhorne.

—Esto le parecerá fantástico, Roderick —observó el millonario

—, pero le aseguro que todo es verdad, a menos que yo haya perdido el juicio...

—Parece increíble—repuso su visitante—, la parte relativa a las cartas es comprensible; pero este fantasma que, según usted, le trajo aquí... ¿Está seguro de que no sufre algún desvarío?

—Estoy absolutamente seguro de que yo ordené el chofer que me llevase al Albion —insistió Langhorne—. Jamás había oído hablar de este Hotel Bastion. Ignoraba su existencia. Alguien dio la orden. ¡Alguien que luego resultó ser mi doble!

—¿Y dice usted que ese fantasma tenía el propósito de volver a su casa?

—Sí. Para frustrar los planes de «El Asesino».

—¿Quién está allí ahora?

—Varios criados. Jarvis, mi secretario, me representa.

—¡Ah! ¿Tiene usted confianza en Jarvis?

—Sí.

—En ese caso, quizá sería conveniente telefonearle—sugirió Roderick, suavemente—. Hable con cautela. Dígale que dentro de la casa se ha introducido un impostor. Esto me huele a un plan diabólico para perjudicarle a usted.

—Tiene usted razón, Roderick —exclamó Langhorne—. Tiene usted razón. Voy a telefonearle al instante.

EL millonario fue al aparato y llamó a su casa. Apareció perplejo al percibir la voz que hablaba desde el otro lado del alambre. Preguntó por Jarvis, y al oír la respuesta, sus preguntas fueron hechas lacónica y rápidamente.

El lugarteniente de «El Asesino», intrigado, observaba atentamente a Langhorne. El millonario colgó el receptor y se volvió hacia su amigo.

Exclamó:

—¡Jarvis está muerto! ¡Muerto! ¡La policía está en mi casa! ¡La muerte ha descargado un golpe!

—¿Qué le han dicho? —inquirió Roderick.

—¡El candelabro de mi oficina! —balbuceó Langhorne—. Se cayó y aplastó a Jarvis... en mi mesa de escritorio...

—¿Cuándo?

—Hace, un cuarto de hora. ¡Esto es terrible, Roderick! ¿Qué significa?

—Significa —replicó su amigo, tranquilamente—, que el individuo que fue a su casa es un asesino. Su regreso es inminente. Debe usted huir de él, Langhorne. Venga. Mi auto está fuera.

Irwin Langhorne se incorporó. Vió a Pablo Roderick dirigiéndose hacia la puerta. Iba a seguirle cuando le asaltó un pensamiento. Le vino como una inspiración extraña a su cerebro perplejo.

—¡Un momento! —exclamó—. ¡Está usted equivocado, Roderick! ¿Qué hacia Jarvis en mi mesa? El candelabro estaba colocado encima mismo. ¿Por qué motivo estaba husmeando allí Jarvis? ¿Qué hacía?

—EL otro individuo lo debió obligar —repuso su compañero—. El impostor, el hombre de quien usted debe escapar.

—El candelabro cayó-declaró el millonario—. Cayó sobre el sitio mismo donde tengo la costumbre de sentarme. ¡Eso no fue preparado para Jarvis! ¡No estaba destinado para él! ¡Esa muerte fue planeada para mí!

—¡Le digo a usted que fue el impostor! —afirmó Roderick, haciendo un esfuerzo para doblegar la voluntad de Langhorne—. ¡Él es quien ha matado a Jarvis! Le matará a usted...

—¿Que me matará a mí? —interrogó el millonario, con voz ronca—. ¡Pudo matarme aquí! Me dejó en paz; no me tocó. No soy ningún prisionero. ¡Él es el hombre que me salvó, Roderick!

—¡Venga! —ordenó su compañero.

Langhorne rehusó moverse. Miraba con fijeza a su amigo. Mirándole en los ojos, el millonario observó un brillo maligno.

—Peligro en mi casa —murmuró—. Peligro de un enemigo secreto. Estoy amenazado de muerte, si hablo. ¿Quién ejecutaría mi muerte? Alguien de mi confianza. Jarvis... iba a ser mi asesino... Él era el individuo designado por «El Asesino». —Tras una pausa, continuó:— Mi único amigo es el hombre que me trajo aquí. Me dijo que no informase a nadie. ¿Por qué? Porque sabía que me encontraba rodeado de enemigos. Eliminó a uno de ellos al encontrarse con Jarvis. El traidor cayó en la trampa preparada para mí. Más ¿qué he hecho yo?

»He llamado a usted, Roderick. Usted me ha aconsejado que no haga caso del consejo de mi único amigo. Trata de hacerme abandonar este lugar. ¡No me marcharé! ¡No quiero irme! ¡Permaneceré aquí! ¡Jarvis está muerto y los otros enemigos

morirán! Hablaré todo lo que sé...

Los ojos de Roderick brillaban malignos.

Langhorne lo vió. Lanzando un grito ronco, el millonario expresó el pensamiento que le asaltara de súbito.

—¡Usted es un traidor también! —gritó—. ¡Ahora lo veo! Las personas en quienes más confiaba, a quienes me dirigía primero... ¡Usted es un aliado de ese monstruo, «El Asesino»!

El lugarteniente de <El Asesino> tenía ya la mano en su bolsillo. Irwin Langhorne comprendió la acción.

Arrojando un grito salvaje, hizo un poderoso esfuerzo para doblar el brazo del traidor. La mano de éste apareció a la vista, empuñando un revólver.

Fieramente, Langhorne luchó con su adversario. Durante unos momentos, el ímpetu de su ataque contuvo a Roderick. Luego éste logró desasirse y apuntó el arma.

Disparó una vez cuando Langhorne se le abalanzaba encima. La bala dio en el blanco. El millonario, herido, siguió luchando con furia.

Roderick se apartó, tambaleándose, hacia la puerta. Volvióse y disparó otro tiro sobre el cuerpo de Langhorne, que se desplomaba.

Había hecho fuego por tercera vez, mas en la breve pausa que siguió a la detonación sintió ruido de pisadas en el recibidor.

Langhorne se había desplomado sobre el suelo. Creyéndole muerto, Roderick dirigióse hacia la escalera en el momento en que dos hombres cruzaban el recibidor.

En los escalones topó con un hombre que subía. Era Harry Vincent. Había estado sentado en la entrada, apostado, vigilando por si Langhorne, inesperadamente, intentara marcharse.

Pablo Roderick se lanzó sobre el joven ayudante de La Sombra. Harry cayó al esquivar el golpe del revólver.

Otros hombres ascendían la escalera. Roderick cruzó rápidamente el recibidor y salió a la calle. Nadie le interceptó el paso.

Subió a su automóvil antes de que sus perseguidores llegasen a la puerta. El coche descendió veloz la calle, alejándose del hotel.

El recibidor del Bastion estaba desierto. Hasta el soñoliento encargado había salido, corriendo, a la calle. Nadie vió al hombre del sombrero hongo que, unos minutos después, entró por la puerta

excusada.

El falso Irwin Langhorne regresaba. AL ver el recibidor desierto, sus ojos agudos brillaron súbitamente.

Ascendiendo con presteza la escalera, dio alcance a Harry Vincent que llegaba penosamente arriba. Asiendo el brazo de Harry, el hombre le condujo a la habitación de Langhorne.

El millonario yacía tendido en el suelo. Observó el rostro que se inclinaba sobre él, reconoció su fisonomía.

—Rod... —el moribundo jadeaba en los últimos estertores—. Red... Roderick...

Los labios iban paralizándose. No se movieron más. Enmudecieron. Irwin Langhorne estaba a las puertas de la muerte. Había posibilidad de reanimarlo, mas era demasiado tarde. De un momento a otro llegaría gente... tan sólo la persecución en la calle los había alejado momentáneamente. El gabán y el sombrero de Langhorne cayeron al suelo. El hombre que los había usado se acercó al armario. Cuando salió, unos segundos después, ya no era un hombre. Era un fantasma vestido de negro, un ser extraño y fantástico.

Era La Sombra.

—Venga —cuchicheó.

Empujó a Harry Vincent, sacándole de la habitación, y luego le echó hacia la escalera.

Comprendiendo, el joven ayudante se tiró al suelo, en el lugar donde cayera cuando Roderick le acometió. Debía desempeñar su papel atacado por el asesino. Algunas personas le habían visto caer.

Mas Harry tuvo suficiente tiempo para cuchichear un mensaje importante.

Había oído dos llamadas telefónicas durante el período que vigilara en el recibidor.

—Los números... están en el escritorio... el encargado los anotó...

La Sombra no esperó más. Conocía perfectamente que Irwin Langhorne debió llamar a alguien a su escondite. Descendiendo rápidamente, llegó al recibidor. Su elevada figura saltó el mostrador y desapareció bajo la barrera.

Varios hombres entraban en el recibidor: los que persiguieron infructuosamente a Pablo Roderick, el encargado y dos policías. Ascendieron, corriendo, la escalera.

En el instante en que se hubieron marchado, la figura espectral de la Sombra reapareció en la oscuridad, detrás del mostrador.

Una mano enguantada arrancó una hoja de papel de un bloque de notas.

La figura fantasmal pasó por el extremo del mostrador y, cruzando con paso rápido el recibidor, desapareció por la puerta excusada.

Varios minutos después, tres hombres descendieron la escalera. Uno era el encargado; el segundo un policía. El tercero Harry Vincent, aturdido aún.

Relataba su historia al agente. El encargado la confirmó. Había visto a Harry Vincent subir rápidamente la escalera después de oírse las detonaciones.

—Bien-dijo el policía, conduciendo a Harry a un butacón —. Necesitaremos de usted, si detenemos a su sospechoso. Quizá usted reconociera al asesino si le viese otra vez.

El encargado había vuelto a su mostrador. Se rascaba la cabeza.

—Me parece que olvidé anotar esos números —murmuró—. Tengo la costumbre de hacerlo. A veces me olvido. Llamaron dos veces, por teléfono desde esa habitación, esta noche.

Harry Vincent reprimió una sonrisa. Sabía lo que les había sucedido a esos números. Estaban en manos de La Sombra. ¡Era mejor que los tuviese su jefe que la policía!

Poco tiempo después, una luz emitió un chasquido en el santuario de La Sombra. Una mano blanca depositó una hoja de papel encima de la mesa.

Era el memorándum del encargado del hotel; las anotaciones de los números de los teléfonos del Club Merrimac y de la casa de Irwin Langhorne.

La mano escribió un nombre en otra larga hoja de papel. Un solo nombre, el nombre de Roderick. Era todo cuanto La Sombra necesitaba.

Un hombre llamado Roderick, un miembro del Club Merrimac. Era el asesino a quien La Sombra buscaba esa noche.

La luz se apagó. Una risa suave resonó en las tinieblas del santuario.

La suerte intervino de nuevo para ayudar a Thade, <El Asesino >

Irwin Langhorne había muerto, por su propia y necia desobediencia a las instrucciones de La Sombra.

Esa, muerte era lamentable. Significaba el comienzo de una nueva campaña de crímenes. Sería elegida otra víctima, precedida de muertes inútiles.

Mas la red de La Sombra se había estrechado. Había descubierto el nombre de un individuo íntimo de «El Asesino».

¡Antes de perpetrarse un nuevo crimen, quizá La Sombra hallaría el modo de atacar!

El rey de la oscuridad contra el as de los asesinos.

¡La Sombra contra Thade!

¡El terrible drama se aproximaba a su cenit!

CAPÍTULO XIV

CONFERENCIA DE MONSTRUOS

PABLO Roderick estaba de pie junto al enrejado que señalaba el escondrijo del ascensor secreto de Thade. Había tocado el timbre unos minutos antes; el zumbido del aire indicaba la llegada de la jaula descendente.

Entró en el ascensor, cerró el enrejado, luego las puertas y oprimió el conmutador secreto.

El aparato ascendió a través de las tinieblas, mientras Roderick murmuraba unas imprecaciones vagas. AL llegar a su destino, abrió presuroso la puerta y penetró en la antesala de «El Asesino».

La puerta negra con su calavera y huesos cruzados no despertaba ningún terror en el espíritu de Roderick. Una vez alzada la puerta, penetró en el interior. El entrepaño del otro lado de la antesala había sido levantado.

Thade, «El Asesino», se hallaba sentado tranquilamente en su sillón.

Roderick se aproximó sin formulismos. Iba a llevar el informe de una derrota, una serie extraña de circunstancias que frustraron los planes de «El Asesino». El rostro verdusco y luminoso de Thade se tornó ceñudo cuando éste observó la preocupación de su compinche. La voz dominante de Thade resonó antes de que su lugarteniente pudiese hablar. Interrogó:

—¿Qué sucede?

Roderick empezó su historia. Declaró:

—¡Un desastre! Nuestros planes contra Langhorne han sido desbaratados. ¡Langhorne está muerto! ¡Jarvis está muerto también!

—¿Ha errado usted en la realización de mis planes? —interrogó Thade, en tono duro e irritante.

—De ningún modo—replicó su compinche—. Por el contrario, todo se ha desarrollado de acuerdo con las instrucciones. Treffin desempeñó su papel a la perfección.

»Era indudable que Langhorne se hallaba atemorizado, dispuesto a aceptar las condiciones. Jarvis estaba presto a actuar. Mas intervino alguien.

—¿La policía?

—No.

—¿Quién?

—¡La Sombra!

La respuesta de Thade fue una risita de desafío. Lleno de ironía, exclamó:

—¡La Sombra! ¡La Sombra! ¿Qué puede hacer para perjudicarme? ¡Yo soy más poderoso que La Sombra! ¡Yo soy Thade, «El Asesino»! Dice usted que Langhorne y Jarvis están muertos. Muy bien. Thade los ha fulminado. Eso es un éxito. He castigado. Yo, Thade, «El Asesino».

Su compinche meneó la cabeza negativamente. La expresión de su rostro obligó a Thade a escucharle.

Roderick relató su historia.

Contó haber recibido la inesperada llamada de Irwin Langhorne; y cómo encontró escondido al millonario.

Mencionó la llamada a la casa de Langhorne y la respuesta que dieron: que Jarvis había sido muerto por el candelabro desprendido del techo.

A continuación describió la batalla que sostuvo con el millonario, al que tuvo que matar en el Hotel Bastion. Entre estos detalles, insertó los datos que había recogido relativos a un misterioso personaje vestido de negro que fue a casa del millonario, haciéndose pasar por él.

—Ese personaje es La Sombra —declaró—. Dejé a Langhorne moribundo en el hotel y tengo la convicción de que La Sombra regresaría. Por este motivo dejé el coche en un garaje y me vine aquí seguidamente.

Thade preguntó fríamente:

—¿Por qué tiene miedo de La Sombra?

—Porque conozco su habilidad—repuso su compañero—. Si La Sombra dispone de una sola pista, la sigue sin pérdida de tiempo.

Encontró el rastro de Vernon Quinley; localizó a Barcomb. Descubrió la relación existente entre la muerte de Bellew y los asesinatos en los trenes de Felswood.— Tras una pausa continuó: — Mas ahora ha llevado a cabo nuevas proezas. Averiguó que perseguíamos a Langhorne. No acierto a comprender cómo lo descubrió. Y habría salvado a Langhorne, de no ser por la estupidez de éste.

»Jarvis está muerto; Langhorne también. Pero yo vivo aún. Yo soy el que La Sombra perseguirá ahora. Por eso no le he facilitado la ocasión. Jamás puede saber que estoy aquí. Vigilará el Club Merrimac; intentará localizarme en mi piso. Mas no abrigo el propósito de volver a ninguno de estos dos lugares.

El rostro de Thade resplandecía de un modo siniestro. Y «El Asesino» comprendió la verdad de las palabras de su compinche. El poder casi sobrenatural de La Sombra no atemorizó al as de los asesinos.

En lugar de ello, le sirvió de estímulo para lanzar un nuevo reto. «El Asesino» había encontrado un adversario digno de su espada.

Mientras Pablo Roderick esperaba la respuesta de Thade, el rostro verdusco de éste adquirió un aire horripilante. Los labios, los ojos y la frente se fruncieron llenos de furia. La Sombra había osado inmiscuirse en sus planes.

Esto provocaría unas represalias terribles.

—¡La Sombra! —exclamó «El Asesino», con desdén—. Cree poder desbaratar mis proyectos. Constituirá una amenaza, es cierto. Mas sólo mientras mis planes tengan un límite. ¡Ha llegado la hora de sembrar el terror por todo el país!

»Asestaré un golpe que los espantará. Ha llegado el momento de descargar mi golpe maestro. Después de eso, Roderick, podrá usted circular libremente. El terror esparcido por Thade se hará sentir en todas partes. Podrá usted arrancar millón tras millón. Las riquezas caerán como fruta madura en nuestras manos. Nueva York será el escenario de este crimen local. Espantará. Será gigantesco.

Roderick quedó estupefacto. Esperó que su jefe continuase. «El Asesino» no era ningún loco. Cuando trazaba un plan, las medidas que tomaba no tenían ningún punto vulnerable.

Pablo Roderick contempló al monstruo del sillón. Sus ojos vagaron y se posaron sobre los gigantesos negros que obedecían

ciegamente sus órdenes.

Escuchó para oír las palabras que iban a pronunciarse.

—¡Asesinatos en gran escala! ¡Asesinatos en masa! —rugió Thade—. Ese es mi plan ahora, Roderick. Ha llegado la ocasión. Dentro de dos días...

—Quiere usted decir en Broadway...

Roderick intercaló las palabras cuando «El Asesino» hizo una pausa.

La respuesta fue una sonrisa feroz de Thade.

Roderick adivinó el colosal golpe que su jefe se proponía dar ahora.

—Sí —declaró «El Asesino»—. En esta ocasión no se dará ningún aviso. ¡Thade asestará golpe tras golpe! La muerte, desconocida e imprevista, descenderá sobre los que no la esperan. La muerte que sembrará el terror. Una muerte misteriosa, de origen desconocido.

El monstruo hizo una pausa y continuó:

—Esta noche, Roderick, ha matado usted por mí. En consecuencia, lo delego a usted para la misión de sembrar la muerte que sólo yo, Thade, puedo descargar. Usted, Roderick, y otro harán falta. Pero después de asestar el golpe, su ayudante no será ya necesario. Su muerte será conveniente.

Roderick sonrió ferozmente. Comprendió que su protección consistía en actuar como agente merodeador de Thade. Otros sicarios de «El Asesino» serían suprimidos, recompensados con una muerte fulminante. Mas Pablo Roderick viviría para compartir el botín del monstruo. Manifestó:

—Existe un solo hombre disponible, a menos que encuentre un subordinado nuevo. Ese individuo es Harlan Treffin.

—Servirá al efecto-sentenció «El Asesino».

—Iré a verle-declaró Roderick—. Esta noche.

—Espere-interrumpió Thade—. Es mejor que permanezca usted aquí esta noche. Mañana puede usted ponerse en contacto con el hombre que le ayudará. Esta noche debemos pasarla discutiendo el gran plan.

—Treffin telefonea a mi casa a las ocho de la noche-le manifestó su compinche—. Suele esperar una hora, si no recibe respuesta. Son las nueve ahora. Hasta mañana no podré conferenciar con él.

—Mas no desde su piso —aconsejó Thade—. No volverá usted

allá, Roderick. Deje que Treffin llame y no reciba respuesta. Usted, a su vez, puede telefonarle antes de las nueve.

Las palabras de «EL Asesino» eran sabias. Roderick lo estimó así.

Permaneciendo allí, estaba a salvo de La Sombra. Nadie más conocía el domicilio de Thade.

—Venga —ordenó éste.

Tras estas palabras, «EL Asesino» se incorporó y dirigióse hacia la antesala arrastrando su túnica verde por el suelo alfombrado.

Pablo Roderick continuó hasta el ascensor. Entró con «El Asesino».

Thade palmoteó. Roderick vió a uno de los negros aproximarse al sillón y tocar la palanca. Thade cerró la puerta del ascensor. El aparato ascendió un momento después, impulsado al tocar el negro un conmutador distante.

El ascensor paró en el piso superior. Thade abrió las puertas y condujo a su compañero por un estrecho corredor, del cual el ascensor constituía una extensión.

Roderick había estado allí antes.

Sabía que las puertas de la izquierda daban a los laboratorios de Thade. Las de la derecha daban a la vivienda.

Thade abrió una de las puertas de la derecha y Roderick siguió a su siniestro jefe hacia un gabinete pequeño pero amueblado exquisitamente.

El aposento estaba empapelado de color verde. La alfombra era verde y los muebles estaban tapizados de mismo color.

Unas figuras fantásticas de animales, de jade verde, constituían los ornamentos.

Thade señaló con un gesto un sillón. Roderick tomó asiento y dirigió una mirada a su jefe. Presintió que en esta conferencia oiría alguna cosa extraordinaria.

—Ha llegado la hora —declaró «El Asesino»—. Ha llegado la hora de actuar en una escala gigantesca. Hasta ahora, Roderick, le he explicado muy poco sobre mis planes. Esta noche lo revelaré todo.

Siguió una breve pausa. Continuó:

—Para mí, la vida es inútil, baldía. He pasado muchos años víctima de la pobreza y la desgracia. Envejecí prematuramente. Era un joven viejo. No era yo Thade entonces. Me llamaba Luciano

Olvey y la gente se reía de mis hombros encorvados y rostro marchito. —Thade hablaba en voz meditabunda. Siguió:— Examinemos a Luciano Olvey, pues era un pobre necio cargado de ilusiones. Estudió la composición de los venenos y los gases mortíferos. Más aún, ideó algunos medios asombrosos para transmitir y utilizar esas fuerzas. Realizó muchos experimentos con diversos animales vivos. Luego, Luciano Olvey se dedicó a la preparación de algunos recipientes que no dejarían rastro de su contenido. Se dirigió al gobierno. Le ridiculizaron. La labor de su vida había terminado. Luciano Olvey se dispuso a morir. ¿La muerte? Era un problema sencillo para Luciano Olvey. Había llegado a creer que la vida carecía de valor. En su tosco laboratorio, no tenía más que abrir un grifo o inyectar una aguja; esto sería el fin, fue entonces cuando Luciano Olvey se consagró a la muerte.

Thade hizo una pausa y una sonrisa siniestra apareció en sus labios, que aun mantenían un brillo verde a la luz opaca de la habitación.

—¡La muerte! —cloqueó el hombre de la túnica—. Luciano Olvey podía considerarse muerto. Dejó de existir. Una feliz inspiración detuvo su mano, una inspiración provocada por el espectáculo de aquellos inventos que le rodeaban. Este mundo no tenía un puesto para Luciano Olvey. ¡Pero tenía uno para un ser poderoso que podía sembrar la muerte a placer!

»Luciano Olvey desapareció de aquel laboratorio. Desde entonces, es un ser nuevo. Había encontrado un nombre: Thade, El Asesino». ¡Thade, al que usted ve ahora delante suyo!

»Adquiriendo dinero mediante un plan de muerte sutil, yo, Thade, tomé ésta casa. Continué los inventos de mi antecesor, los inventos mortíferos de Luciano Olvey. Veneno concentrado en proyectiles que estallan sin dejar rastro. Funcionó en Felswood. Gases letales, comprimidos en tubos que luego se evaporan. Funcionaron en Manhattan.

»Otros dispositivos eran inventos ingeniados que servían de accesorios. Han formado parte de los proyectos de Thade. Como usted sabe, Roderick, mi objetivo es adquirir grandes riquezas. He trazado los planes pertinentes para conseguirlas. Después de adquirir mis millones, yo, podría desencadenar un huracán de destrucción sobre un mundo confiado e ignorante.

»Mi campaña contra Bellew era solamente un experimento de terrorismo. Conocía que el experimento estaba en la balanza: que podría proporcionar mi millón de dólares o exigir una muerte a guisa de ejemplo. Mi objetivo quedó interrumpido por ese individuo que usted llama La Sombra.

»Así, ahora esparciré la muerte en gran escala. ¡La muerte que dejará recuerdos! ¡Una muerte que no se olvidará fácilmente!

»Usted ha sido testigo de mi poder, Roderick. Ese traidor que está ahí abajo —continuó en tono sarcástico refiriéndose al desgraciado que yacía enterrado debajo del suelo de la guarida— tardó meses en morir mientras yo calculaba los gases que penetraban en su ataúd de tapa de cristal. Anoche le dejé morir. Ya no le necesitaba más. Será fácil sustituirlo, si es necesario.

»Pero usted no ha visto nada, Roderick. Aun dando rienda suelta a su fantasía, no podría imaginarse la grandiosidad de sus planes para desencadenar un huracán de destrucción. Sin embargo, es lo más sencillo del mundo. Tan sencillo, que requiere tan sólo mi mínimo de aparatos. He reservado este método, Roderick, para realizar un proyecto asombroso de muertes.

»Yo, Thade, pasaré a la historia. Mi plan hará historia. Sin embargo, mi cerebro y mi mano permanecerán invisibles. Usted, Roderick, me ayudará con Harlan Treffin, su subordinado. Venga. Quiero mostrárselo todo.

«El Asesino» abrió la marcha en dirección del laboratorio. Los dos hombres estaban solos en una sala de paredes verdes, entre mesas y bancos verdes, llenos de botellas y frascos verdes. Con una sonrisa feroz en su rostro marchito, el monstruo de túnica verde expuso sus últimos planes criminales.

Su lugarteniente escuchó pasmado de asombro.

¡Y mientras las palabras siniestras sonaban en sus oídos, el asesino de Irwin Langhorne se convenció de que nadie, ni siquiera el temible personaje conocido por el nombre de La Sombra, podía enfrentarse victoriosamente con Thade, «El Asesino»!

CAPÍTULO XV

LA NOCHE SIGUIENTE

UNA llave chirrió en la puerta del piso de Pablo Roderick.

Una figura alta borró la luz del recibido la puerta se cerró suavemente y los rayos diminutos de una antorcha eléctrica trazaron un círculo entorno de la habitación.

Una mano invisible oprimió el conmutador de una lámpara de mesa. Un resplandor tenue iluminó el rincón del gabinete de Pablo Roderick.

La raya de luz reveló la forma oscura de una figura alta y vestida de negro.

Los pliegues de una capa cubrían los hombros del desconocido. Las alas de un flexible sombrero le tapaban las facciones.

La Sombra había llegado.

Pablo Roderick tuvo razón al expresar su temor de que La Sombra le buscaría. El jadeo agonizante de Irwin Langhorne y la anotación de los teléfonos que encontrara en el escritorio del encargado del Hotel Bastion fueron pistas suficientes para que La Sombra siguiera el rastro del asesino del millonario, investigando en el Club Merrimac.

A continuación se dirigió hacia el piso de Roderick. El ojo agudo y escudriñador de La Sombra observó que el pájaro había volado. Una risa suave esparció sus ecos por la habitación.

La huída del lugarteniente de «El Asesino» fue precipitada. Era evidente que no había regresado a su piso. Roderick era la clave que ayudaría a localizar al extraño monstruo que se llamaba a sí mismo Thade, «El Asesino».

Estando Roderick en el piso, podía haber contestado, bajo presión, algunas preguntas. Ausente era inútil. Mas en alguna parte

podría haber una pista que permitiría a La Sombra continuar la búsqueda del desaparecido.

El reloj de la repisa de la chimenea del gabinete marcaba las ocho menos veinte cuando La Sombra inició un examen silencioso y metódico de las habitaciones del piso.

Los cajones de la mesa se abrían casi por su propio acuerdo. Las cartas y papeles fueron examinados por un ojo experto. La investigación terminó al fin.

El reloj tocó las ocho. El tintineo de las horas pareció culminar las pesquisas de La Sombra. No había descubierto ni el menor rastro de Thade «El Asesino».

En un rincón había una mesita con un teléfono. De una serie de listines, La Sombra levantó uno, marcado Long Island. Sujetado por una mano enguantada, con el lomo hacía abajo, el listín osciló hasta que sus páginas partieron en dos direcciones.

El listín se había abierto presentando nombres que empezaban con la letra Q. La risa de La Sombra sonó suavemente. En una de esas páginas apareció el nombre, de Vernon Quinley.

Pablo Roderick fue quien llamó a Quinley, la noche de la explosión del garaje. Harry Vincent mencionó en su informe una llamada telefónica.

El origen de la llamada resultaba evidente ahora. Roderick usó ese listín en diversas ocasiones para mirar el número de Quinley, absteniéndose prudentemente de anotar el número de Felswood.

Por ese motivo, el listín, sostenido en equilibrio por una mano cuidadosa, se abrió en el lugar donde el lugarteniente de «El Asesino» consultara con frecuencia; la operación que había tenido éxito con un listín podía tenerlo con otro.

La mano de La Sombra levantó el listín marcado Manhattan y lo sostuvo con el mismo cuidado equilibrio. Las páginas revolotearon dudosamente.

Los ojos agudos las observaban; y la mano desempeñó su papel en la cuidadosa operación. El listín vaciló finalmente, y abrióse en un lugar determinado. Los nombres de las dos páginas empezaban con las letras TR.

En el margen de la página de la mano derecha aparecía una ligera señal.

Indicaba el lugar donde un pulgar oprimió. Los ojos de La

Sombra recorrieron la columna de nombres. Observaron un hecho significativo.

Una docena de nombres de la columna mostraban trazas de haber sido consultados. No estaban marcados por la huella de un dedo, pero la tinta impresa aparecía algo sucia. Pablo Roderick, al buscar determinado nombre, pasó el dedo sobre esta columna, dejando una señal delatora.

Cuidadosamente, La Sombra observó los últimos nombres. El antepenúltimo del grupo era Harlan Treffin. El dedo, al detenerse, tapaba los dos últimos.

Este nombre, Harlan Treffin, era el más probable. No obstante, no era posible eliminar totalmente a los otros.

Aquí aparecía, a lo menos, un hombre con el que Pablo Roderick estuvo en contacto hacía poco.

La Sombra buscaría datos relativos a ese individuo. Había llegado a un punto importante en su búsqueda. Un hecho inesperado precipitaría su actuación inmediata.

El teléfono comenzó a repiquetear. La Sombra alargó el brazo y asió el instrumento con sus manos enguantadas.

Levantando el receptor, habló en tono cuidadoso. No era la voz de Pablo Roderick, que La Sombra no había oído nunca. Pero por el teléfono transmitió una nota lejana que no extrañó al locutor del otro extremo del hilo.

—¡Aló! ¿Roderick?

—Sí.

—Soy Treffin. ¿Quiere verme esta noche?

—Sí; solo.

—Ciertamente. Estoy solo en mi casa. ¿Subirá usted?

—Sí. Espere a que yo llegue.

—Muy bien. Llamé anoche, pero no hubo respuesta. Aguardé hasta las nueve, esperando noticias tuyas. Estaré aquí.

La Sombra salió del gabinete en cuanto hubo terminado la conversación. No había tiempo que perder. Las palabras finales de Harlan Treffin revelaban el acuerdo que tenían él y Pablo Roderick.

Si Treffin, al llamar, no recibía respuesta, debía esperar hasta recibir noticias de Roderick.

En consecuencia, Roderick podría llamar a Treffin en cualquier instante, entre ocho y nueve. Era una carrera contra el reloj. Debía

llegar a la casa de Treffin antes de que Roderick pudiese telefonar desde algún lugar desconocido.

El chofer de un taxi se sorprendió al encontrar que tenía un pasajero. Una voz habló por la ventana, entre la parte delantera y el interior del vehículo.

Ordenó que le condujera con toda rapidez a unas señas de la parte alta de la ciudad: el número de la casa de Harlan Treffin que La Sombra tomara del listín de teléfonos.

El chofer, esperando una buena propina, respondió. Aprovechó un momento en que el tráfico se ponía en marcha en una Avenida y se lanzó a una velocidad suicida. Un cuarto de hora más tarde, el taxi paró en seco delante de la casa.

Un billete de cinco dólares revoloteó en la mano del chofer. El pasajero había desaparecido.

El chofer arrojó una mirada a lo largo de la calle. Encogiéndose de hombros se embolsó el dinero y se alejó.

Al parecer, un fantasma había sido su pasajero esa noche. ¿Por qué había de preocuparse, siempre que los fantasmas pagasen con billetes de cinco dólares y no pidiesen el cambio?

El chofer, al recorrer la calle con la vista, no se fijó en la puerta de Harlan Treffin. Fue allí adonde La Sombra se dirigió. Su capa negra ocultó su silueta contra la oscuridad de la puerta.

Una mano enguantada trabajaba con un instrumenta de acero. Apenas se había alejado el taxi cuando la puerta principal de la casa de Harlan Treffin se abrió y La Sombra, penetró en el lóbrego recibidor.

Una luz ardía en una habitación trasera.

Deslizándose con rapidez por el suelo, La Sombra se aproximó a la puerta que estaba abierta. Su mano enguantada surgió de debajo de la capa.

Empuñaba una pistola automática de grandes dimensiones. Unos ojos agudos escrutaron a través de la puerta. Harlan Treffin hallábase sentado delante de una mesa, al otro lado del aposento.

Tenía la cabeza entre las manos. Meditaba profundamente. La luz provenía de unos brazos de la pared, no de la lámpara de la mesa, junto a la lámpara veíase un teléfono.

Breves instantes después, Harlan Treffin, al levantar de pronto la cabeza, se encontró mirando en el cañón de una pistola automática.

Más allá de la pistola, vió unos ojos fulgurantes que escudriñaban desde debajo del ala de un sombrero negro. Una figura de elevada estatura vestida de negro se había materializado como por arte de magia en la habitación.

Un grito de sobresalto agonizó en los labios de Treffin. Adivinó la amenaza de la figura fantasmal que tenía delante. El temible vengador de la noche presentaba un aspecto capaz de aterrorizar al hombre más valeroso.

Harlan Treffin ni siquiera pudo balbucear su espanto.

—Harlan Treffin-dijo el fantasma, en tono frío —, he venido a interrogarle esta noche. Hable cuando se lo mande. Dígame lo que sepa de Thade, «El Asesino».

Una expresión de animal acorralado apareció en la mirada de Treffin.

Intentó desviar la vista, pero los ojos fulgurantes de La Sombra le aterrorizaron. Automáticamente, contra su voluntad, movió la cabeza en señal afirmativa, indicando estar dispuesto a obedecer.

Preguntó La Sombra:

—¿Ha visto a Thade?

—Sí —murmuró Treffin—. Le he visto.

—¿Cuándo?

—En su casa.

—¿Cuáles son sus señas?

—Lo ignoro.

La respuesta plañidera de Treffin indicaba que el espantado individuo decía la verdad.

La Sombra adivinó el motivo de la ignorancia del hombre y le sometió a una prueba.

—¿Quién le condujo allí?

—Pablo Roderick —balbuceó Treffin—. Me narcotizaron. Ignoraba... adónde iba...

El teléfono empezó a repiquetear.

La voz de La Sombra ordenó con rapidez:

—Conteste si es Roderick, diga simplemente que usted llamó a las ocho y no obtuvo respuesta.

Treffin alargó débilmente el brazo en dirección del teléfono. Su mano vaciló mientras el repiqueteo continuaba.

—¡Obedezca!

El mandato de La Sombra animó a Harlan Treffin, el hombre ganó valor para la tarea de contestar al teléfono. Poseído de espanto, pareció recobrar los sentidos al oír la orden de La Sombra. Levantó el receptor y habló.

—Diga... Sí, soy Harlan Treffin... Ah, Roderick. ¡Si le llamé esta noche...! Usted no estaba allí...

Treffin escuchó mientras Roderick hablaba. Un aire de sobresalto apareció en su rostro. Con la mano izquierda, La Sombra lo arrebató el teléfono.

El hombre se desplomó pasmado en su asiento al escuchar cómo La Sombra continuaba la conversación en una voz que era una extraordinaria imitación de la suya.

Inquirió el rey de la noche:

—¿Qué dijo, Roderick?

—Preguntaba si había encontrado alguna cosa inusitada —respondió una voz firme a través del hilo—. Ninguna señal de... perturbación.

—En absoluto —respondió La Sombra, en la voz de Treffin.

—Quiero verle, entonces-repuso Roderick —. No se mueva de donde está. Llegaré antes de media hora. Hay que realizar otro trabajo, Treffin, y esta vez-la voz se tornó suave-se beneficiará usted. ¿Comprende?

—Perfectamente-respondió La Sombra, tranquilamente —. Le esperaré, Roderick.

Durante la conversación, ocupando el puesto de Treffin, La Sombra no le perdió de vista ni un instante. La pistola seguía encañonando a Harlan Treffin.

Terminada la conversación telefónica, el fantasma de la noche se convirtió en una nueva amenaza para el sicario de Roderick.

Era evidente que tenía el propósito de continuar el interrogatorio.

Cuchicheó animosamente:

—¿Qué le exigió Thade a usted?

—Nada... nada.

El conato de mentira de Treffin provocó la risa de La Sombra. La elevada figura de negro se tornó más siniestra, al advertir que estaba enterada de todos sus actos.

—¡Miente, Harlan Treffin! —declaró el fantasma de negro—.

¡Thade le mandó depositar tres objetos mortíferos debajo de unas cajas de teléfono! ¡Usted provocó la muerte de tres hombres inocentes!

El acusado se tapó el rostro con las manos. Las palabras acusadoras de La Sombra quebrantaron su moral. ¡La figura espectral estaba enterada!

La Sombra continuó, inexorable:

—Es usted un asesino, aunque obedeciera dictados ajenos. ¡Hable! ¡Dígame por qué obedeció el mandato de Thade!

Frenéticamente Harlan Treffin apartó las manos de la cara. Miró en los ojos de La Sombra, mas su mirada era la de un loco.

Oyó las palabras de acusación de La Sombra pero, en su mente, veía el horrible espectáculo que yacía en sus ojos en la guarida de Thade, «EL Asesino».

—¡Yo puedo morir-exclamó —. ¡Yo puedo morir! Pero no del modo que vi; no del modo que vi al hombre... al hombre que Thade estaba matando... por grados...

Las manos de Treffin estaban sobre la mesa, crispadas e impotentes. Un espasmo convulsivo sacudió el cuerpo del desgraciado. El recuerdo de la muerte que Thade podría infligirle hízole caer de cara sobre la mesa.

Extendió los brazos. Se hallaba indefenso, impotente. En aquel momento, en su estado delirante, no pensaba en resistir y La Sombra lo sabía. El fantasma de la noche esperaba que Treffin se recobrara de su susto momentáneo.

Después, el interrogatorio tendría éxito. La Sombra había esperado este colapso temporal.

Mas, mientras yacía inerte, Harlan Treffin sintió una sensación vaga.

¡Su mano tocaba un metal frío, la base de la lámpara que había encima de la mesa! El súbito contacto le trajo una esperanza; aunque temía mucho a Thade, «El Asesino», Treffin estaba convencido de que era imposible escapar de él.

Sus dedos temblorosos palpaban el conmutador secreto situado en la base de la lámpara. ¡Esto será la muerte del fantasma Thade para un caso de grave peligro como el presente!

Roderick llegaría pronto. ¿Encontraría a un traidor o encontraría que él había seguido al pie de la letra las instrucciones de Thade?

Treffin levantó la cara, sonriendo. Sus dedos oprimieron el conmutador de la lámpara. ¡Esto será la muerte del fantasma interrogador que intentaba burlar a Thade!

En un instante La Sombra lo notó todo. La rápida recuperación de Treffin imposibilitaba de impedir el propósito del hombre. Era demasiado tarde para detener aquellos dedos. La Sombra retrocedió, alejándose de la mesa, y se tiró al suelo para escapar del nuevo instrumento mortífero de Thade.

Al toque de Treffin, el centro de la lámpara se abrió y una nube de vapor verdusco salió silbando en un súbito chorro. La rociada del vapor cubrió un radio de metro y medio. Remolineando y extendiéndose, los gases se desvanecieron en la atmósfera del aposento.

La Sombra se había apartado de la rociada tóxica, pero Harlan Treffin se encontraba dentro de su radio. Destinado a aniquilar todo cuanto estuviera a un metro de la lámpara, los gases tóxicos realizaron su misión.

Como prueba de su poder mortífero, Harlan Treffin yacía agonizante sobre la mesa. Tras un breve y final estertor de agonía, quedó muerto.

Thade, «El Asesino», había asestado otro golpe. Barcomb... Quinley... Jarvis... y ahora Treffin. Estos sicarios de Thade fueron sacrificados.

Todos ellos, al confiar en «El Asesino», ayudaron al monstruo. De nuevo la muerte se burló de La Sombra.

El rey de la noche profirió una carcajada. Sus ecos siniestros flotaron por la habitación y se desvanecieron tan misteriosamente como los gases verduscos de Thade.

Harlan Treffin, un asesino, yacía muerto. Antes de su fallecimiento había confesado que ignoraba el paradero de su jefe, «El Asesino».

¡Más aunque Treffin no le servía ya a Thade, sería útil para La Sombra!

¡Thade lamentaría muy pronto esta muerte! Pues Harlan Treffin había servido de guía a La Sombra, para localizar a Pablo Roderick.

¡Roderick era el lugarteniente de Thade, y en estos momentos se dirigía a hacer una visita a Treffin!

Mediante un subterfugio, y no una amenaza, La Sombra podría

ahora desbaratar los planes de Thade, «El Asesino». La risa silbante profetizaba una actuación rápida. Antes de que sus ecos se hubieran desvanecido, La Sombra trabajaba.

Inclinándose sobre el rostro de la última víctima, el fantasma de la noche estudió las características de la cara de Treffin. Los guantes negros fueron sacados de unas manos largas y blancas.

El girasol fulguró mientras unos dedos cuidadosos echaban atrás el flexible negro y oprimían las facciones que aparecían debajo.

Un cuarto de hora más tarde, un hombre se hallaba sentado a la mesa. Los costados de la lámpara mortífera estaban cerrados.

El cadáver de Harlan Treffin había desaparecido. La puerta cerrada de un armario no señalaba el hecho de que el muerto fuera escondido allí por La Sombra.

Pues el hombre de la mesa parecía ser el dueño. ¡En todas sus características, en todas sus facciones, el hombre viviente era Harlan Treffin!

Lo mismo que en el caso de Langhorne, La Sombra ahora había ocupado el puesto del muerto, como ocupara antes el del vivo.

Pablo Roderick no sufriría una decepción esta noche. Encontraría a Harlan esperándole, dispuesto a escuchar sus palabras y obedecer sus órdenes.

¡La Sombra, el rey del disfraz, estaba preparado!

CAPÍTULO XVI

POR ENCIMA DE BROADWAY

A las diez de la mañana siguiente, Pablo Roderick desayunaba en el comedor de un hotel de la parte alta de la ciudad.

El elegante deportista estaba sentado junto a una ventana, y cuando sus ojos observaron el aspecto sombrío de un día nublado, sus labios dibujaron una sonrisa.

En opinión de Roderick, era un día excelente. No es que el tiempo dificultase los planes trazados por Thade; pero existían razones para que una mañana opaca fuese mejor que una brillante o lluviosa.

El lugarteniente de «El Asesino» leía un periódico mientras desayunaba. La primera página estaba llena de fotografías. El crimen no constituía el tema.

La noticia importante del día era el recibimiento apoteósico que se preparaba a cuatro hombres que habían hecho historia en la aviación, un cuarteto de aviadores intrépidos a cuya cabeza iba el comandante Allan Hughes, de la Marina de los Estados Unidos.

Los aviadores llegaban a Nueva York de regreso de un vuelo alrededor del mundo. La revista en su honor constituiría uno de los recibimientos más grandiosos que se habían hecho hasta el presente.

No sólo desplazarían los héroes del aire; tres gobernadores de grandes Estados estarían presentes, acompañando al alcalde de Nueva York.

El ministro de Marina asistiría también con cuatro almirantes.

Roderick había pasado la noche en su hotel. Ese día debía cumplir un deber importante. Sonrió al pensar en la sencillez de los planes que Thade, «El Asesino», había preparado.

Los periódicos no llevaban noticias de crímenes. No obstante, al

día siguiente sería distinto... ¡Aparecerían noticias sensacionales!

Pablo Roderick había procedido con la mayor cautela desde su partida del domicilio de Thade, ayer tarde. Los planes incluían tal cautela.

Tras una conferencia con Treffin, para darle unas simples instrucciones, quedó libre hasta la hora marcada.

La posibilidad de que Treffin sufriese algún contratiempo durante los preparativos preliminares constituía el único peligro. Pero Roderick no creía que surgiese alguna dificultad. ¡Treffin mismo ignoraba lo que sucedería!

En esto consistía el mérito del plan genial de Thade. Hasta que Roderick acudiese a la cita en un lugar determinado, Treffin estaría completamente a oscuras.

Terminado el desayuno abandonó el hotel y se dirigió tranquilamente hacia Broadway. Ya las multitudes se reunían en espera de la fiesta para rendir un tributo de homenaje a los héroes del aire.

Varias escuadrillas de aeroplanos trazaban círculos sobre la ciudad. Los neoyorquinos levantaban la vista para contemplar el gigantesco dirigible Akron, cuando sus motores ronronearon sobre Manhattan.

Roderick sonreía aún cuando entró en la estación del «metro» en Times Square. Podían suceder muchas cosas entre el comienzo del desfile, en Battery, y su llegada a la parte alta de Broadway.

Para los millones de personas que componían la masa de la población de Nueva York, el desfile constituía una fiesta de gala. Para una, para Pablo Roderick, sería una ocasión para exhibir el genio de Thade, «El Asesino».

Cuando Pablo Roderick salió del «metro», encontró las aceras atestadas de gente, esperando presenciar el desfile. Faltaba una hora aun. Roderick continuó sonriendo.

Penetró en un rascacielos destinado a oficinas y tomó el ascensor para ir al décimo piso. Atravesó un pasillo y se detuvo delante de una puerta que ostentaba el número mil veintiocho. Llamó suavemente tres veces.

Una mano cautelosa abrió la puerta.

Roderick penetró en el interior y cerró la puerta tras sí. Volvióse para ver el rostro de Treffin.

Preguntó:

—¿Está todo preparado?

—Todo está aquí—fue la respuesta—. Recogí los paquetes tal como me dijo usted. Están en la oficina.

—Bien —aprobó Roderick.

Abrió la marcha en dirección de la pieza que indicara Treffin.

Varios paquetes sin abrir, de acuerdo con las instrucciones de Roderick, yacían por el suelo. Había ordenado a Treffin que recogiera los paquetes en determinadas consignas y los llevase allí intactos.

Roderick lanzó una mirada por la ventana. La curva de la calle Broadway mostraba las paredes llenas de ventanas iluminadas en los costados de los rascacielos. Los elevados edificios tapaban la luz y ensombrecían la calle.

La oficina, sin luces, era poco visible. Lo que sucediera, sólo Roderick y su compañero lo sabrían.

A una orden del lugarteniente de «El Asesino» Treffin comenzó a abrir los paquetes. Estaba sumiso, lo cual agradaba a Roderick. Treffin había ejecutado una misión que le asignara Thade. El servicio de entonces era aún más fácil, pues Treffin no tenía ni remotamente una idea de su finalidad.

Bajo el ojo de Roderick, trabajaba gustosamente.

Roderick recordó la noche anterior. Visitó a Treffin entonces y le dio instrucciones. El individuo resultaba útil; más adelante no harían falta sus servicios. Había insinuado una recompensa. Thade no concedía más que una clase de recompensa: la muerte. Roderick sonrió.

El contenido de los paquetes resultó ser un surtido extraño de artículos.

Uno parecía ser un extintor de incendios. Había, además, una serie de piezas de tubería. Una manguera y dos botellas conteniendo un líquido verdusco eran los artículos finales de la colección.

Roderick unió los trozos de cañería formando un tubo largo. Otro tubo fue encajado en el centro del largo, extendiéndose, perpendicularmente.

Acto seguido, alzó la ventana un poco y colocó el tubo largo, entre el bastidor y el antepecho. ¡La presión de la ventana impedía

que el tubo cayese!

Escudriñando a través del cristal, observó a una serie de agujeritos a lo largo del borde del tubo que descansaba sobre el antepecho de la ventana. Estaba de acuerdo con las instrucciones de Thade.

Abrió una de las botellas. Inclinandola con gran cuidado, vertió un líquido gomoso en la sección proyectante del tubo. Para ejecutar esta operación, alzó la ventana un poco; luego ajustó fuertemente el bastidor.

Durante esta operación, estuvo agachado junto a la ventana. Ahora se comprendía por qué se alegró de que el día estuviese nublado. Sus actos no podían ser observados, desde las ventanas del otro lado de la calle.

La habitación, a la luz opaca del día, no era más que una masa de negrura.

El tubo instalado debajo del bastidor de la ventana era de un color opaco y resultaba invisible. A diez pisos de altura, esta ventana era una de varios centenares del mismo edificio.

Introducida la sustancia gomosa en el tubo, Roderick ajustó la manguera de caucho al tubo metálico proyectante. Llevó el extremo de la manguera al extintor de incendios.

Este aparato resultó ser un objeto camuflado, pues al destornillarse el extremo apareció un pequeño depósito en el interior. En el fondo del depósito había numerosos agujeritos, taponados metálicamente debajo.

Roderick destapó cuidadosamente la segunda botella. Indicó con un gesto a Treffin que se alejara mientras él vertía el líquido en el recipiente. Tapó el falso extintor.

Luego tapó la botella para que no se perdiera la pequeña cantidad de líquido sobrante. Terminados los preparativos, volvióse para hablar a Treffin.

—¿Ha estado aquí desde las nueve? —le preguntó.

Treffin movió la cabeza en señal afirmativa.

—Muy bien-aprobó Roderick—. Quería que estuviese usted aquí temprano.

»Estamos ya listos para trabajar, Treffin. Voy a practicar algunas observaciones desde la ventana de la oficina contigua. Cuando le dé la señal, gire la válvula. Esto parece un extintor de incendios, pero

no lo es. Es un depósito de aire comprimido.

Objetó Treffin.

—Usted puso líquido dentro.

—En efecto —explicó Roderick—. Voy a ocuparme de eso ahora. La rueda —se volvió al hablar-abre el fondo del depósito. El aire comprimido absorberá el líquido.

Un burbujeo ahogado surgía del depósito de aire comprimido. Roderick no prestó atención al fenómeno. Continuó hablando.

Dijo:

—Tan pronto como hayamos terminado, quiero que saque el depósito y lo cuelgue en la pared de esta habitación. Pasará por un extintor de incendios vacío. No lo necesitaremos más. Luego entre el tubo y desmóntelo. Guarde las piezas en el estante superior del armario de esta habitación.

»He tenido alquilada esta oficina desde hace mucho tiempo, Treffin. Ignoraba, como usted, para qué serviría. En realidad, usted ni siquiera conocía su existencia hasta hoy. Pero bien pronto prestará usted su servicio. Espere hasta que reciba mi primera orden.

Tras estas palabras, recogió la última botella que había usado. La sacudió suavemente sonriendo al oír el burbujeo del líquido en el interior.

Recogió los papeles con que habían estado envueltos los paquetes y se los llevó, con la botella, a la otra oficina. Treffin se sentó en una butaca a esperar su regreso.

Abriendo la ventana, Roderick depositó la botella en una mesa; luego escudriñó Broadway. No le importaba ser visto allí. Era uno de tantos espectadores.

El cielo, gris y las paredes opacas de los rascacielos parecían incoloras hasta que Roderick percibió una ráfaga lejana, que semejaba una tempestad de nieve en miniatura. Se oyó la música de una banda.

¡El desfile subía por Broadway!

La ráfaga aumentaba. Las altas paredes empezaron a vomitar una lluvia de papeles. Los uniformes azules de los músicos aparecieron a la vista, a varias manzanas de distancia. Seguía una caravana de automóviles.

Apartándose de la ventana, Roderick rompió en tiras los papeles

de estraza.

Depositó los fragmentos encima de la mesa, junto a la botella verde.

Fue presuroso hacia la puerta de la otra oficina. Vió a Harlan Treffin sentado aún en la butaca.

—¡Prepárese! —ordenó.

Treffin se aproximó al depósito de aire comprimido. Giró la válvula. Se inició un silbido. Indicando a Treffin que volviera a la butaca, Roderick le dio un último aviso:

—Tenga cuidado de que la manguera no se salga. No se arrime a la ventana hasta que le avise que desconecte el aparato.

Vió que su compañero movía la cabeza en señal afirmativa y se dirigió presuroso al otro cuarto que le servía de puesto de observación.

Cuando el lugarteniente de «El Asesino» se hubo marchado, Harlan Treffin introdujo la mano debajo de la mesa y sacó un paquete que Roderick no había visto.

El individuo de rostro solemne parecía interesarse más por el paquete que por lo que sucedía en la calle.

No prestó atención al depósito de aire comprimido, pues su silbido continuaba aún. Una masa negra apareció en el paquete que las manos de Treffin abrían.

Pablo Roderick esperaba junto a la ventana de la otra oficina. Una sonrisa siniestra se dibujaba en su rostro.

El desfile se encontraba aún a varias manzanas de distancia. En esta parte de Broadway se iniciaba la lluvia de papeles.

Los planes de Thade, «El Asesino», estaban a punto de ser ejecutados.

¡Su lugarteniente se hallaba allí para encargarse de su diabólica realización!

¡A diez pisos de altura, en Broadway, una muerte acechaba!

Pablo Roderick lanzó una carcajada.

¡Este era el golpe más genial de todos los preparados por Thade, «El Asesinos y La Sombra no podría frustrarlo!

CAPÍTULO XVII

BURBUJAS DE MUERTE

EL estruendo de la música de la banda municipal oíase cada vez más cerca.

La cabeza del desfile estaba ya a una manzana de distancia. Los vítores y aplausos de la muchedumbre ahogaban la marcha que la banda estaba tocando.

Pablo Roderick presenciaba el grandioso espectáculo que puede producirse en Manhattan solamente: un recibimiento desde el corazón de los gigantescos rascacielos que se yerguen a ambos lados de Broadway.

Como si obedecieran a una señal, miles de ventanas comenzaron a arrojar un diluvio de confetti y serpentinas. La lluvia empezó al principio de Broadway y era general en el punto donde el edificio de Roderick estaba enclavado.

A medida que el aire se llenaba de un diluvio de papeles que revoloteaban, Pablo Roderick se asomó para observar el emocionante espectáculo.

El ojo distinguía solamente las ráfagas que iban adquiriendo las proporciones de una ventisca.

Pero Roderick observaba otro lugar; la ventana de la oficina contigua. Como si se sintiese arrebatado por el entusiasmo, tiró las tiras del papel de estraza que envolviera los paquetes.

Estos papelitos no significaban nada; constituían simplemente su fingida contribución a la fiesta.

¡Pues Roderick observó que el diabólico plan de Thade, «El Asesino», se estaba ejecutando!

A lo largo del tubo, debajo de la ventana contigua, estaban formándose burbujas en todos los agujeritos. Dilatándose

rápídamamente hasta alcanzar el tamaño de una pelota, las burbujas desprendíanse y flotaban en el aire, descendiendo luego a la calle.

Las que Roderick observaba no fueron las primeras. Precedieron las otras y ya casi le llegaban abajo. Su descenso constante era precisamente lo que el deportista esperaba.

¡La primera de las burbujas segaría una vida, pero después de pasar la banda de música!

¡Burbujas de muerte!

Eran los globitos que el compinche de Thade observaba con creciente admiración.

¡El más grande de los inventos terribles que encerraba el prodigioso cerebro de Thade, «El Asesino»!

Pablo Roderick conocía el secreto de aquellas burbujas. El líquido que vertiera en el depósito era el tóxico más mortífero de Thade.

Combinado con el aire comprimido, producía un vapor espeso que se convertía en gases letales muy potentes.

El vapor que se escapaba era interceptado por la sustancia gomosa vertida en el tubo. La presión de los gases expelía el líquido, formaba burbujas y cuando éstas se habían dilatado, se desprendían como burbujas de jabón de un tubo.

Solamente un impacto podía hacer estallar las burbujas gomosas.

El peso de los gases y la consistencia de la sustancia viscosa las hacían descender.

En medio de la tempestad de nieve artificial, ningún ojo humano podía descubrir la presencia de aquellas burbujas. Los primeros proyectiles mortíferos estaban ya cerca de la calle. Lo seguían varias docenas más. Los primeros cerníanse sobre las cabezas de los músicos y existía la posibilidad de que matase a algunos.

No importaba. La mayoría de los proyectiles aéreos llegarían a la meta que Thade había señalado.

¡Detrás de la banda de música, en los tres automóviles, iban los héroes del día!

Los coches eran abiertos. A través de las remolineantes ráfagas de papelitos, Roderick observó al alcalde y a los gobernadores, en el primer auto.

Seguían los aviadores, de pie y saludando a la muchedumbre.

¡A continuación, el coche con el ministro de Marina y los almirantes!

Paso a paso, la lenta procesión se acercaba al lugar donde las burbujas sembrarían la muerte.

Aun en aquel momento de júbilo, Pablo Roderick conservaba la calma. Su ojo rápido observó que el tubo no proyectaba más burbujas. La presión de los gases había terminado. El último de los proyectiles había sido lanzado.

Dirigiéndose presuroso hacia la puerta de la habitación interior, Roderick dio la orden final a Treffin: desmontar el aparato. Oyó la respuesta de su subordinado.

Regresó con rapidez a la ventana, arrojando una mirada hacia abajo, observó que la primera de las burbujas caía en la calle a unos cuatro metros detrás del último músico de la banda.

Todo iba bien. El espacio entre la banda de música y el primer automóvil se había ensanchado unos quince metros. Cayó otra burbuja. Dentro de unos segundos, las que seguían descendiendo herirían de muerte.

Caerían a docenas sobre sus objetivos.

Entretanto, Roderick tenía otra misión. Estaba relacionada con la conversación que tuvo con Harlan Treffin.

De un bolsillo extrajo una pistola de forma extraña. Semejaba más a una pistola de rociar que a un revólver; el cañón tenía ajustado un pulverizador.

Abriendo la parte superior de la extraña pistola, Roderick destapó la botella en la mesa, cerró la pistola y la dejó junto a la botella.

Aquella pistola, cuando descargara su contenido, sería tan mortífera como las burbujas proyectadas por el tubo.

Pero Roderick pensaba en la escena de la calle. Contempló el espectáculo esperando los resultados.

El primer automóvil se encontraba ya en la zona de las burbujas. El alcalde y los gobernadores, con sus relucientes sombreros de copa, saludaban a las multitudes, aceptando modestamente una parte de las aclamaciones.

Mientras Roderick observaba expectante, una burbuja cayó en medio de ellos y reventó sin ser notada.

Ante el asombro lugarteniente de «El Asesino», las autoridades

siguieron saludando. El mortífero proyectil no había causado ningún daño. Cayó una segunda burbuja, y como la primera, con resultado negativo.

Un juramento salió de los labios de Roderick. Lo más lógico era que los cuatro hombres se hubiesen desplomado en aquel automóvil, cuatro altos dignatarios fulminados por una mano invisible.

Era posible que la primera de las burbujas hubiese perdido su fuerza. Las otras ejecutarían su misión.

Caían ahora. En el segundo coche, entre los aviadores que estaban de pie.

Una burbuja reventó encima de la cabeza del comandante Hughes. El aviador se limpió la humedad de la frente. Cayeron dos más, en rápida sucesión, luego una cuarta. La burbuja siguiente cayó en el arroyo, detrás del automóvil.

¡El desfile continuaba!

Ni uno de los cuatro hombres había sufrido el menor daño. ¿Qué sucedía?

¡Más habían dejado de funcionar los inventos mortíferos de Thade!

El coche final se encontraba en el centro de la lluvia de burbujas. Una reventó junto al chofer. Otra, cerca del ministro de Marina. Tres más en el coche reventaron inofensivamente como si fuesen burbujas de jabón.

Un grito demoníaco brotó de los labios de Pablo Roderick. El último de los tres coches había pasado. El resto de las burbujas flotaba sobre una compañía de soldados ¿qué importaba, si alguna de ellas causaba una baja ahora?

Una docena de hombres deberían estar ya agonizando en estos momentos.

Aquellos autos donde iban los altos dignatarios y los héroes del aire deberían haberse transformado en coches fúnebres.

Pablo Roderick había seguido las instrucciones al pie de la letra. La operación se llevó a cabo de acuerdo con unos planes preparados de antemano.

Sin embargo, algún poder desconocido intervino para frustrar los designios de Thade, el as de la destrucción.

¡Burbujas que reventaron ¡Burbujas destinadas a esparcir la

muerte, y, sin embargo, reventaron inofensivamente!

El plan de Thade, «El Asesino», se parecía a esas burbujas. ¡También se había desvanecido, olvidado e inofensivo, en medio del recibimiento de gala de Manhattan!

CAPÍTULO XVIII

LA SOMBRA HABLA

PABLO Roderick, de pie junto a la ventana, parecía haberse vuelto loco de furia. Sicario de confianza de Thade, sentía los mismos anhelos de matanza que su jefe.

La decepción de no haber conseguido asesinar a una docena de hombres despertó un terrible frenesí en el cerebro del criminal.

La música de otra banda que subía por Broadway, detrás de los soldados, le llenó de rabia. Tardó varios minutos en recobrar la calma.

¿Qué informe daría a su jefe?

Había que achacar la culpa a alguien. Éste no podía ser Thade. Conocía perfectamente que «El Asesino» era infalible en su cálculo.

Lentamente se percató de que él, Roderick, no podía ser culpable del fracaso. Había seguido fielmente las instrucciones de su jefe.

Le asaltó una idea. El elemento humano debió hacer fracasar el plan de muerte. Eliminados él y Thade, no había más que un participante en la fracasada operación. Éste era Harlan Treffin.

¿Qué pudo hacer Treffin, para estropear dos planes? El individuo había desempeñado un papel subordinado, en calidad de ayudante.

Se hallaba en la otra habitación, desmontando el aparato, sin sospechar siquiera lo que Thade y Roderick habían intentado realizar.

¡Sin embargo, Treffin debía ser el culpable! El proceso de eliminación le señalaba. Sufriría el castigo. Él por lo menos, moriría.

Lanzando un grito de ira, Roderick cogió la pistola de vapor de la mesa y dirigióse hacia la puerta de la oficina.

Se detuvo en seco al ver una figura de pie en la puerta. No era Harlan Treffin. Era una silueta extraña que el lugarteniente de «El Asesino» reconoció al instante.

Era una figura vestida de negro, cuyos hombros cubrían una capa flotante.

Los ojos de la figura fulguraron como ascuas vivas debajo de las alas de un sombrero negro.

¡Harlan Treffin se había esfumado! Y en su puesto aparecía ¡La Sombra! EL vengador vestido de negro no llevaba armas. Sus manos cruzadas delante de su cuerpo eran los únicos puntos de blanco en medio de aquella sinfonía en negra.

¡En un dedo de la mano izquierda fulguraba una gema singular, y arrojando los mismos fantásticas destellos que los ojos de La Sombra!

Pablo Roderick quedó paralizado. Por vez primera en su vida experimentó un terror sin límites. Para el deportista, Thade, <El Asesino>, era un ser criminal, pero no una amenaza. Jamás sintió el miedo que otros experimentarían ya al visitar la morada de Thade.

Mas, en este momento, sentía un terror tan grande como el que asaltara a cualquier sicario obligado de Thade.

¡Comprendió el sobrenatural poder de La Sombra y tembló de espanto ante aquellos ojos chispeantes!

Una risa siniestra llegó a sus oídos. ¡La risa de La Sombra! Tan aterradora como la misma figura vestida de negro!

Los tonos escalofrantes de la risa burlona eran un grito de júbilo.

Cristalizaban el triunfo de La Sombra sobre Thade, «El Asesino».

¡Era la risa del implacable vengador que había frustrado a la mano de la muerte!

Para Pablo Roderick, la risa sardónica del fantasma de la noche era una llamada a la venganza. En un breve instante, el asesino concibió una idea loca.

Mataría a La Sombra. Transformaría la risa sarcástica en un estertor de muerte.

Acompañando al pensamiento la acción, dio un salto y apuntó su pistola de vapor a los ojos de La Sombra.

Su dedo oprimió el gatillo. Hubo un silbido súbito cuando el

líquido salió del cañón. Aquella descarga estaba destinada a producir una muerte instantánea; pero no causó ningún daño a La Sombra.

Una nueva risa burlona salió de los labios invisibles. La mano derecha, introducida súbitamente debajo de la capa negra, apareció para apuntar una pistola automática entre los ojos de Pablo Roderick.

Conteniendo el aliento, el burlado asesino retrocedió tambaleándose y alzó las manos por encima de su cabeza. Su cuerpo se arrimó a la pared. La pistola de vapor descargada cayó al suelo.

El lugarteniente de «El Asesino» estaba en poder de La Sombra.

—Pablo Roderick —el siniestro cuchicheo del fantasma de la noche se esparció ahora por la habitación—. ¡Ha caído usted en mi trampa! ¡El plan de Thade, «El Asesino», ha fracasado! ¡Está usted prisionero, reducido a la impotencia!

—Treffin-exhaló Roderick, involuntariamente —. ¿Dónde está Treffin?

—¡Harlan Treffin está muerto! —declaró La Sombra—. Fui yo, no Treffin, quien conferenció con usted anoche. ¡Llamó a La Sombra para ayudarle en sus planes criminales!

La risa de La Sombra provocó nuevos terrores a Roderick.

—Aquellos paquetes —dijo el misterioso personaje—, fueron abiertos mucho antes de llegar usted a esta oficina hoy. El líquido venenoso fue sacado. Su propósito era evidente. Un líquido inofensivo lo sustituyó. Las burbujas reventaron, pero sin causar ninguna muerte.

La explicación estaba dada. Los labios de Roderick gruñeron impotentes. El líquido venenoso no había sido necesario para la formación de las burbujas: servía para su efectividad.

En lugar de unos gases mortíferos, los frágiles globos se llenaron de una sustancia inofensiva. ¡La Sombra ejecutó la operación!

Hasta la pistola pulverizadora de Roderick había sido inutilizada. Fue cargada con los restos de una sustancia inofensiva.

El fantasma de la noche se aproximaba a Roderick. Los ojos fulgurantes eran órbitas de muerte, más mortíferas que cualquier fuerza letal que jamás Thade desencadenara.

La Sombra había cogido en una trampa al lugarteniente de «El Asesino».

Capturó al único hombre que no era una víctima, al único sicario de Thade que no poseía un instrumento para aniquilarse a sí mismo.

Barcomb, Quinley, Jarvis y Treffin murieron antes de que La Sombra pudiese hacerles hablar.

¡Mas ahora el temible vengador tenía en su poder a un malhechor cuyos labios podían hablar y confesarlo todo!

El cañón de la pistola automática semejaba la boca de un túnel ante la mirada aterrada de Roderick. En la oscuridad de la habitación, La Sombra aparecía como una amenaza siniestra.

Unas palabras duras y sarcásticas resonaron en los oídos del prisionero.

Dijo La Sombra:

—Thade inflige una muerte cruel. Se llama a sí mismo «El Asesino». ¡Quizá el estilo de Thade es también el estilo de La Sombra!

Roderick se estremeció. Hasta ahora se había mofado de los pusilánimes que se desmayaron ante el espectáculo del moribundo enterrado debajo del suelo de la morada de Thade.

Pero las palabras de La Sombra indicaban que «El Asesino» no era el único que podía infundir terror.

Roderick se encontraba ante un dilema desesperado. Temía la furia de Thade, caso de lograr escapar. Se enfrentaba con la amenaza de La Sombra en este momento.

Igual que otros, mostró su cobardía... Los ojos relampagueantes y la voz amenazadora constituían los factores que le obligaban a hablar.

Igual que otros, empezó a traicionar a Thade. Conocía perfectamente que «El Asesino» no era más que un ser humano, que no podía salvarle ahora.

A medida que su confesión brotaba de sus labios balbuceantes, experimentó de repente entremezcladas sensaciones. Comprendió que se entregaba por completo a merced de La Sombra; que estaba confesando sus crímenes a un personaje misterioso que sostenía una guerra implacable con las hordas del crimen.

La primera oleada de cobardía iba menguando, pero ya había hablado demasiado. Contestaba a las preguntas de La Sombra, decía la verdad respecto a Thade. ¿Cuál sería su recompensa?

¡De repente se le ocurrió que estaba delante de un hombre que no daba recompensas ni cuartel a los criminales!

Mientras sus labios seguían hablando, en acto de confesión, una oleada de odio pasó por su cerebro. Su boca habló: su cerebro trazaba un plan; su cuerpo se agachó y sus manos descendieron.

Sus ojos se clavaban con fijeza en los de La Sombra. No vio más que los ojos que tenía delante, unos ojos fulgurantes debajo del ala del sombrero negro. La oleada de odio se tornó imperiosa.

Lanzando un grito salvaje, se abalanzó sobre su enemigo. Su mano izquierda apartó la pistola automática. Su derecha buscó la garganta invisible de La Sombra.

El ímpetu del súbito ataque le dio un éxito momentáneo. Sintió un extraño júbilo mientras luchaba. Dentro de aquellas ropas de fantasma había un ser humano.

¡Lucharía con La Sombra hasta la muerte!

Con la fuerza de un toro furioso, hizo presa en La Sombra y cayó forcejeando al suelo. Su mano izquierda agarró el metal de la pistola automática. Luchó fieramente para arrebatar el arma a su enemigo.

Rodando por el suelo se enredó en la capa de su adversario. Asió el cañón que le oprimía un costado. Arrimó el dedo al gatillo.

Una detonación ahogada sonó debajo de dos pliegues de la capa de La Sombra.

Un jadeo de agonía fue emitido cuando uno de los dos luchadores se desplomó sobre el suelo. Un disparo de la pistola automática terminó la lucha premiosa.

Reinó un silencio de tumba en la habitación donde Pablo Roderick intentara burlar a La Sombra.

CAPÍTULO XIX

LA ÚLTIMA POSIBILIDAD

MIENTRAS los aviadores, los almirantes y los gobernadores asistían al banquete ofrecido por el alcalde de Nueva York, un funcionario continuaba aún en su despacho. El comisario de policía, Rodolfo Weston, había logrado excusarse de participar en la fiesta.

Para el señor Weston, ese día nublado le trajo un rayo de consuelo. Los periódicos aparecían cubiertos de gruesos titulares anunciando el grandioso recibimiento en honor de los héroes del aire.

No dedicaban ningún espacio a los asesinatos ni a las críticas de la policía de Nueva York.

En su actual malhumor, el comisario necesitaba alguien en quien descargar su amargura. En consecuencia, cuando José Cardona fue anunciado, ordenó que pasara inmediatamente.

Cuando el famoso detective penetró en el despacho, no necesitó que su jefe hablase para comprender que iba a ser objeto de una reprimenda.

El gesto imperioso indicándole que tomase asiento fue suficiente. Cardona se sentó esperando que el chaparrón descargase.

El tono del comisario fue brusco. Empezó:

—Cardona, el otro día le dije algunas palabras de ánimo. Desde entonces, he decidido que sufrí una equivocación. Debí haberle criticado como se merecía.

—Ya me criticó —repuso el detective—. Me advirtió que probablemente sería yo la víctima a quien harían responsable de los fracasos.

—En efecto —asintió al señor Weston—. Me alegro de que lo recuerde. Así estará usted preparado para lo que vendrá.

—¿Qué es ello, señor comisario?

—Su dimisión del Cuerpo.

Cardona permaneció sentado estólidamente, mirando con dureza al comisario de policía. Las palabras dejaron aturdido al famoso detective. Hacía un esfuerzo para disimularlo. Inquirió:

—¿Cuándo la quiere, señor comisario?

Formuló la pregunta en tono firme, pero el señor Weston adivinó la tensión disimulada y miró por la ventana hacia la calle.

Habló en tono severo, pero bondadoso:

—¡Mañana, Cardona!... Mañana, a menos que de aquí a entonces haya conseguido esclarecer esos asesinatos misteriosos. Mañana, a menos que haya descubierto algunos puntos vitales, para entonces. No siento ninguna animosidad contra usted, Cardona. Por el contrario, aprecio y respeto mucho sus cualidades personales.

»Pero en el presente caso no ha conseguido usted nada práctico. AL parecer, es superior a su habilidad. Ha declarado usted, tan abiertamente que la Prensa ha recogido sus palabras, que un genio del crimen ha impuesto el terror en la ciudad. Y no ha logrado usted encontrar el menor rastro de semejante persona.

»Ha reconocido usted que las muertes de Irwin Langhorne y su secretario podrían ser la obra de este as del crimen. Hoy, la Prensa ha interrumpido temporalmente sus reseñas y comentarios sensacionales. Pero mañana —Weston hizo una pausa para menear la cabeza— pueden ocurrir otras muertes. Si no mañana, quizá pasado.

»Por el prestigio y la moral del Cuerpo, estos casos deben ser encargados a otro detective. Su destitución provocaría críticas que nos alcanzarían a todos. Pero si usted dimite...

—Yo seré la víctima —terminó Cardona.

El comisario asintió con la cabeza.

—Perfectamente-declaró el detective, incorporándose cansadamente —. Me sacrificaré, señor comisario. Merezco lo que pueda sucederme. Solamente deseo que mi sustituto tenga éxito. Entregaré mi dimisión mañana por la mañana, a las nueve.

—Puede esperar hasta mediodía —respondió el señor Weston.

—A mediodía, pues —dijo Cardona—. Creo que tiene usted razón. Un verdadero as del crimen es el responsable de esta racha de asesinatos y es imposible predecir el futuro. He estado

impaciente todo el día... un presentimiento.

—¿De qué?

—Un presentimiento de que ese asesino haya preparado algo para matar a alguien en el recibimiento preparado a los aviadores, durante el desfile.

El comisario palideció. Pensar en semejante posibilidad era aterrador.

Un asesino capaz de matar de un modo tan audaz como éste no se detendría por nada.

Cardona no esperó que el comisario reaccionase. Fue a salir de la oficina, pero su jefe le paró y le tendió una mano. Cardona la estrechó con firmeza y salió.

EL famoso detective se encontraba aturdido cuando llegó a su despacho.

Observó al inspector Klein en un cuarto del otro lado del pasillo.

Automáticamente entró, saludando con un movimiento de cabeza. Klein notó la amargura del rostro de Cardona.

—He terminado —declaró el detective, respondiendo a la pregunta muda del inspector—. Mañana. El comisario quiere mi dimisión.

—Mala suerte, Cardona —comentó Klein—. Me lo temía. Ya lo veía venir. No es culpa de usted...

—Olvidamos eso—interrumpió el detective, intentando sonreír.

Cruzando el pasillo, entró en su oficina y se sentó delante de su escritorio.

Alargó la mano; para escoger un pliego de papel, con la intención de redactar su dimisión al instante. Se detuvo al observar un sobre encima de la mesa.

Abriéndolo, observó tres sobres menores en el interior. Iban dirigidos a Irwin Langhorne. Tres postales dirigidas a Enrique Bellew.

Vagamente Cardona pareció recordar aquellas postales. ¡Las vio en la mesa de escritorio de Enrique Bellew!

Primeramente Cardona extrajo los recortes y las notas que Langhorne recibiera. La última misiva contenía la explicación de la clave. No obstante, le era innecesaria. El lápiz de Langhorne había dividido las palabras.

Los mensajes quedaron revelados, y cuando el detective examinó

las tarjetas postales descubrió su significado también.

Lo que provocó una exclamación de asombro de los labios de Cardona fue la firma de la misiva final dirigida a Langhorne.

El detective, en su sorpresa, pronunció en voz alta el nombre:

—¡«El Asesino»!

¡Por fin, allí, aparecían pruebas tangibles! Allí aparecía el rastro del autor de las dos series de crímenes.

Los asesinatos de Felswood; las muertes en Manhattan, el fin trágico de dos millonarios estaban relacionados entre sí sin ningún género de dudas.

Lleno de júbilo, Cardona cogió ávidamente los documentos con el propósito de llevárselos al inspector Klein. Se detuvo de repente.

Se percató de que estas pruebas evitaban su dimisión. Más ¿sería prudente revelarlas ahora?

Comprobó que el presentimiento que tuvo de la existencia de un supercriminal era acertado. Más ¿dónde podría encontrarse al monstruo? ¿Cuál sería su paradero? ¿Cómo sería posible localizarlo?

¿«El Asesino»? ¿Qué valor representaba el nombre solo? Reflexionando, empezó a localizar el origen misterioso de las preciosas pruebas.

Indudablemente, alguien había estado investigando los crímenes no aclarados. Alguien practicó algunas pesquisas sobre el terreno y descubrió aquellas pistas.

La identidad del misterioso investigador respondía a una pregunta que Cardona se había formulado hacía mucho tiempo, a saber: el paradero del extraño personaje conocido por el nombre de La Sombra.

¡La Sombra! ¡El fantasma de la noche! ¡El rey de la obscuridad! ¡La Sombra!

Había ayudado en el pasado a Cardona. Este extraordinario luchador contra el crimen, a quien el comisario consideraba como un mito, había prestado grandes servicios al detective.

¿Le ayudaba ahora?

Solamente La Sombra podía haber depositado secretamente estos sobres encima de la mesa de Cardona. Nadie más que el misterioso personaje podía haber hecho tal cosa. Una idea asaltó de súbito al detective. ¡Los crímenes del Asesino constituían un

problema superior a las fuerzas de La Sombra!

De lo contrario, el reinado de terror habría terminado consecutivamente al asesinato de Enrique Bellew.

La Sombra, buscando al Asesino, no había podido auxiliar a Cardona.

El detective conocía de sobra que La Sombra no necesitaba la ayuda de la policía. El fantasma de la noche había evitado grandes crímenes y saldado ya muchas cuentas.

Mas, siempre había demostrado sus deseos de que la policía se adjudicase el honor de haber esclarecido los crímenes.

Cardona habíase convencido de que La Sombra se había impuesto voluntariamente: la misión de localizar al Asesino y aniquilarlo.

En la culminación de la empresa, La Sombra, con toda probabilidad, abrigaba el propósito de que el detective obtuviese un triunfo resonante.

El rey de la oscuridad favorecía a todos los que perseguían a los criminales.

Cardona, en la jefatura, había sido útil a La Sombra. Dimitiendo, dejando de ser detective, no sería más que una figura destacada en la incesante guerra contra los malhechores.

Cardona se repantigó en su sillón. Conocía que La Sombra le había facilitado esas pruebas. Comprendió que el hombre de misterio esperaba que él se informase.

Se le había pedido la dimisión. Mas esta demanda sería anulada si obtenía algún resultado positivo antes del mediodía siguiente.

¿A santo de qué había de comunicar nada al comisario o al inspector Klein?

En cierto sentido, ya no eran sus superiores.

¡En las horas próximas, decidió el detective, trabajaría para un nuevo y desconocido jefe ¡La Sombra!

Los datos concernientes a un criminal llamado «El Asesino» eran una clara indicación de que debía esperar recibir algunos más. Este su despacho era el lugar donde debía esperar; La Sombra podía ponerse en contacto con él aquí.

Transcurrió una hora, y Cardona seguía esperando paciente y confiado. El teléfono repiqueteó; el detective alzó el receptor. Tenía la seguridad de que oiría una voz extraña y misteriosa dándole

instrucciones que él seguiría.

¡La última posibilidad!

¡Cardona depositaba todas sus esperanzas en La Sombra!

CAPÍTULO XX

THADE ORDENA

UNA oscuridad verde reinaba en la guarida de Thade, «El Asesino». Sentado en su sillón, encima de la plataforma, el as de los asesinos miraba con fijeza hacia la puerta que conducía a la antesala.

Acababa de recibir la señal de Pablo Roderick, emitida desde el fondo de luces del ascensor.

Thade aguardaba, cual si contara los segundos. Sus criados, los gigantescos negros, permanecían inmóviles como estatuas, a ambos lados.

Sonriendo, Thade oprimió un resorte junto al sillón. La puerta se abrió y Pablo Roderick penetró en el aposento, quedando visible detrás de él la puerta abierta del ascensor.

El resplandor verde tornaba extraños todos los rostros. La faz de Pablo Roderick no aparecía visible como de costumbre en todos sus detalles.

Thade esperaba semejante cosa. «El Asesino» prefería aquella luz fantástica porque entonces su rostro horripilante brillaba más efectivamente aun.

Para Thade, la vida era un drama trágico en el que le gustaba el papel de traidor.

Roderick se detuvo delante del sillón del jefe. Algo en su rostro dijo a Thade que los planes no habían tenido éxito. «El Asesino» frunció el ceño.

—El plan ha fracasado-anunció Roderick.

—¿Fracasado? —preguntó Thade con brusquedad—. ¿Fracasado? ¡Thade, «El Asesino», no fracasa jamás!

—Fue la obra de un traidor-inquirió Roderick —. Harlan Treffin...

Thade sonrió ferozmente. Clavó los ojos, en Roderick y formuló una pregunta con fiereza.

—¿Aniquiló usted a Treffin?

—No.

Las garras de Thade asieron convulsivamente los brazos del sillón, «El Asesino» se incorporó a medias para lanzarse sobre su lugarteniente.

La voz suave de Roderick explicó.

—El castigo del traidor —declaró—, debe quedar en las manos de Thade, <El Asesino>. Si subo a Treffin, que está abajo...

Los ojos de Thade chispearon de júbilos La declaración de su lugarteniente fue oportuna. Desvió la mente de Thade a pensamientos de venganza.

—¿Ha capturado al traidor? —exclamó—. ¡Ah! Eso me gusta más. No me explique nada más. Después que haya terminado con él, podemos trazar nuevos planes. Mi ataúd de tapa de cristal está vacío. ¡Harlan Treffin será su nuevo ocupante!

«El Asesino» vio a Pablo Roderick señalar hacia la puerta. Thade movió la cabina en señal afirmativa y oprimió el resorte que alzaba la puerta negra.

Roderick entró en la antesala. Thade hizo descender tras sí la puerta.

Transcurrieran varios minutos. Roderick no regresaba. Thade, sentado silencioso encima del estrado, se percató de que su lugarteniente no había indicado el tiempo que tardaría en llevar al traidor.

Al fin, una lucecita brilló junto al sillón. Era la señal de que Roderick se encontraba dispuesto a subir. Thade oprimió el resorte que hizo descender el ascensor.

Después de aguardar un rato, emitió una risita de júbilo. Su lugarteniente y Treffin debían haber llegado arriba ya. Estarían esperando en la antesala.

El Asesino volvió a oprimir el resorte y la puerta negra deslizóse hacia arriba.

Una patrulla de agentes se precipitó en la habitación. A la cabeza iba el detective José Cardona.

Empuñando relucientes revólveres, los policías encañonaron a Thade y a sus criados negros con tal rapidez que la resistencia era

imposible.

Con las manos en alto, «El Asesino contemplaba ceñudo a sus enemigos.

De pie en el centro del aposento, apoyado por media docena de agentes, Cardona observó que era dueño de la situación. Sospechaba una trampa peligrosa y su espíritu cauteloso le advirtió que sería un error avanzar más.

Era preferible mantener a raya a los prisioneros hasta que el extraño individuo del sillón hubiese hablado. El detective conocía que una acción precipitada podría ser origen de un desastre.

En tono sibilante, Thade preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Con qué derecho están ustedes aquí?

—Estamos aquí en nombre de la Ley —fue la respuesta de Cardona—. Hemos venido a detener al individuo que se llama «El Asesino».

—Yo soy Thade, «El Asesino».

Sucedió una pausa, luego el detective habló con dureza.. Observó al criminal, para ver el efecto.

—Tenemos nuevas pruebas contra usted —declaró—. Tenemos las postales que usted mandó a Bellew y las cartas que dirigió a Langhorne. Ha sido usted traicionado. Hemos venido aquí gracias a una confidencia. Toqué el timbre de ese ascensor camuflado y subimos cuando usted nos invitó.

—Soy su prisionero, entonces —dijo Thade a media voz.

—Ha acertado usted—replicó Cardona—. Levántese de ese sillón inmediatamente. No intente ninguna tontería. Venga aquí.

El detective tintineó en su mano izquierda un par de esposas. Creyó que «El Asesino» era una presa fácil. Las paredes y la alfombra no significaban nada, una vez que se había uno acostumbrado a verlas. Cardona rió al ver al hombre terrible que se denominaba a sí mismo «El Asesino», esforzándose por incorporarse del sillón emplazado en el centro de la plataforma.

Esa acción hizo que el detective abandonase su natural cautela. No protestó al observar que el monstruo descendía débilmente sus manos a sus costados.

Notó que la mano derecha del criminal oprimía el brazo del sillón.

Luego, antes de que Cardona o sus subordinados pudiesen

disparar un solo tiro, sucedió lo inesperado.

Cuando Thade oprimió el resorte, el techo entero de la habitación se desplomó en los lados. Las colgaduras verdes eran un pabellón que se abrió como un paracaídas.

El centro, sujeto con firmeza al verdadero techo, se mantenía en su sitio.

¡El primer aviso que Cardona y sus agentes recibieron fue cuando los pliegues, semejantes a los de una tienda, cayeron encima y en torno de ellos!

Un instante después, la puerta negra descendió delante del sillón de Thade.

Los criados negros retrocedieron detrás de la cortina, y se reunieron en la plataforma con su dueño. Debajo de los pliegues del pabellón que cazaron en una trampa a Cardona y a sus agentes sonaron varios disparos sordos.

La respuesta de Thade fue una carcajada feroz.

Por mucho que se esforzaban ya, aquellos hombres no podían salir de la trampa. En la tela del techo había una malla de alambre de acero que resistía a los mayores esfuerzos de los agentes.

El fondo del pabellón fue atado por los cables que lo hicieron descender en la parte exterior de las colgaduras de la pared.

¡Esta era la trampa que Thade había tendido en su guarida!

En unos veinte minutos, posiblemente en un cuarto de hora, los prisioneros podrían liberarse. Durante ese tiempo no podrían hacer nada.

La mano de Thade tocaba una palanca en el lado izquierdo del sillón. Sus dientes relucían y las amplias sonrisas de los criados negros, reflejaban la alegría del dueño.

Detrás de la puerta blindada, Thade estaba dispuesto a lanzar unas ráfagas de gases tóxicos a través del agujero del techo donde el pabellón estaba sujeto a la parte superior.

¡Un cuarto de hora! ¡Dentro de tres minutos, los detectives capturados estarían muertos!

Deleitándose en la situación de las detectives, Thade profirió un grito de triunfo para que los prisioneros lo oyesen.

—¡La muerte! —chilló—. ¡La muerte! ¡Yo soy Thade, «El Asesino»! ¡Moriréis! ¡Thade lo ha ordenado!

La mano se hallaba encima del resorte, pero alguien le impidió

oprimirlo.

Profiriendo un gruñido furioso, Thade miróse la mano y vio otra encima de la suya. Los destellos de una gema fulgurante hirieron los ojos sobresaltados de «El Asesino».

Era el famoso girasol de La Sombra. El reflejo de sus rayos simbolizaban el misterio del fantasma de la noche que lo usara.

Thade levantó la vista y vio una figura vestida de negro, a su lado.

En el mismo instante en que «El Asesino» hiciera descender la puerta blindada, el rey de la noche penetró en el cuarto siniestro. Hallándose junto a la puerta, avanzó y detuvo la mano de la muerte.

La pistola automática empuñada por la mano firme de La Sombra apuntó al rostro diabólico de «El Asesino».

Los gigantescos negros quedaron paralizados de sorpresa y espanto. Ellos, como Thade, comprendieron que este fantasma vestido de negro era más peligroso que la patrulla de agentes que entraran antes que él.

La mano de La Sombra apartó de la palanca la garra de «El Asesino».

El monstruo se reclinó en su sillón, temiendo ejecutar el menor movimiento contra el adversario espectral.

La mano de la muerte había vacilado. Thade, «El Asesino», había pronunciado una orden.

¡La Sombra había anulado su derecho de muerte!

CAPÍTULO XXI

EL REY DE LA MUERTE

LOS fútiles disparos dentro del pabellón habían terminado. Los detectives prisioneros, hacían sobrehumanas esfuerzos para liberarse de la mortaja verde que les envolvía.

Detrás de la puerta blindada que guardaba el estrado de Thade, La Sombra dirigía unas palabras siniestras al monstruo a quien había cazado.

Apartado del sillón, con su pistola automática encañonando a Thade y a los dos negros vestidos de blanco, el rey de la noche proclamaba su triunfo.

—Sus crímenes han terminado para siempre —fueron las palabras espectrales de La Sombra—. Su golpe maestro ha fracasado. Ha sido obra mía. Usted, que ha sembrado la muerte, se enfrenta con ella ahora. Puede usted vivir tan sólo para confesar sus crímenes.

—¡Jamás! —escupió Thade.

—¡Recuerde! —advirtió La Sombra, lanzando una carcajada fantástica—. He descubierto la verdad. Harlan Treffin murió anoche, víctima del instrumento que usted le facilitó. Yo estuve allí para verle morir. Cuando llegó Pablo Roderick, encontró a Harlan Treffin. Así lo creyó. ¡A quien encontró fue a mí!

Los ojos de Thade indicaban que no creía en las palabras de La Sombra.

El vengador del crimen repitió su carcajada fantasmal.

Prosiguió:

—Hoy Pablo Roderick encontró a Harlan Treffin esperándole para ayudarle a la realización de sus planes criminales. Las burbujas mortíferas descendieron y encontraron los blancos. Mas nadie se

preocupó de tales burbujas... Pues el falso Harlan Treffin había extraído el tóxico mortífero.

»Cuando Pablo Roderick halló que se encontraba frente a La Sombra, se desmoralizó y confesó sus crímenes. Comunicó el secreto de esta casa. En un arrebato de desesperación, luchó para derrotar a La Sombra. En la batalla, fue muerto al intentar apoderarse de esta pistola.

—Pablo Roderick ha estado aquí esta noche-escupió Thade.

—Pablo Roderick, no-corrigió el fantasma de la noche —. Usted creyó que Pablo Roderick estuvo aquí. ¡Mire!

¡La mano izquierda alzó el sombrero negro, el cuello de la capa descendió y Thade se halló mirando las facciones de su lugarteniente!

La verdad se reveló. Era La Sombra quien había ido allí. No abandonó la casa. La misión de conducir a Treffin, el traidor, fue un subterfugio.

La Sombra estuvo esperando en la antesala. Thade hizo pasar a la policía creyendo que su lugarteniente regresaba.

—Sí-declaró La Sombra, como si respondiese al pensamiento de Thade —. El detective Cardona actuaba de acuerdo con las instrucciones. Yo le telefoneé después de la muerte de Roderick. Le dije que estuviese aquí, abajo, a determinada hora.

»Puesto que le traje aquí, tengo el deber de rescatarle. Usted, Luciano Olvey —Thade frunció el ceño cuando La Sombra pronunció su nombre—, puede conservar la vida a condición de que prometa confesar sus crímenes. Le perdonaré la vida porque la autoridad le detuvo hace unos minutos y puede tener necesidad de usted. Mas si intenta frustrar mi...

Thade echó la cabeza hacia atrás y profirió una carcajada feroz. Sus labios apergaminados, de color verde brillante, pronunciaron unas palabras en una lengua extraña.

De común acuerdo, los dos gigantes negros se lanzaron entre su dueño y La Sombra.

¡Los dos gigantes estaban determinados a abatir al enemigo de Thade!

El súbito ataque, en el que «El Asesino» sacrificaba deliberadamente a los dos hombres que estaban dispuestos a protegerle con sus vidas, no dejó ninguna alternativa a La Sombra.

La acometida de los negros fue rápida. Sus gigantescos cuerpos cubrieron en un abrir y cerrar de ojos el breve espacio.

La pistola de La Sombra fue más rápida. Fue certera.

Retumbaron dos disparos. A cada detonación, un cuerpo vestido de blanco rodó por el suelo.

La Sombra, para esquivar a los negros cuando se desplomaban, tuvo que retroceder de un salto del estrado. El primer criado cayó junto al sillón; el segundo rodó a los pies del justiciero.

En aquella defensa eficaz, La Sombra no perdió de vista su objetivo. Estaba dispuesto, costase lo que costase, a impedir que «El Asesino» intentase lanzar los gases tóxicos al pabellón donde los detectives estaban prisioneros.

Si Thade hubiese hecho ademán de querer oprimir la palanca, habría sido fulminado, pues la pistola de La Sombra apuntaba para disparar un tercero y rápido balazo.

Mas Thade, reconociendo el poder de La Sombra, huyó en dirección opuesta. Saltando con sorprendente agilidad, desapareció tras la cortina verde hacia el otro lado de la puerta blindada.

La persecución era inútil. Dando la vuelta al pabellón caído, que llenaba más de la mitad de la habitación, Thade tuvo el paso libre para dirigirse a la antesala; y La Sombra, interceptándole el paso el pabellón, no pudo detenerle de un balazo.

No obstante, La Sombra podía utilizar otro medio. Saltando por encima de los cadáveres de los negros, llegó al sillón y oprimió todos los resortes que vió, menos dos, a la derecha.

El resultado fue extraordinario. La puerta blindada se alzó delante de la plataforma. El pabellón comenzó a ascender y en el suelo, debajo, la alfombra se extendió, apareciendo a la vista el ataúd con tapa de cristal, que ahora contenía el cadáver de la víctima asesinada poco a poco.

Los resortes que La Sombra no tocó fueron dos que él sabía que debían controlar el descenso del ascensor y de la puerta blindada del lado de la antesala.

Saltando hacia el lado del ascendente pabellón, divisó la huida final de Thade. Vió a <El Asesino> mirando atrás mientras corría, y haciendo un esfuerzo frenético para llegar al ascensor con su puerta protectora.

Mas La Sombra observó lo que Thade no vió. ¡El ascensor subía!

La Sombra había oprimido el resorte que lo mandó arriba.

La pistola automática de La Sombra habló. La puntería de aquella mano no erraba jamás. Si La Sombra hubiese querido matar a Thade de un balazo, lo habría hecho. Mas la bala fue un aviso que rozó, silbando, el rostro siniestro de «El Asesino».

La Sombra ofreció perdonarle la vida, si se entregaba en manos de la autoridad.

«El Asesino» emitió un grito de triunfo. Se encontraba ante el hueco del ascensor y creyó que La Sombra erró el tiro. Ignorando que el aparato había ascendido casi hasta la parte superior de la puerta, saltó al lugar donde el ascensor había estado.

La Sombra vió aparecer en el rostro horripilante del monstruo una expresión de horror cuando giró en el vacío. Donde Thade esperaba encontrar un suelo sólido no halló nada. Su grito se trocó en un chillido largo y penetrante que se desvaneció en la nada cuando cayó en dirección de la muerte.

Desde lo alto del hueco secreto al fondo, fue el final de la loca huída de Thade.

La risa de La Sombra sonó como un toque de difuntos apropiado al fin del as de los asesinos.

El vencedor vestido de negro estaba en la antesala. Su elevada estatura se fundía con las lúgubres paredes. Envuelto tras cortinas verdes, La Sombra abandonó el campo a las fuerzas de la Ley.

Con precisión matemática. La Sombra había contrarrestado los esfuerzos de Thade y sus criados. Salvó a Cardona y a sus subordinados de una muerte cierta. La carrera de crímenes de «El Asesino» había tenido un fin adecuado.

La muerte misteriosa ya no camparía por sus respetos. La amenaza de una muerte terrible e invisible ya no se cerniría más sobre otras víctimas. «El Asesino» y sus sicarios perecieron. El monstruo fue el último que murió.

La justicia había triunfado sobre el mal. En el encuentro, «El Asesino» cayó ante el poder del terrible vengador que le buscó y encontró en su guarida.

El encuentro señaló el fin de un genio del crimen.

¡La Sombra, no Thade, era ahora el rey de la muerte!

CAPÍTULO XXII

EL PÚBLICO SE ENTERA

LAS doce del día siguiente, el detective José Cardona entró en la oficina del comisario Rodolfo Weston.

El comisario se levantó para saludar al famoso detective. Le estrechó la mano calurosamente. Cuando se hubo sentado, Cardona depositó un sobre encima de la mesa.

El señor Weston abrió el sobre y leyó el documento que encontró dentro.

Era la dimisión de Cardona. Sin pronunciar palabra, rompió el documento y arrojó los trozos a la papelería. Golpeó un montón de periódicos que yacían sobre el escritorio.

—¡Esto era lo que yo quería! —exclamó—. Olvide la dimisión. Esto servirá en su lugar. Ahora cuénteme todos los detalles.

—Están en la Prensa —sonrió Cardona.

—Quiero oír su historia —insistió el comisario.

Brevemente, el detective relató lo sucedido. Confesó haber recibido una confidencia. Se enteró del paradero de «El Asesino».

El detective y sus subordinados encontraron el ascensor secreto, subieron, sorprendieron a Thade y cayeron en una trampa.

Mas la suerte les auxilió. El pesado pabellón se alzó y descubrieron los cadáveres de los criados negros.

Evidentemente, Thade decidió matar a sus servidores y uno de ellos, agonizando, oprimió el resorte para levantar el pabellón con el objeto de que los detectives vengasen su muerte.

Registrando la guarida, descubrieron la identidad del monstruo. Era Luciano Olvey, un viejo inventor, que desapareciera un año antes.

En una pieza del piso superior, Cardona descubrió los «Diarios»

que Thade llevaba. Incluían diversas libretas que relataban muchos detalles de las fechorías de «El Asesino».

Al principio, los detectives supusieron que el criminal había logrado escapar. El ascensor estaba en el piso superior. Experimentando con los resortes del sillón de Thade, consiguieron hacerlo descender.

Cuando hallaron que Thade no se encontraba en el piso superior, registraron el hueco del ascensor.

Allí, en el fondo, hallaron el cadáver de Luciano Olvey, el hombre llamado Thade, «El Asesino». El cuerpo estaba aplastado y retorcido.

En vida «El Asesino» tenía un aspecto inhumano; muerto, se había convertido en una masa informe que no guardaba semejanza con ningún ser viviente.

Dos cadáveres fueron hallados; Harlan Treffin fue descubierto muerto en un armario de la planta baja de la casa. Pablo Roderick fue encontrado muerto de un balazo en un edificio del sur de la ciudad.

Los diarios de Thade revelaban que estos hombres eran sus subordinados.

Sus muertes se prestaban a diversas conjeturas. Era posible que el mismo Thade los hubiera matado. Una cosa era segura: la muerte terminó la carrera monstruosa de <El Asesino>. Se habían esclarecido ya los crímenes misteriosos.

El comisario Weston elogió calurosamente a Cardona. Constituía un gran triunfo para el detective; pero cuando éste salió de la oficina de su jefe, exhaló un largo suspiro de alivio.

Pues el famoso detective había eludido una serie de preguntas que el comisario le formulara. Cardona hizo un esfuerzo para evitar la mención de un punto que hubiera enfurecido al señor Weston.

Cardona conocía perfectamente el origen de la misteriosa confidencia.

Provino de La Sombra. Sus planes, cuando condujo la patrulla a la guarida de Thade, fueron inspirados por La Sombra.

Eran el resultado de órdenes emanadas del personaje misterioso. Una voz siniestra le telefoneó lo que debía hacer.

El famoso detective conocía cómo perecieron Thade y sus subordinados negros. La Sombra terminó con el monstruo y sus

sicarios.

En cuanto a Treffin y Roderick, Cardona estaba seguro de que La Sombra podía explicar sus muertes: pues los cadáveres fueron encontrados después de recibir Cardona otra misteriosa llamada telefónica aquella misma mañana.

Además, el detective tuvo una inspiración. Cuando sus subordinados salieron del pabellón que los envolvía como una mortaja, uno de ellos hizo descender el ascensor oprimiendo un botón.

Otro resorte hizo bajar la puerta blindada de la antesala. El mismo detective oprimió otros resortes y finalmente alzó la puerta exterior.

¡Al entrar en la antesala Cardona se sorprendió de encontrar la puerta del hueco del ascensor cerrada!

Mientras estaba parado, lleno de asombro, el famoso detective notó una ráfaga de aire. Abriendo la puerta halló que el ascensor estaba allí otra vez.

Cardona calculó la respuesta. La Sombra debía encontrarse en la antesala.

Cuando la puerta blindada descendió, penetró en el ascensor. Luego descendió con el aparato y desde abajo lo mandó arriba.

En las mieles del triunfo, Cardona sintió el remordimiento de una conciencia culpable. Al parecer, ante el mundo, él había aclarado el misterio de «El Asesino». Él y sus subordinados terminaron la carrera criminal de Thade, el monstruo.

En realidad, los méritos, los honores del triunfo correspondían a La Sombra.

Los detectives no le ayudaron en nada; por el contrario, hicieron más difícil su tarea. José Cardona, hombre honrado, sentía deseos de proclamar su tributo a La Sombra.

Más ¿quién creería su historia? Nadie. Se expondría al ridículo. Sería injusto hasta para La Sombra mismo.

Pues el famoso detective conocía el poder del fantasma de la noche. Conocía que el misterioso, personaje vestido de negro quería mantener invisibles y desconocidos sus métodos con el objeto de continuar su implacable guerra contra las hordas del crimen.

Para La Sombra, el triunfo consistía en las realizaciones. Él, mediante su poder, aniquiló a Thade, «El Asesino». El placer de la

victoria era lo que buscaba el rey de la noche.

El público se había enterado de la existencia de Thade «El Asesino».

Leyeron la historia de sus crímenes.

Mas la historia verídica del fin de «El Asesino» se encontraba escrita solamente en los archivos de La Sombra.

¡Solo La Sombra lo sabía!

FIN